

March 2018

Siempre hemos vivido aquí: la figura literaria del indígena y la otra Argentina posible

Jennie R. Robinson
University of South Florida, raye@mail.usf.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/etd>



Part of the [Latin American Studies Commons](#)

Scholar Commons Citation

Robinson, Jennie R., "Siempre hemos vivido aquí: la figura literaria del indígena y la otra Argentina posible" (2018). *USF Tampa Graduate Theses and Dissertations*.
<https://digitalcommons.usf.edu/etd/7223>

This Thesis is brought to you for free and open access by the USF Graduate Theses and Dissertations at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in USF Tampa Graduate Theses and Dissertations by an authorized administrator of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Siempre hemos vivido aquí:
La figura literaria del indígena y la otra Argentina posible

by

Jennie R. Robinson

A thesis submitted in partial fulfillment
of the requirements for the degree for
Master of Arts
Institute for the Study of Latin America and the Caribbean
College of Arts and Sciences
University of South Florida

Major Professor: Pablo Brescia, Ph.D.
Adriana Novoa, Ph.D.
Madeline Camara, Ph.D.

Date of Approval:
March 7, 2018

Keywords: antología, cuento, indio, invisibilización

Copyright © 2018, Jennie R. Robinson

Agradecimientos

Debo agradecer al profesor Pablo Brescia por dirigir mi tesina y por toda su paciencia durante este proceso. Gracias también a los miembros de mi comité, las profesoras Madeline Cámara y Adriana Novoa por toda su ayuda con la materia. Me gustaría agradecerles a todos los profesores de ISLAC y de español que me han introducido a mundos nuevos. En particular me gustaría agradecerle a la profesora Rachel May por su ayuda cuando más la necesité. Este proyecto no hubiera sido posible sin el apoyo de mi familia. Gracias a mi esposo Fernando por su apoyo constante. Gracias a mis padres por infundirme el amor por la lectura y gracias a mis suegros por su paciencia y amor incondicional.

Índice

Abstract	ii
Introducción	1
I. Contexto histórico.....	7
II. La lucha por la visibilidad.....	13
III. La figura literaria del indígena.....	24
IV. Siempre hemos vivido aquí: Cuentos analizados	33
Conclusiones	53
Obras citadas primarias.....	58
Obras citadas secundarias	59
“El malón” de Miguel Ugarte	63
“La historia del guerrero y de la cautiva” de Jorge Luis Borges	76
“Si haces mal no esperes bien” de Juana Manuela Gorriti	80
“La sonrisa de Puca-Puca” de Fausto Burgos.....	87
“Don Carlos y Chayle” de Fausto Burgos	95
“Allá en el sur” de Pedro Inchauspe	98
“Una bofetada” de Horacio Quiroga.....	104
“Caramelos para los mocovíes” de Fernando Rosemberg.....	110

Abstract

This project engages with what various academics in the past twenty years have identified as a “discourse of invisibilization” that effectively erased indigenous presence from the Argentine national discourse. Following the Conquest of the Desert, a military campaign carried out between 1878 and 1879 that sought to eliminate indigenous presence in the Pampas and Patagonia, the common belief was that indigenous peoples no longer resided in Argentina. In reality thousands remained but indigenous identity and presence was effectively erased from the national discourse until the constitutional reform of 1994 which legally recognized indigenous pre-existence and articulated specific rights for the protection of indigenous communities for the first time in the country's history.

This study engages with the manifestation of this discourse of invisibilization in Argentine literature, looking first at the representation of the indigenous figure by early political writers such as Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi and Jose Hernandez as the barbaric savage, incompatible with modern civilization and Argentine values. Following the Campaign of Desert, the belief that indigenous peoples had been wiped out was reflected and informed in Argentine literature where the indigenous figure remained most commonly represented as an element of the past, remembered as the savage that attacked early Argentine settlements or as the last of an extinct culture that faded away with the advance of modern civilization. The recent work of Maria del Carmen Nicolás Alba argues that this invisibilization extends into literary criticism, where the participation of Argentine writers during the literary current of indigenismo has been ignored, silencing the few who denounced the treatment of indigenous people in Argentine society.

In response to these tendencies, this project brings together an anthology of short stories by Argentine writers that challenged the dominant discourse. The story “Si haces mal no esperes bien” by Juana Manuela Gorriti is included to highlight her role in the development of indigenismo, as demonstrated in Alba’s work. The stories "El malón" by Manuel Ugarte and “La historia del guerrero y de la cautiva" by Jorge Luis Borges offer alternative representations of the indigenous literary figure in the historical narrative. The focus of others, however, such as "La sonrisa de Puca-Puca" y "Don Carlos y Chayle" by Fausto Burgos and "Allá en el Sur" by Pedro Inchauspe reveal and denounce the unjust social norms faced by indigenous people in the time in which they were written. The story “Una bofetada” by Horacio Quiroga employs the abused indigenous worker as the source of suspense that builds up to the horrific ending typical of his work, but the story also serves to highlight the social reality on which it was based. The last story in this anthology, “Caramelos para los mocovíes” by Fernando Rosemberg addresses the discourse of invisibilization and how it perpetuates the social and economic inequality of indigenous communities. The reading of Argentine voices from the late 19th century to the present day that have defied the oversimplified indigenous narrative provides a space for the revisibilization as well as the rehumanization of a segment of the population that has been silenced and ignored in Argentine society for more than a century.

Introducción

Durante los últimos diez años Argentina ha sido objeto de críticas de varias organizaciones internacionales como Amnistía Internacional y el Observatorio de los Derechos Humanos por casos recurrentes de violencia abierta contra grupos indígenas que han manifestado por la protección de sus territorios tradicionales. Estos grupos reclaman para el reconocimiento de sus derechos tal como se expresan en la constitución. Hace un poco más de veinte años se ratificó la reforma constitucional de 1994, la cual reconoció la preexistencia de los pueblos originarios y por la primera vez en la historia del país les otorgó protecciones legales para la tierra y la cultura. La importancia de esta legislación no debe ser subestimada; durante la mayor parte de su historia como país independiente, Argentina ha fomentado y ha promulgado una identidad nacional basada en la imagen de una población homogénea, blanca y de ascendencia europea y ha pasado por alto, o incluso negado por completo, las minorías indígenas y afrodescendientes en el discurso nacional. Como resultado, un obstáculo común para las comunidades indígenas de hoy es probar su identidad étnica en un país que en general se creía ser poblado casi exclusivamente por descendientes europeos.

Varios académicos en los últimos veinte años han llamado atención a esta tendencia y la han indicado como un “discurso de invisibilización”, que surgió durante la consolidación de la nación y la construcción de la identidad nacional en el siglo XIX y continuó manifestándose a lo largo del siglo XX, aún después de la reforma constitucional de 1994 (Martínez Sarasola 1992, Quijada 1998, Vom Hau 2010, Escolar 2013, Taylor 2013, Alba 2016). A través de varios campos dentro de las ciencias sociales se ha empezado a revisar esta narrativa y a reevaluar el componente

indígena en Argentina. En cuanto al estudio de la literatura argentina, María del Carmen Nicolás Alba propone que la gran parte de la crítica literaria ha pasado por alto la producción de obras indigenistas argentinas durante la eclosión de esta corriente literaria caracterizada por la denuncia social acerca de la desigualdad social y el trato del indígena. En general esta tendencia literaria ha sido atribuida primariamente a países con mayor porcentaje de población indígena que Argentina como Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala y México. ("La narrativa indigenista" 58). Debido a la falta aparente de comunidades indígenas, ¿cómo podría Argentina participar en el indigenismo literario? En su disertación doctoral, Alba se propone demostrar que algunos escritores argentinos no sólo produjeron obras indigenistas, sino que su contribución, que en algunos casos precedió unas de las grandes obras peruanas asociadas con el surgimiento del indigenismo, fue ignorada o pasada por alto. Esta falta de atención en el mundo literario hacia la mera posibilidad de obras indigenistas en el contexto argentino creó otro nivel de silencio y olvido hacia las comunidades indígenas en Argentina. Por lo tanto, el reconocimiento del indigenismo literario en el contexto argentino pudiera tener aún más importancia que el de otros países porque estas obras no sólo critican las normas sociales que perjudican al indígena, sino que también reafirman su existencia en la sociedad argentina.

Partiendo de esta idea de Alba sobre el vacío literario-crítico de la presencia indigenista en la literatura argentina, este proyecto reúne cuentos de escritores argentinos que desafían el discurso dominante que relega a los indígenas como un elemento del pasado y que invisibiliza su presencia actual. La primera parte de este proyecto explora los orígenes de este discurso de invisibilización cuyas raíces se encuentran en la articulación de la identidad nacional preferida durante los años formativos del país. Philip Swanson (2014) nos recuerda del vínculo entre la literatura y la historia, evidenciado por el hecho de que los escritores de varias obras que se reconocen hoy como

textos fundamentales durante la construcción de la identidad nacional argentina también fueron activos políticamente: “Literature is not, then, separate from history but an important part of the project of forging history” (Swanson 76). Las preocupaciones raciales de varios escritores políticos como Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y José Hernández en el siglo XIX y la tendencia a representar al indígena como una figura incompatible con la sociedad moderna lo cimentó como un "otro" fuera de la identidad nacional, facilitando la deshumanización y el perjuicio hacia él.

Después de la Conquista del Desierto, una campaña militar que se llevó a cabo entre 1878 y 1879 que mató y desplazó a miles de indígenas de las Pampas y de Patagonia, la figura del indígena casi se desaparece del discurso nacional. Esta tendencia se refleja en la literatura del siglo XX, donde la narrativa dominante tiende a recordar al indígena como una figura del pasado, un ser primitivo cuya barbarie se ejemplifica en representaciones literarias del malón, las ataques sorpresas de las tribus indígenas contra los asentamientos españoles y argentinos (Gordillo 5, Hanway 15). En el nivel más básico, uno podría decir que las obras ambientadas en el contexto argentino con personajes indígenas pueden servir como testimonios de la existencia continua de las comunidades indígenas en el país y que incluso cuando se representa negativamente o como elemento exótico, la presencia de personajes indígenas en la literatura argentina sugiere que la figura del indígena sigue siendo elemento relevante de la época en que el autor escribe. Sin embargo, la tendencia de representar al indígena como un elemento del pasado o como uno de los últimos de una “raza extinguida” todavía mantiene una visión nacional que constituye el "nosotros", contrapuesto con un "otro" que desapareció con la llegada de la civilización moderna porque no es parte de la identidad preferida. Esta narrativa omitía el hecho de que algunas comunidades ya se habían incorporado en las poblaciones argentinas fronterizas durante la época

colonial además de los miles enviados a vivir en reducciones dirigidas por el Estado después de la Conquista de Desierto (Martínez Sarasola 400, Nagy 16).

Por esta razón, las pocas voces en la literatura argentina que desafían el discurso dominante son de gran importancia para revisibilizar y rehumanizar al indígena en el discurso nacional y para fomentar una nueva valorización de su cultura como parte de la argentinidad. El último capítulo de este proyecto reúne algunas de esas voces en una antología de cuentos. Los dos primeros cuentos "El malón" (1903) de Miguel Ugarte y "La historia del guerrero y la cautiva" (1949) de Jorge Luís Borges juegan con las suposiciones de la dicotomía decisiva ente la civilización y la barbarie. Ugarte presenta al malón desde la perspectiva indígena, indicando la responsabilidad compartida de la sociedad moderna de abrir el conflicto y emplear tácticas violentas, y en realidad, bárbaras contra las tribus indígenas. Borges desmantela la jerarquía definitiva entre los dos lados de esta dicotomía que supone la progresión natural unidireccional del ser humano desde un inferior estado primitivo, asociado con el indígena, hacia el hombre moderno y civilizado. A través de dos historias paralelas pero inversas, Borges demuestra como la complejidad de la naturaleza humana sobrepasa la dicotomía estricta de los dos extremos.

Mientras estas dos historias ofrecen una revalorización de la figura indígena en la narrativa histórica. de aún más importancia son las obras que representan al indígena y la desigualdad social en el tiempo en que fueron escritas. Estos cuentos se distinguen por el componente de denuncia social. El primer cuento con este enfoque es "Si haces mal no esperes bien" (1861) de Juana Manuela Gorriti, quien ha sido identificado por María del Carmen Nicolás Alba como una precursora de la corriente indigenista cuya influencia en la carrera literaria de Clorinda Matto de Turner ha sido pasada por alto por la crítica literaria ("La narrativa indigenista 57).

Otros escritores argentinos en la primera mitad del siglo XX también escribieron sobre el asunto de la desigualdad social acerca de los indígenas. Los cuentos "La sonrisa de Puca-Puca" (1926) y "Don Carlos y Chayle" (1934) de Fausto Burgos y "Allá en el Sur" (1953) de Pedro Inchauspe pertenecen a colecciones de cuentos regionalistas, pero por su enfoque en la relación explotadora entre el hombre blanco y el indígena indican una preocupación por la desigualdad social y económica sufrida por este segmento de la población. Estos autores nos dan una visión más personal de la vida diaria en la época en que escriben y la presencia de personajes indígenas en estas obras es una representación literaria de la realidad argentina, en la que comunidades indígenas e individuos de herencia indígena persistían en el país a lo largo de los años, algunas aún libres, algunas ya incorporadas en la sociedad y algunas en unos niveles de incorporación parcial. La crítica social de Burgos y Inchauspe se manifiesta a través de los pensamientos y las palabras de los personajes indígenas que se encuentran victimizados por el personaje blanco. De esta manera estos cuentos simultáneamente denuncian las normas social injustas además de visibilizar y rehumanizar a la víctima.

“Una bofetada” (1920) de Horacio Quiroga también se incluye aquí porque el argumento se desarrolla en torno al abuso del indígena en el contexto argentino. Este cuento es una de las muchas obras de este autor que presenta fuertes rasgos regionalistas, producto de su larga residencia en Misiones. Mientras el enfoque de Burgos e Inchauspe es revelar y denunciar el maltrato del indígena en la sociedad argentina, Quiroga emplea el abuso y la violencia cometido por el personaje blanco contra el obrero indígena como la fuente de tensión que va aumentando hasta un final dramático. Este juego de suspenso es típico de su obra literaria así que se supone que el enfoque principal de Quiroga no es necesariamente la denuncia social. Sin embargo, el escenario y el tema del cuento están basados en las condiciones bajo las cuales los mensú, u obreros

mensuales, realmente trabajaron, por lo cual este cuento todavía sirve para abordar el tema de la desigualdad social, de la visibilización del indígena en Argentina y de los derechos que fueron históricamente negados a él.

El último cuento, “Caramelos para los mocovíes” (2007) de Fernando Rosemberg nos da una visión de la Argentina actual en que el indígena todavía se queda fuera del imaginario colectivo del país. A través de un testimonio personal, Rosemberg nos introduce a una comunidad mocoví que vive en pobreza extrema, lejos de los centros urbanos. Se observa la ironía triste de los mocovíes jóvenes y sus familias orgullosas de su argentinidad a pesar de que esta misma cultura los mantiene aislados y olvidados.

En medio de la violencia actual contra los movimientos sociales indigenistas en Argentina, esta antología puede verse como un instrumento para revisibilizar y rehumanizar a la figura indígena en el imaginario colectivo. Al nivel más básico estos cuentos sirven como una forma de testimonio de la presencia continua de los pueblos indígenas y sus descendientes en el territorio nacional. De aún más importancia son las técnicas narrativas que los autores emplean para reestablecer líneas de simpatía entre este “otro” y el lector. En conjunto, estos cuentos sirven para desafiar al lector para que se cuestione sus propias suposiciones sobre los pueblos originarios y la herencia indígena de Argentina. Incluso si no se establece un sentido de obligación hacia un compatriota, desafiaría la consciencia del lector. ¿Se puede justificar el abuso de otro ser humano? ¿Puede una nación establecida en normas de la razón y el progreso permitir el abuso de los derechos humanos? Por lo menos, se espera que el reconocimiento hoy en día de la presencia de voces argentinas que han criticado estas normas sociales pueda fomentar el sentido de que los movimientos sociales indigenistas también son un asunto nacional que requiere la participación de todos para resolverlo.

I

Contexto histórico

Durante el periodo colonial los españoles colonizaron las regiones del este, del norte y del oeste de lo que hoy es Argentina, pero por varias dificultades no lograron penetrar en el Chaco, las Pampas, Patagonia y el Extremo Sur, regiones que constituyen más de la mitad del territorio actual de Argentina. En estas regiones existían varias culturas indígenas libres del control español y éstas seguirían defendiendo su tierra por tres siglos más (Martínez Sarasola 147). Las ciudades fronterizas fueron zonas de conflicto donde los españoles, y luego los argentinos, empujaban para expandir su territorio mientras los indígenas luchaban para mantener el suyo (Gordillo 6).

Después de declarar la independencia de España, las Provincias Unidas del Río de la Plata, entidad política basada en Buenos Aires que incluyó los territorios actuales de Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia, entró en el difícil periodo de consolidar la región como nación unificada bajo un gobierno central. Durante esta época, los nuevos líderes criollos extendieron la ciudadanía a las poblaciones indígenas para ampliar su base de apoyo. Sin embargo, estas políticas fueron dirigidas a los grupos que ya se habían incorporado al control español, no a los del Chaco, de las Pampa y de Patagonia, porque éstos eran considerados salvajes y más allá de su esfera de influencia (Gordillo 9).

Después de que Uruguay, Paraguay y Bolivia se independizaron, las Provincias Unidas se redujeron a varias regiones controladas por caudillos que rechazaron la autoridad del gobierno central basado en Buenos Aires. Durante la guerra civil, algunas de las ciudades fronterizas

establecieron alianzas con tribus del interior. Como resultado, estos grupos indígenas estuvieron en conflicto directo con las élites, luchando por la unificación del país bajo un gobierno central. La cuestión de qué hacer con estas tribus después de la guerra civil sería central para la consolidación del país.

Como miembro de la élite intelectual y política durante el gobierno dictatorial de Juan Manuel de Rosas, Sarmiento representa una voz de gran influencia en el discurso dominante que estaba formando los valores preferidos para la reforma de la nueva nación. En su famosa obra, *Civilización y barbarie o vida de Juan Facundo Quiroga* (1845) Sarmiento describe el paisaje argentino y aplica ideas deterministas para explicar cómo las "fisonomías distintas" del país "imprimen a la población condiciones diversas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que la rodea" (12). Aplica una dicotomía entre la civilización, o sea, la ciudad donde se encuentra una "raza inclinada a la civilización, dotada de talento y de los más bellos instintos de progreso", y la barbarie, ejemplificado por las regiones del interior donde el habitante nativo se caracteriza "por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial" (15). Por medio de esta dicotomía, se explican los orígenes de los caudillos que dominaban sus regiones respectivas del interior. Debido a la gran distancia de la ciudad, los valores ilustrados de la democracia que se encuentra en la sociedad moderna no llegan al campo. Como resultado, los gobiernos de los caudillos se caracterizaban por "el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidades de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate" (14).

Mientras el enfoque de este análisis fue denunciar el gobierno dictatorial de Rosas, la base de su argumento estriba en el efecto del ambiente salvaje en el carácter del habitante del interior.

En cuanto al indígena, Sarmiento hasta atribuye la entremezcla de sangre española e indígena al carácter inferior del hombre de campo: "Mucho de haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización" (15). Por eso, incluso en referencia al gaucho, le recuerda al lector, "es preciso ver a estos españoles, por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conversan" (19). Aunque todavía comparte algunos rasgos de la cultura argentina, la sangre mezclada del gaucho determina su carácter y lo diferencia como un "otro" que no cabe dentro de la identidad nacional preferida. El indígena, queda aún más lejos, como representante del nivel más bajo de la barbarie.

Como resultado, Sarmiento describe a la Argentina como "dos sociedades distintas, dos pueblos, extraños uno de otro" (16). Desde esta perspectiva, la resultante "lucha entre la civilización europea, y la barbarie indígena" determinaría el desarrollo del país. Mientras se ha notado una admiración del talento y del conocimiento práctico del gaucho, Sarmiento razona y concluye que el gaucho, junto con el indígena, no pertenecían a la Argentina del futuro que debe establecerse sobre los pilares modernos europeos. Su ensayo *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883) desarrollaría este tema aún más con el uso de ideas deterministas para demostrar la inferioridad innata del habitante original de América Latina y la superioridad de la raza europea. Mientras la publicación de *Martín Fierro* de José Hernández ofrece una reivindicación parcial para el gaucho como una parte de la identidad nacional, el indígena se queda como una figura indeseable. La dicotomía entre la barbarie y la civilización también servía para reafirmar la idea de que, como parte de un proceso natural, los habitantes del interior eventualmente desaparecerían con la llegada de la civilización. Esta forma de lógica trata de despejar cualquier duda moral acerca de la expulsión de los pueblos nativos; la extinción de las culturas indígenas sólo indicaría el desarrollo de Argentina como país moderno.

Estas ideas deterministas y xenofóbicas también caracterizaban el pensamiento de Juan Bautista Alberdi, cuya obra *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1853) tendría mucha influencia sobre el proyecto constitucional después de la derrota de Rosas: “En América todo lo que no es europeo, es bárbaro; no hay más división que esta: primero, el indígena, es decir, el salvaje; segundo, el europeo, es decir, nosotros, los que hemos nacidos en América, y hablamos español, los que creemos en Jesucristo y no en Pillan (dios de los indígenas)” (83). En este pasaje Alberdi se dirige al lector como parte del "nosotros", que representa los valores preferidos de una identidad argentina y describe lo indígena en términos directamente contrapuestos.

Como parte del proyecto de construcción nacional, Sarmiento y Alberdi apoyaban la inmigración pues el inmigrante europeo representaba los ideales de la civilización, o sea el racionalismo, el progreso y la vida sedentaria que sería esencial para el desarrollo de Argentina como país moderno (Jones 184). Por ejemplo, en el capítulo concluyente de *Facundo*, Sarmiento lamenta que Argentina se ha rezagado en comparación con los Estados Unidos, cuyo éxito está atribuido al influjo de miles de inmigrantes productivos: "El año 1835 emigraron a Norte América quinientas mil seiscientos cincuenta almas; ¿por qué no emigrarían a la República Argentina cien mil por año (...)? Pues bien, cien mil por año harían en diez un millón de europeos industrioses, diseminados por toda la República, enseñándonos a trabajar, explotando nuevas riquezas y enriqueciendo al país con sus propiedades" (160). Sin embargo, mientras Sarmiento vio la educación como un componente adicional para mejoramiento del país, Alberdi va aún más lejos en su *Bases* para sugerir que la inmigración europea debe ser la primera prioridad: "Cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilizaciones en sus hábitos, que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía" (90). De todos modos, estos dos escritores

basaron su apoyo por la inmigración en la esperanza de que la llegada de los inmigrantes europeos pudiera aumentar el tamaño del mano de obra, traer nuevas técnicas necesarias para el desarrollo económico, fomentar valores europeos y "civilizar" la población (Ruggiero 183). Argentina adoptó leyes favorables para la inmigración y recibió casi tres millones de inmigrantes europeos entre 1869 y 1919 (Quijada 452, Solberg 215).

Las perspectivas de Sarmiento y Alberdi pueden ser entendidas como ejemplos del “proyecto occidental”, un término acuñado por Walter Mignolo (2000) para describir la suposición de la superioridad de la cultura occidental que justifica su expansión sobre las culturas preexistentes en América Latina. Taylor (2013) explica cómo esta forma de pensamiento trata de clasificar a los varios grupos raciales dentro de la sociedad según su atraso o progreso hacia este ideal. Como el indígena no manifestaba el carácter del hombre moderno especificado como el ideal por Alberdi en *Bases*, las tribus del interior no se calificaban como ciudadanos y su exclusión de la comunidad imaginada y de los derechos garantizados al ciudadano argentino bajo la Constitución de 1853 fue justificada. El famoso lema de Alberdi, "Gobernar es poblar" indica la preocupación de cómo traer el territorio del interior bajo el control del Estado donde las tribus indígenas aún representaban un obstáculo para el acceso a los recursos y al asentamiento de la región. El asentamiento de los inmigrantes recién llegados podría difundir los valores modernos y contribuir a la productividad económica as estas regiones.

Esta gran ola de inmigración fue precedida por la Conquista del Desierto, una campaña militar dirigida por Julio A. Roca entre 1878 y 1879 que representa uno de los eventos históricos más importantes para la eventual invisibilización del indígena en el siglo XX. Adolfo Alsina, el Ministro de Guerra anterior, había abordado el asunto de los indígenas con una campaña defensiva

para ocupar el territorio controlado por ellos, incorporándolos poco a poco. Roca vio esta estrategia como inútil, pues las ciudades fronterizas seguían bajo una amenaza constante de malones o ataques de las tribus indígenas. Su campaña militar resultante se dio a conocer como la Conquista del Desierto porque su objetivo fue matar o desplazar a los grupos indígenas de las llanuras, de las Pampas y de Patagonia hasta el río Negro no solamente para abrir estas regiones para el asentamiento sino también para establecer el control sobre esos territorios antes que Chile. Esta campaña junto con otra campaña simultánea en el Chaco resultó en alrededor de 2,500 indígenas muertos y miles de indígenas forzados a reubicarse en reducciones (Martínez Sarasola 400, Delrio 143). La campaña aseguró el dominio del estado argentino sobre el territorio de las Pampas y Patagonia para el asentamiento y el desarrollo de la tierra mediante inmigrantes recién llegados y cimentó la idea de que "no hay ya indios en Argentina, porque los mataron a todos" (Larson 475, Quijada 492, Rodríguez 127). Incluso los que criticaron el uso de violencia excesiva de parte del ejército contra los indígenas participaron en este discurso de invisibilización sin querer al reproducir la idea de que los indígenas ya se habían exterminado (Gordillo 11).

En realidad, no todos fueron asesinados o expulsados; algunas comunidades lograron escapar la violencia y se asentaron aún más lejos o fueron forzadas en reducciones bajo el control del Estado. Por ejemplo, después de la Conquista del Desierto que supuestamente erradicó a los indígenas, la expansión de los sectores agrícolas en los territorios recién adquiridos resultó en la demanda de más trabajadores que se solucionó inicialmente con la labor, o voluntario o forzada, de indígenas (Gordillo 11, Delrio 139, Rodríguez 127). El próximo capítulo explora como un discurso de invisibilización mantenía la creencia común de la Argentina como un país sin indígenas por la mayor parte del siglo XX y como esto ha dificultado la situación para varias comunidades que piden el reconocimiento de su identidad y de sus derechos hoy en día.

II La lucha por la visibilidad

La Conquista del Desierto con junto las olas de inmigrantes europeas contribuyó a la idea de que los indígenas ya no existían en la sociedad argentina. Esta creencia siguió manifestándose en el siglo XX en formas sorprendentes y creando obstáculos aún más difíciles para las comunidades indígenas de hoy que buscan un reconocimiento legal de su identidad y de sus territorios tradicionales. Un simple ejemplo de esta invisibilización se encuentra en la parte trasera del billete de cien pesos donde se reproduce la pintura "Conquista del desierto" de Juan Manuel Blanes que conmemora el heroísmo del ejército durante la Conquista. La pintura original muestra a los soldados victoriosos en el centro y a los indígenas sometidos en los alrededores, pero en la reproducción de esta escena, la imagen ha sido cortada para excluir a estas personas (Delrio 148). La reproducción selectiva de esta imagen omite la pregunta de qué pasó con estas figuras vencidas después de declarar la victoria.

La eliminación del componente indígena en la recreación artística de los sucesos históricos es una tendencia que se encuentra también en la construcción de la historia nacional en el Museo Etnográfico de Buenos Aires. Cuando el museo abrió en 1904 era solamente un museo académico, pero en 1927 se presentó como un museo público donde la gente podría “conocer mejor y penetrar en la esencia del pensamiento de nuestros antepasados nativos en la tierra de América” (Larson 467). Sin embargo, las investigaciones de Larson (2013) y Alba (2016) notan una tendencia entre los arqueólogos y antropólogos argentinos del temprano siglo XX, quienes, a pesar de profundizar el entendimiento de varias culturas indígenas todavía vivas, tendían a enfocar en la grandeza del

pasado precolombino, "exaltando las virtudes del primero y deshumanizando a sus herederos" (Alba 83). De esta manera, el Museo Etnográfico adoptó los artefactos de las culturas indígenas "estratégicamente", preservándolos como posesiones de la nación, pero a la vez no pertenecientes a la comunidad nacional. En este espacio la riqueza de las varias culturas indígenas fue presentada como una parte de un pasado romántico, antes del llegado de los inmigrantes europeos y permitió la celebración de esta herencia histórica sin reconocer una herencia genealógica (Larson 470).

Varios académicos (Gordillo 2003, Nagy 2013, Lewkowicz 2015) han demostrado que esta tendencia continúa hoy en día en los libros de texto en las escuelas públicas donde hay una representación incompleta de la historia acerca de los pueblos indígenas. Lewkowicz y Nagy examinan libros de texto publicados en la primera década de los años 2000 para investigar cómo se presenta la resistencia de los pueblos originarios durante la conquista española y se propone que hay una tendencia a "[dedicar] un estrecho espacio a la resistencia" y "asumir la perspectiva del conquistador" (130). Nagy nota que algunas revisiones importantes han sido hechas como la eliminación del "tono celebratorio" sobre la victoria de la Conquista del Desierto y del uso de palabras peyorativas como "barbaros, salvajes, contrarios a la 'civilización'" (209). Sin embargo, en general, tienden a presentar una explicación adecuada sobre la presencia indígena actual; cuando se mencionan los pueblos indígenas, son descritos como tribus que habitaban la tierra antes o en el mejor de los casos hay una breve mención de los descendientes que sobreviven en regiones distantes del país (Nagy 210, Gordillo 5).

De estos ejemplos, tal vez la mejor evidencia de la invisibilización de los pueblos indígenas en el siglo XX es la falta de datos oficiales para la población indígena en Argentina; el censo nacional dejó de diferenciar la población según categorías raciales después del año 1887. La ausencia de datos oficiales para la población indígena además de otras minorías como los

afrodescendientes refleja la imagen preferida por el Estado de una Argentina homogénea y moderna (Delrio 139). Esta falta de reconocimiento legal de los pueblos originarios choca con la existencia de varias instituciones gubernamentales pequeñas que siguieron trabajando con el propósito de civilizarlos.

No fue hasta el año 2010 que el censo nacional incluyó una sección para los grupos étnicos. La colección de esta información dependía de la auto-identificación del encuestado con la pregunta, "¿Alguna persona de este hogar es indígena o descendiente de pueblos indígenas (originarios o aborígenes)?" (INDEC 342). Esta sección sólo pidió el número de personas en el hogar que se identificaban así y proveyó un espacio para especificar a qué pueblo indígena pertenecen. Mientras este censo marca un cambio importante para el reconocimiento legal de los ciudadanos de ascendencia indígena, también subraya la falta de más de un siglo de datos oficiales acerca de este segmento de la población.

Gordillo (2003) demuestra la efectividad y la amplitud de esta forma de invisibilización con una comparación de la percepción común de ciertos países latinoamericanos con la de Argentina. Por ejemplo, en Brasil se reconocen los pueblos indígenas abiertamente, pero el país tiene menos individuos indígenas, en términos relativos y absolutos. Según los datos del censo del año 2000, la población indígena de Brasil solo constituye 0.47% de la población total, o cerca de 300,000 individuos. En cambio, según las apreciaciones de ONG y organizaciones indígenas, la población indígena de Argentina constituye un segmento más grande de la población: cerca del 2.4% o un poco menos de un millón de personas (4). Usando los datos más recientes del censo de 2010, esa comparación sigue siendo válida.

Debido a este discurso de invisibilización tan afianzado en el imaginario colectivo de la argentinidad, un obstáculo adicional para el movimiento indigenista en el contexto argentino fue la necesidad de probar la identidad étnica en un país donde la presencia indígena había sido borrado casi por completo. No fue hasta la década de los ochenta, cuando se reestableció la democracia en Argentina, que los primeros grupos sociales organizados bajo identidades indígenas empezaron a manifestarse por sus derechos y por protecciones legales (Vom Hau 1283). Varios académicos han atribuido este surgimiento de este movimiento basado en identidades con un ámbito político y social más abierto a las voces de los marginados y el reconocimiento de los derechos humanos que vino después del horror de la última dictadura civil-gubernamental (Jago 171, Lenton 72, Alba "La narrativa indigenista" 204). Los reclamos principales de estos grupos eran por el reconocimiento del derecho a la autonomía, de la propiedad de la tierra y por la protección de sus culturas e idiomas.

No fue hasta la reforma constitucional en 1994 que, por la primera vez en la historia del país, el Estado reconoció la preexistencia de los pueblos originarios y agregó varias leyes para la protección de su cultura y su tierra:

Reconocer la preexistencia étnica y cultural de los pueblos indígenas argentinos. Garantizar el respeto a su identidad y el derecho a una educación bilingüe e intercultural; reconocer la personería jurídica de sus comunidades, y la posesión y propiedad comunitarias de las tierras que tradicionalmente ocupan; y regular la entrega de otras aptas y suficientes para el desarrollo humano; ninguna de ellas será enajenable, transmisible ni susceptible de gravámenes o embargos. Asegurar su participación en la gestión referida a sus recursos naturales y a los

demás intereses que los afecten. Las provincias pueden ejercer concurrentemente estas atribuciones. (*Constitución de la Nación Argentina*, Capítulo IV, Sección 75, Artículo 17)

Después de la reforma constitucional de 1994 Argentina tomó otras medidas importantes incluyendo la ratificación del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre pueblos indígenas y tribales en el 2000 y la Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas en el 2007. Estos documentos establecen normas internacionales para la protección de las comunidades indígenas así que se espera que el apoyo de estos documentos refleja la disposición del país firmante de usarlos como guía en sus propias leyes y decisiones acerca de sus ciudadanos indígenas. Sin embargo, GELIND (Grupo de Estudios en Legislación Indígena) ha señalado la importancia de reconocer que la fuerza impulsora detrás de estas reformas no vino tanto de las demandas de la gente argentina sino de la presión de la comunidad internacional hacia Argentina de hacer cumplir con las nuevas normas internacionales (123).

Por otro lado, aunque estos dos documentos representan un avance importante para los derechos de las comunidades indígenas, no aseguran una implementación. Por ejemplo, países como Canadá y los Estados Unidos no firmaron el Convenio 169, citando la inhabilidad de la comunidad internacional de hacer cumplir las regulaciones mientras la Declaración, como declaración de la Asamblea General, tampoco es coercitivo. Otra limitación de estos documentos es la falta de una definición clara de lo que constituye un pueblo indígena o cómo identificar a una persona como indígena o no. Mientras la Declaración no menciona criterios para identificar a los pueblos indígenas, el Convenio incluye varias consideraciones: "los pueblos tribales en países independientes, cuyas condiciones sociales, culturales y económicas les distingan de otros sectores de la colectividad nacional, y que estén regidos total o parcialmente por sus

propias costumbres o tradiciones o por una legislación especial" y "a los pueblos en países independientes, considerados indígenas por el hecho de descender de poblaciones que habitaban en el país o en una región geográfica a la que pertenece el país en la época de la conquista o la colonización o del establecimiento de las actuales fronteras estatales y que, cualquiera que sea su situación jurídica, conservan todas sus propias instituciones sociales, económicas, culturales y políticas, o parte de ellas." Sin embargo, en conclusión, también se refiere a la auto-identificación o "la conciencia de su identidad indígena" como el "criterio fundamental" para identificar a las comunidades que deberían recibir los derechos y las protecciones detalladas en el Convenio. Dada la variedad de culturas, los niveles variados de incorporación en las culturas modernas y las percepciones subjetivas de lo que constituye ser indígena, es difícil proveer una definición universal que facilite la identificación de los grupos que deben recibir protecciones especiales. Por ejemplo, después de la reforma constitucional de 1994, los reclamos de la comunidad kolla del departamento Iruya para la protección de su tierra tradicional fueron criticados inicialmente debido a su apariencia aculturada. Su identidad como verdaderos indígenas fue cuestionada debido a una falta aparente de características como el vestido tradicional que los mostrarían como verdaderos indígenas (Occhipinti 158).

A la vez, estas comunidades se encuentran limitados por legislación discriminatoria. Por ejemplo, Warren (2015) investiga las reglas especificadas por la Ley de Nombres que ha impuesto regulaciones excesivas dirigidas a individuos de ascendencia indígena desde su implementación en 1943. Esta primera versión de la ley requería que los padres registraran el nacimiento de su hijo e hija dentro de 40 días y solamente permitía nombres españoles. Los nombres indígenas eran aceptables solamente si la palabra ya se había incorporado en el idioma nacional. La ley fue modificada en 1984, quitando el requisito del idioma española pero muchas provincias crearon

listas de nombres no españoles que eran aceptables: los nombres no incluidos en estas listas eran inaceptables. Esta ley fue modificada otra vez en 2003, permitiendo nombres y palabras indígenas pero varias especificaciones crean otros impedimentos. Por ejemplo, la ley requiere que los nombres indiquen claramente el género, pero esto puede ser difícil de aplicar a nombres y palabras indígenas. Los padres todavía tienen que esperar que las autoridades verifiquen que el nombre deseado es una palabra verdadera de su idioma. El proceso es largo y depende de la decisión final de las autoridades de la provincia. Mientras la ley no permite nombres extranjeros que no se puedan pronunciar fácilmente, no hay mención de los otros grupos étnicos que hoy en día constituyen una presencia significativa en Argentina como asiáticos, judíos o los del Oriente Medio. Sin embargo, los pueblos indígenas reciben mención directa en este aspecto. Por eso, aunque la ley hace visibles a los indígenas, también los señala como únicos, requiriendo regulaciones especiales, o sea, discriminatorias, impidiendo la transferencia de nombres tradicionales en las comunidades indígenas (Warren 772).

En muchos casos el obstáculo principal para las comunidades indígenas es probar la identidad étnica y la preexistencia en un territorio en un sistema basado en normas occidentales que suele requerir documentos oficiales. En un estudio sobre los reclamos de la comunidad Huarpe, Escolar (2013) presenta un caso poco común en que la comunidad había mantenido documentos de la época colonial que probaron la validez de sus demandas y les ganó el reconocimiento legal de su identidad como descendientes de pueblos originarios. El grupo original de Mendoza se creía extinto debido al desplazamiento forzado de muchos de ellos a Chile a causa de los españoles entre los siglos XVI y XVII. Los que evitaron a los españoles eventualmente llegaron a un arreglo: en un intento de mantener control sobre los indígenas, los españoles les otorgaron unas parcelas de tierra. Aunque los Huarpes las aceptaron,

muchos eligieron vivir dispersados afuera del territorio designado. Un grupo de Lagunas de Rosario mantuvo los documentos que establecían el acuerdo, incluso recopiándolos a mano para distribuir entre las varias familias (Escolar 455). De las once comunidades que se organizaron después de la reforma constitucional de 1994 bajo la identidad de descendientes de los Huarpes, sólo la de Lagunas del Rosario, que había mantenido un título de propiedad del año 1752 además de varios papeles que evidenciaron reclamos anteriores, logró el reconocimiento de su tierra tradicional. Escolar nota que estos documentos fueron indispensables en la lucha por su territorio; desde el título de propiedad original del siglo XVIII hasta las copias de las varias demandas hechas a través del *Protector de los naturales de las Lagunas* en el siglo XIX, se mantenía una referencia a la identidad indígena como base de los reclamos. Sin embargo, entre las once comunidades, la suma de las demandas colectivas fue de 750.000 hectáreas. La comunidad de Lagunas recibió 70.000 hectáreas, mientras las otras diez comunidades no llegaron a un acuerdo (Escolar 454). Sin estos documentos es posible que los Huarpes no hubieran logrado esta pequeña victoria. Como este caso demuestra, para la mayoría de las comunidades indígenas, la falta de documentación oficial es uno de los obstáculos principales que impide el reconocimiento legal de la identidad y del territorio tradicional. Después de la Conquista del desierto, las regiones conquistadas se volvieron “terrenos públicos” o fueron subastadas o distribuidas por el Estado (Rodríguez 127). El predominio de las normas culturales occidentales en el proceso de pedir y otorgar derechos es otro ejemplo de la “colonialidad” de los derechos—las comunidades indígenas tienen que aprender y acostumbrarse a la cultura dominante para pedir sus derechos (Taylor 597). La idea de la propiedad de la tierra y el énfasis en los documentos escritos demuestran poca disposición por parte del sistema legal a adaptarse a las normas culturales y las necesidades de sus ciudadanos indígenas.

El asunto de la propiedad de la tierra sigue siendo problemático para las comunidades indígenas, incluso las que han ganado el reconocimiento de sus tierras tradicionales, debido a como se expresa esta estipulación en la Constitución. El documento no emplea el término “territorio” sino “tierra” y la interpretación legal resultante es que la propiedad comunitaria de "las tierras que tradicionalmente ocupan" no abarca el subsuelo, los cuerpos de agua ni el aire. Como resultado, las industrias extractivas que buscan minerales, plantas medicinales y otros recursos naturales siguen siendo una amenaza al bienestar de varias comunidades indígenas. El informe de CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) del 2015 enumera la contaminación de la tierra y el agua junto con la degradación del ecosistema como algunas de las preocupaciones principales de estos grupos. Los términos legales que limitan el alcance de los derechos indígenas en la Constitución junto con un sistema insensible a las diferencias culturales todavía representan faltas en la implementación de las leyes que deberían proteger a las comunidades indígenas.

Los grupos indígenas que todavía no han logrado el reconocimiento legal de su tierra se manifiestan por sus derechos tal como se expresan en la Constitución además de leyes más extensas que abordan los defectos actuales. En medio de estas protestas se han documentado varios casos de violencia abierta contra grupos indígenas. Los manifestantes han sido víctimas de violencia abierta no solamente a manos de civiles sino también de la policía. El caso de las protestas de la comunidad Qom en la Ruta Nacional 86 en Pilcomayo en el año 2010 provee un caso ejemplar en que la policía golpeó a los manifestantes, disparó hacia la muchedumbre, y usó el gas lacrimógeno. El conflicto resultó en dos muertos y los que fueron detenidos no recibieron atención médica por más de veinticuatro horas (*Informe 2011*). El CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) llama la atención al hecho de que este caso no es único, refiriendo a sucesos semejantes en 2002 y 2005. Varias organizaciones internacionales como el Observatorio de

Derechos Humanos, Amnistía Internacional y organizaciones domésticas como CELS han denunciado estos casos y la falta de acción por parte del Estado. Esta tendencia continúa evidenciada en el reporte del año 2017 del Grupo de Trabajo Internacional para Asuntos Indígenas (IWGIA por su sigla en inglés) lo cual identifica un “contexto general de política regresiva para los derechos humanos” y sigue a citar una falta de implementación de leyes ya existentes y un ambiente de persecución y criminalización de los líderes de los movimientos sociales basados en la identidad indígena.

La teoría de Juliet Hooker sobre las sociedades multiculturales puede ser útil para entender la falta de justicia por estos crímenes. Ella describe el concepto de la solidaridad política como “the reciprocal relations of trust and obligation established between members of a political community that are necessary in order for long-term egalitarian political projects to flourish” (4). Hooker propone que la raza, o sea, la percepción de la diferencia basado en suposiciones raciales, limite el alcance de la solidaridad política entre las diferentes comunidades étnicas dentro de las sociedades multiétnicas. En el contexto argentino donde la mayoría la imagen del país es uno de ascendencia europea, las comunidades indígenas se destacan por las diferencias en apariencia de los rasgos faciales, el cutis y el traje típico. Estos marcadores visibles de la raza resultan en una "compasión diferencial" ("differential sympathy") (6); es decir, el sufrimiento de los pueblos indígenas y la injusticia perpetrada contra ellos no es percibida como el sufrimiento de la gente argentina sino como la de un "otro"—un grupo de forasteros que no pertenecen a la comunidad imaginada ni al territorio nacional. Hooker sugiere que un sentido de obligación entre ciudadanos o incluso entre el Estado y estos miembros de una minoría étnica disminuye debido a esta percepción de diferencia.

El próximo capítulo explora como la literatura reflejaba e informaba la percepción del indígena como un elemento de un pasado lejano en la narrativa nacional y cómo las pocas voces que desafiaban este discurso con importantes para el proceso de visibilización hoy en día.

III

La figura literaria del indígena

La dicotomía de la civilización y la barbarie utilizada por Sarmiento y Alberdi es un tema recurrente en la literatura argentina. Estas preocupaciones raciales aparecen en el cuento inaugural de la cuentística latinoamericana: “El matadero” de Esteban Echeverría, escrito entre 1838 y 1840 pero no publicado hasta el año 1871 póstumamente. La clasificación del texto como un verdadero cuento ha sido discutida, y algunos han optado clasificarlo como artículo de costumbres, ensayo o un híbrido de estos géneros (Lindstrom 81, Cabañas 133). Sin embargo, por su importancia en la literatura argentina ha sido incluido en varias antologías de cuentos latinoamericanos. Escrito durante la dictadura de Rosas, el cuento es una alegoría política en la que los federales y sus seguidores están representados por el carnicero “con cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado” y las masas incivilizadas en las que “reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria” (72). La manera en que Echeverría representa al carnicero, poderoso pero sucio y desarreglado en medio de la muchedumbre revoltosa, con referencias directas a las “figuras de tez y razas distintas” (73) revela cómo la raza fue una preocupación central y cómo los escritores políticos empleaban este tema para servir motivos políticos.

Esta dicotomía sigue en la literatura temprana del siglo XX con representaciones negativas del campo y sus habitantes. Por ejemplo, el cuento “Una revancha” (1906) de Martiano Leguizamón introduce al protagonista como un “mestizo de india y de español, corría mezclada en la sangre de sus venas la malicia sutil e hipócrita del charrúa con el brío soberbio y la gracia

vivaz y hombruna del rudo soldado andaluz” (123). En estilo determinista, la herencia indígena es atribuida a los aspectos negativos de su carácter mientras la parte española se asocia con características más nobles. De manera semejante, en su colección de cuentos *Pago Chico* (1908), Roberto Payró detalla aspectos de la vida diaria del pueblito que no empezó a desarrollarse hasta que “los indios quedaron reducidos a su mínima expresión—civilizados a balazos” (7). En estas obras, la presencia del indígena o incluso de la herencia indígena indica el atraso del personaje o de la comunidad en que la historia se desarrolla. De esta manera la literatura sirve para reflejar e informar suposiciones raciales y fomentar una valorización de las cualidades asociadas con la civilización, y por extensión, la ciudad, sobre las del campo. Por lo tanto, este discurso también contribuiría a la construcción de la identidad nacional basada en la imagen preferida de Buenos Aires y sus habitantes de ascendencia europea.

Sin embargo, esta tendencia no definió por completo la representación de la identidad argentina en la literatura. Por ejemplo, también durante este tiempo se publicó el famoso poema épico de José Hernández, *El gaucho Martín Fierro* (1872) junto con la secuela unos años después *La vuelta de Martín Fierro* (1879) que desafiaron la categorización propuesta por Sarmiento sobre la idea del gaucho como incompatible con la civilización, y, por lo tanto, contrapuesto a los valores argentinos. Hernández cambia esta caracterización negativa con una representación más romántica del gaucho, “con la guitarra en la mano” (55), que canta sobre la miseria que ha afligido su vida. La obra sirve como una denuncia social literaria sobre el trato del gaucho por el Estado. Revela el abuso del poder por el gobierno que requiere que los gauchos abandonen a sus familias para participar en la lucha contra los indios, muchas veces sin compensación. Este servicio forzado es incluso más injusto “porque el gaucho en esta tierra/ sólo sirve pa votar” (1369-70) pero tiene que luchar para proteger el territorio de un gobierno que normalmente lo ignora.

Casi el poema entero está escrito desde la perspectiva del gaucho Martín Fierro que parece cantar directamente al lector y detalla las dificultades de su vida. A lo largo de esta narración Hernández recrea el sonido del lenguaje del gaucho:

Estaba el gaucho en su pago
con toda siguridá,
pero aura ... ¡barbaridá!
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá. (250-255).

De esta manera, el poema preserva un aspecto de la cultura gauchesca y explora la vida del gaucho desde un punto de vista más íntimo y trae su experiencia más cerca del lector. Mientras se destacan los aspectos que lo diferencian de la imagen común del hombre de la ciudad, Hernández también presta atención a los elementos básicos de la humanidad compartida:

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido. (105-110).

Mientras Sarmiento demostró admiración para el gaucho, también concluyó que su carácter formado bajo los efectos del ambiente salvaje le determina como bárbaro y, por lo tanto, incompatible con una Argentina moderna. Hernández afirma que no es bárbaro sino la víctima de

una sociedad que le trata así. En las décadas después de la publicación de esta representación romántica del gaucho, esta figura se incorporó como una parte importante de la identidad argentina.

Incluso en este texto que intenta reivindicar el valor cultural de interior y denunciar el abuso del poder sobre sus habitantes, no hay un reconocimiento de esta misma experiencia por parte del indígena, que se queda a lo lejos como el elemento más bajo de la barbaridad. Mientras al final de la primera parte del poema la desesperación fuerza a Martín Fierro a buscar un refugio con los indios: “Allá habrá seguridad/ ya que aquí no la tenemos” (2235-2236), la segunda parte, *La vuelta de Martín Fierro*, revela su experiencia con ellos:

Odia de muerte al cristiano,
hace Guerra sin cuartel;
para matar es sin yel
es fiero de condición
no golpea la compasión
en el pecho del infiel. (385-390).

Descripciones como estas nos puede llevar a pensar en la perspectiva de Sarmiento en *Facundo* y la caracterizan sobre los indígenas que Alberdi hace en su *Bases*. Al mantener el indio como un enemigo común, Hernández afirma que el gaucho es distinto de los indígenas salvajes y no merece ser categorizados con ellos. Mientras, en general el gaucho es de ascendencia mezclada, Nancy Hanway en su libro *Embodying Argentina: Body, Space and Nation in 19th Century Narrative* nota que la representación de la raza del gaucho en la literatura depende del motivo político del escritor. Por ejemplo, ella demuestra que los unitarios, quienes vieron al gaucho como aliado con Rosas, enfatizaron que era mestizo y, por lo tanto, bárbaro (151). Por otro lado, Hernández refiere a Martín Fierro como un hombre "blanco". El poema sirve como una forma de

reivindicación de la reputación del gaucho, incluso hasta la percepción de su raza: “Despojado ya de su herencia indígena por irrastreable, (...) el gaucho se convertía en el depositario de los valores argentinos” (Alba "La narrativa indigenista" 87). Por el otro lado, el indígena en la literatura se queda como la manifestación más baja de la barbarie, sin ningún valor humano.

Joaquín V. González está identificado por María del Carmen Nicolás Alba como el primer escritor argentino en desafiar esta dicotomía de civilización y barbarie que menospreciaba tanto al indígena (“La narrativa indigenista” 71). En su obra *La tradición nacional* publicada en 1887, González recuenta los detalles de su visita “algunos rincones ignorados” del territorio argentino donde él dice, “me he sentido conmovido ante el genio... [y] ante la pasión íntima” de la cultura indígena que observa en sitios donde fortalezas y otras construcciones todavía quedaban. Continúa insistiendo en la importancia de reconocer la herencia histórica del pasado indígena en Argentina porque como cualquier civilización, ofrece una cultura rica para explorar con “sus poemas, sus dioses, sus héroes y sus grandes amores” (18). González llega incluso a sugerir que, si Argentina desconoce las leyendas, los mitos y las creencias tradicionales de estas civilizaciones anteriores, debería "sufrir los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido sus padres" (41). Sin embargo, González todavía limita esta reivindicación de la herencia indígena como elemento del pasado: “las razas extinguidas”, “una raza destruida” (17), y “una sociedad que ha desaparecido” (18). Mientras su apreciación del valor cultural de los indígenas desafía el discurso limitante de civilización y barbarie que simplificó demasiado lo indígena como elemento primitivo contrapuesto a la civilización, González no aborda el hecho de que comunidades indígenas persisten en la Argentina actual. Sin embargo, la obra de González abre la producción de la literatura regionalista argentina en el siglo XX que explora el escenario, la gente, el folklore y la vida diaria en el interior del país durante los cambios sociales que el país experimentó con el

llegado de las olas de inmigrantes europeos. “De este sentido, la literatura nativista surgía como oposición a las nuevas tendencias extranjerizantes” y “pretend[ía] reivindicar el peso de las regiones del interior de la nacionalidad (Alba “La narrativa indigenista” 73).

Los escritos de González abren la corriente del indianismo en la literatura argentina que tiende a representar al indígena con más simpatía, pero siempre con un aura de exotismo que mantiene una distancia entre este personaje y el lector. Las descripciones románticas e idealizadas del indígena como una figura legendaria o mítica de un pasado lejano no proveen un alto grado del realismo y no presentan ninguna indicación de la denuncia social acerca de la situación del indígena en la sociedad actual (Rosemberg 4, Alba "La narrativa indigenista" 41). El estilo de Manuel Florencio Mantilla en su cuento "El tigrero" (1888) provee un buen ejemplo de esta tendencia. El narrador alaba al protagonista indígena, don Manuel, introduciéndolo como uno "de los más famosos [cazadores del tigre] y él que prima en nuestra admiración" (123). Mientras las descripciones de don Manuel son positivas, "el guapo indio", "verdadero héroe de leyenda", y "de una moralidad ejemplar", el grado del realismo está perdido debido al estilo romántico y las descripciones exageradas: "El gladiador romano le habría envidiado su musculatura hercúlea y su agilidad pasmosa" (124). Sigue comparando el talento de don Manuel con los ingleses quienes creen que "es hazaña de Teseo matar *un* tigre con armas de precisión" (130), mientras que nuestro protagonista mata tres con solamente su puñal y lanza. Mantilla representa a este personaje indígena como si fuera un héroe legendario; el énfasis en su fuerza, ingenio y virtud trae a la mente la caracterización de famosas figuras literarias como el Cid. De hecho, el narrador hace una introducción formal, incluyendo un epíteto que eleva su estatus: "titulado *don* por los chiquillos goyanos de su época y apellidado también por los mismos *el tigrero*; total: don Manuel el Tigrero" (123). El narrador menciona brevemente que la caza de tigres, la industria de la que muchos

tigrreros como don Manuel vivieron ha desaparecido debido a los ingleses, "los *tigres bípedos de pelo rojo*, peores que el cuadrúpedo" pero este comentario no constituye una denuncia sobre el trato del indígena en la sociedad sino una crítica nacionalista sobre unos intrusos en el territorio argentino. Sobre todo, la historia de don Miguel el Tigrrero es cerrada, una parte de un tiempo pasado. El narrador hace referencia a la naturaleza de su trabajo, "El *tigrrero* era generalmente de sangre pura americana, y, sin darse cuenta, perpetuaba en su oficio una de las hábitos genuinas de la extinguida raza primitiva" (123) así que el lector entiende que don Manuel fue uno de los últimos de una gente que no constituye una presencia en la Argentina actual.

Se podría decir que la inclusión de la figura indígena en obras como estas rompe sin querer el discurso de invisibilización que dice que "ya no hay indios en la Argentina" pero se nota que cuando aparece, tiene las cualidades negativas atribuidas a lo salvaje, lo primitivo o lo exótico. De hecho, la presencia de personajes indígenas en la literatura argentina no es tan problemática para este discurso porque la mayoría de las representaciones literarias todavía mantienen la dicotomía de la civilización y la barbarie—la figura indígena se destaca como un ser distinto del argentino moderno, un elemento de un pasado lejano o el último de una raza extinguida. La representación del indígena como personaje no educado, perezoso e inconfiable lo diferencia y lo distancia del ciudadano civilizado, blanco y de descendencia europea y mantiene la percepción del "nosotros" y el "otro". Por eso, incluso cuando aparece, se entiende que el indígena no es compatriota y no pertenece a la comunidad imaginada de la nación. Como resultado, es más fácil deshumanizar a este "otro" y justificar la exclusión y el abuso hacia él.

El indigenismo representa una nueva tendencia reivindicatoria en la literatura. Ha habido mucha discusión entre las críticas literarias acerca de cómo calificar el indigenismo para diferenciarlo definitivamente del indianismo. Las dos corrientes caben dentro del regionalismo que

representa la cultura, la gente y la vida diaria en el campo a diferencia de la vida en los centros urbanos (Schmidt-Welle 115). Alba sostiene que, entre las varias descripciones de esta corriente, los tres elementos indispensables para el indigenismo literario son "el grado de realismo, la heterogeneidad propia de la sociedad mestiza latinoamericana y la denuncia social" (42). Las obras indianistas pueden mostrar simpatía hacia el indígena, pero la tendencia de idealizar o de romantizar a esta figura y la falta de una crítica social lo distingue del indigenismo. Bajo la corriente indigenista, la obra revela la desigualdad entre los miembros de la sociedad dominante y los de, o descendientes de, los pueblos originarios con un enfoque en "la denuncia social, la cual debe ocurrir necesariamente en una sociedad enfrentada, con explotadores y explotados" (56).

Según algunas críticas como Juan Franco o Antonio Cornejo Polar, *Aves sin nido* (1889) de la escritora peruana Clorinda Matto de Turner es la primera novela indigenista mientras otras sostienen que solamente es una precursora, debido a que el elemento de la denuncia es muy débil. María del Carmen Nicolás Alba (2015, 2016) sostiene que la escritora argentina Juana Manuela Gorriti merece más distinción por su cuento "Si haces mal no esperes bien" (1861) y por su influencia en la producción literaria de Matto de Turner. Alba sostiene que, al ignorar la contribución argentina al indigenismo, se mantiene otro nivel de invisibilización de los pueblos indígenas en Argentina ("La narrativa indigenista 26). La presencia de obras indigenistas en el contexto argentino lleva otro nivel de importancia en comparación con las de Perú y otros países latinoamericanos; mientras escritores como José Carlos Mariátegui buscaban una "solución" al "problema del indio", Argentina ya había adoptado una imagen colectiva de un país sin indígenas (Quijada 495).

El propósito principal de este proyecto es reunir cuentos de escritores argentinos que abordan el tema indígena, pero ofrecen una perspectiva alternativa a la representación dominante

de la figura indígena en la literatura argentina. Algunos de los cuentos incluidos aquí, "El malón" de Ugarte, "La historia del guerrero y de la cautiva" de Borges y "Una bofetada" de Quiroga se categorizan como indianistas por la representación romántica o exótica del personaje indígena o como regionalistas por la representación de la vida en el campo. Sin embargo, otros como "La sonrisa de Puca-Puca" y "Don Carlos y Chayle" de Burgos y "Allá en el Sur" de Inchauspe que se categorizan como obras regionalistas revelan y denuncian la desigualdad social entre el indígena y el hombre blanco. El cuento más reciente de esta antología "Caramelos para los mocovíes" de Rosemberg representa el olvido nacional hacia la realidad vergonzosa de muchas comunidades indígenas hoy en día. En conjunto estos cuentos representan un testimonio de la existencia continua de los pueblos indígenas y sus descendientes en el territorio nacional y critican las fallas morales en el discurso dominante que perpetua la desigualdad racial.

IV

Siempre hemos vivido aquí: Cuentos analizados

Los últimos capítulos demostraron cómo el choque entre las culturas indígenas y el desarrollo del país representaba una preocupación central durante los años formativos de la nación y cómo ideas racistas seguían reproduciéndose en el discurso dominante. La imagen preferida de la comunidad imaginada se construyó a través de los escritos de varios intelectuales y políticos que especificaron la identidad argentina como siendo basada en la herencia europea e identificaron al indígena como un ser infrahumano, incompatible con el avance de la civilización. Estas ideas culminaron en la Conquista del Desierto y justificaron los métodos violentos y los fines raciales que hoy en día se calificarían como actos genocidas según los valores establecidos por las Naciones Unidas (Delrio 140). El declarado éxito de esta campaña militar sugería la extinción o la expulsión completa de los pueblos indígenas y la producción literaria argentina reflejaba e informaba esa creencia en el imaginario colectivo con representaciones del indígena como parte de un pasado primitivo que amenazaba las fronteras durante los años tempranos de la nación. Excluidos de la narrativa nacional, los reclamos de los movimientos indigenistas en Argentina han sido recibidos con escepticismo acerca de la legitimidad de su identidad étnica con acusaciones de ser "indios trucos" (Gordillo 21).

Este discurso de invisibilización llega incluso hasta la crítica literaria donde la contribución argentina a la literatura indigenista ha sido pasada por alto. Por eso, queda como un espacio para explorar las pocas voces que desafían el discurso dominante que limita al indígena como un ser salvaje o un elemento del pasado en el imaginario colectivo del país. Las técnicas

narrativas de estos autores pueden ser entendidas como un intento de rehumanizar a una gente que se había retratado como figuras infrahumanas por tanto tiempo. Por ejemplo, el primer cuento de esta antología revisita el malón, un tema recurrente en la literatura argentina en que el indígena se recuerda como el agresor salvaje que mata a los habitantes de los pueblos fronterizos y secuestra a niños y mujeres indefensas (Gordillo 5, Hanway 10). Estos ataques contra la civilización son retratados como una manifestación obvia de su naturaleza salvaje. "El malón" de Miguel Ugarte, publicado en su *Cuentos de la pampa* (1903) explora este tema, pero provee una reinterpretación de esta experiencia desde la perspectiva indígena.

Al principio el cuento parece una narrativa típica del malón, detallando la violencia y la destrucción que las tribus indígenas traen durante los ataques contra los centros civilizados: "Eran hecatombes espantosas que hacían pasar un estremecimiento de horror sobre el país. La racha dejaba tras sí arroyos de sangre, montones de cadáveres, ruinas, miseria y aldeas en llamas" (81). Estas escenas culminan en el secuestro de una muchacha, René. Hasta este punto, el cuento utiliza los elementos más comunes del malón: la violencia y la destrucción infligidas contra las comunidades fronterizas por las tribus salvajes y el secuestro de una inocente e indefensa mujer. Sin embargo, Ugarte usa esta historia de rapto para crear un espacio para la comprensión entre las dos culturas. Durante unos días en la cautividad, la víctima conversa con su captor: "¿Qué mal te habíamos hecho nosotros—le dijo—para que te lanzaras sobre la población y la devastaras toda?" Ugarte crea una interpretación de la perspectiva indígena a través de la respuesta la voz de Sitlán su captor: "Entre tu raza y la mía—dijo el hijo del cacique, como si hablara más que para René, para su propia consciencia—hay grandes rencores acumulados. Ellos nos persiguen y nos expulsan de nuestro territorio; nosotros desbaratamos sus ciudades en formación..." (95). A través de esta conversación entre la víctima y su captor, el cuento explora otro lado del malón que no

suele aparecer en la narrativa más común. Vemos el avance de la civilización moderna como el invasor que mata para robar tierra. La conversación entre la muchacha argentina y el hijo del cacique también reestablece el elemento humano del conflicto; no sólo explora los motivos de sus ataques sino también indica la tristeza y el arrepentimiento por parte del indígena: “En la manera como el indio dejó caer estas palabras, René vio más resignación que odio. Parecía que aquel hombre soportaba una ley que se sentía incapaz de sacudir...” (95). Estas observaciones íntimas rompen la imagen del indígena como el agresor cruel y sugieren que, al contrario de las representaciones del malón como una guerra unilateral, el conflicto es parte de un ciclo trágico de venganza sin fin y aun indica al indígena como el primero en ser victimizado. El propósito de presentar esta perspectiva no es perdonar los ataques indígenas sino demostrar que la narrativa más común del malón sobrepasa el papel argentino en la violencia entre los dos lados. Esta implicación está hecha cuando el hijo del cacique concluye, "No somos ni más ni menos injustos, ni más ni menos sanguinarios" (95)

Este cuento representa un intento de un escritor argentino de presentar el conflicto entre la sociedad moderna y las tribus indígenas desde la perspectiva del "otro" y en el proceso lo rehumaniza. El cuento se lee como una obra de ficción histórica, creando un encuentro ficticio en medio de un ambiente histórico para explorar la dinámica en los dos lados. La conversación entre la muchacha y el indígena representa un momento de posible entendimiento entre las dos culturas y un breve reconocimiento de la responsabilidad compartida entre ambos lados. Sin embargo, esto no es suficiente para resolver el conflicto; el indígena permite que René regrese a su pueblo sólo para encontrar que sus padres ya se habían muerto durante el malón. La posibilidad de reconciliación entre los dos lados ya se ha pasado; el cuento termina con el grito de René "que

hizo temblar a las estrellas" (102) ante los cadáveres de sus padres. El final es aún más trágico porque el cuento nos deja con la impresión de que todo este sufrimiento y muerte fue innecesaria.

Jorge Luis Borges, gran innovador en la literatura argentina, también explora los límites del discurso dominante sobre el indígena en su cuento "Historia del guerrero y la cautiva" (1949). Este cuento está compuesto por unas reflexiones del narrador sobre dos historias paralelas e inversas. El narrador descubre la primera en el libro *La poesía* de Croce, que hace referencia a un texto del historiador Pablo el Diácono del siglo VIII que cita el epitafio de Droctulft, un guerrero lombardo del siglo VI. Al emplear múltiples niveles de intertextualidad para explicar los orígenes de esta historia, se establece que nuestro narrador no es el primero en estar fascinado por la figura de Droctulft, cuya decisión de abandonar su vida como bárbaro para defender la ciudad de Revena contra su propia tribu le ha llevado a un nivel casi legendario y ha provocado preguntas acerca de la naturaleza humana. Esta historia provoca la recuperación del recuerdo de un relato contado por su abuela sobre una experiencia suya como una inmigrante recién llegada a Argentina: "alguna vez, entre maravillada y burlona, [ella] comentó su destino de inglesa desterrada a ese fin del mundo" (558), en las fronteras del campo argentino. Se sorprende al descubrir que había otra inglesa, pero que ella ahora vivía con los indios, pues había perdido a sus padres en un malón cuando era niña. Vestida y pintada como india y apenas capaz de expresarse en su idioma natal, "[a] esa barbarie se había rebajado una inglesa" (559)—ahora la esposa de un capitanejo indio, con dos hijos.

Al principio este cuento aparece reproducir algunas ideas y ansiedades semejantes a las expresados en *Facundo*. Por ejemplo, el narrador imagina la experiencia del bárbaro Droctulft al conocer la civilización por la primera vez: "Bruscamente lo ciega y lo renueva esa revelación, la Ciudad. Sabe que en ella será un perro, o un niño, y que no empezará siquiera a entenderla" (558).

En un tono paternalista el narrador limita la capacidad del guerrero de comprender la civilización. También en la segunda historia hay ecos de la preocupación sarmientina sobre el efecto de paisaje salvaje sobre el carácter de la gente: "quizá mi abuela, entonces, pudo percibir en la otra mujer, también arrebatada y transformada por este continente implacable, un espejo monstruoso de su destino..."(558). Sin embargo, nuestro narrador vuelve a reflexionar sobre las dos historias y concluye: "a los dos los arrebató un ímpetu secreto, un ímpetu más hondo que la razón, y los dos acataron ese ímpetu que no hubieran sabido justificar. Acaso las historias que he referido son una sola historia. El anverso y el reverso de esta moneda son, para Dios, iguales" (560).

La intención de Borges de yuxtaponer estas historias paralelas e inversas se destaca por el hecho de que después de reflexionar en la historia de Droctulft, el narrador vacila para encontrar una historia adecuada para una comparación: "Fugazmente pensé en los jinetes mongoles que querían hacer de la China un infinito campo de pastoreo y luego envejecieron en las ciudades que habían anhelado destruir; no era ésta la memoria que yo buscaba." Este ejemplo histórico no satisface la idea que Borges quiere defender. Droctulft representa la ascensión del bárbaro a la civilización así que el cuento que busca es el inverso, el descenso de una mujer civilizada a la barbarie. Al yuxtaponer dos cuentos exactamente paralelos pero inversos y luego concluir que "son una sola historia", Borges propone que no hay una jerarquía innata entre la historia del hombre "bárbaro" que adopta la ciudad y la historia de la mujer "civilizada" que elige quedarse con los indígenas. No hay un ascenso a la vida de la civilización ni un descenso a la vida del indígena, sino una transferencia entre culturas diferentes. La jerarquía tradicional entre los dos extremos está rota y los dos se encuentran en el mismo plano como diferentes partes de la experiencia humana, superando la dicotomía sarmientino tan limitante sobre la naturaleza humana.

"El malón" y "La historia del guerrero y de la cautiva" intentan revisitar el malón, un tema que ejemplifica la barbarie del indígena en el imaginario argentino, pero tratan de revisitarlo desde otra perspectiva. Ugarte cuestiona la narrativa más común del malón que echa toda la culpa por la violencia y la destrucción al carácter salvaje de los indígenas e ignora por completo los actos violentos cometidos contra ellos que en realidad provocaron los ataques. Por otro lado, Borges refiere a algo "más hondo que la razón" que caracteriza la naturaleza humana y rompe la jerarquía definitiva propuesta por Sarmiento. Sin embargo, ambos cuentos presentan una representación indianista de la figura indígena, que aparece como un elemento de un pasado romántico. En el caso de Ugarte, el último gran malón sucedió en 1918, así que su cuento se narra retrospectivamente sobre los conflictos repetitivos entre las ciudades fronterizas y las tribus indígenas "antes de que el ejército regular consiguiese imponer a los indios el acatamiento a las leyes de la república" (81) e indica a las tribus indígenas en el pasado como "la raza en derrota" (83) o "los antiguos reyes de la región" (82). Borges también reflexiona sobre un tiempo pasado, la experiencia de una inmigrante recién llegada durante la segunda mitad del siglo XIX, antes de la Conquista del Desierto. Ninguno de los dos aborda el asunto del indígena en el tiempo en el que escriben; revisitan un tema recurrente en la literatura, pero no indican que el discurso dominante ha resultado en un problema social en la sociedad actual. De aún más importancia dentro de un marco de denuncia social de la literatura son los cuentos que siguen en esta antología porque revelan la desigualdad social e injusticia racial que se manifiestan en la época en que se escriben y llevan aún más relevancia hoy en día en medio de los movimientos sociales indígenas que piden sus derechos.

El capítulo anterior incorpora los estudios de María del Carmen Nicolás Alba (2015, 2016) que sostienen que la contribución argentina a la literatura indigenista ha sido pasada por alto,

creando otro nivel de silencio y olvido hacia la población indígena de Argentina. Según parte de la crítica literaria, *Aves sin nido* (1889) de la escritora peruana Clorinda Matto de Turner es la primera novela indigenista mientras otras sostienen que solamente es una precursora, debido a que el elemento de la denuncia social es muy ambiguo. Alba sostiene que la escritora argentina Juana Manuela Gorriti merece el reconocimiento por su contribución a la corriente por su cuento "Si haces mal no esperes bien", publicado por la primera vez en *La Revista de Lima* en 1861 y luego incluido en una colección de sus obras titulada *Sueños y realidades*, publicado en Buenos Aires en 1865. Este cuento precede la obra de Matto de Turner por casi tres décadas y el elemento de la denuncia social es muy directo, desde el título hasta el testimonio del personaje indígena y la muerte dramática del hombre blanco responsable por los crímenes.

En este cuento un oficial militar viola a una indígena y seis años después secuestra a una niña indígena sin saber que es su propia hija. La niña es rescatada por un viajero francés que la lleva consigo a su país. La joven crece en Francia sin recuerdo de su pasado. Doce años después se casa con el hijo de un coronel peruano. Al regresar a Perú para visitar a su nueva familia, la joven descubre su pasado olvidado cuando una mujer indígena acusa a su suegro de haber secuestrado a su hija años antes. Las dos mujeres se reconocen y al darse cuenta de que su hijo se ha casado con su media hermana, el coronel huye en desesperación y muere en el campo peruano.

Las semejanzas entre los argumentos del cuento de Gorriti y de la novela de Matto de Turner indican la influencia de la escritora argentina. Al final de las dos obras, los hombres blancos abusadores sufren las consecuencias de sus acciones cuando se dan cuenta de que sus hijos se han casado con sus medias hermanas, nacidos de las mujeres indígenas que violaron. Ambas autoras utilizan este elemento del incesto para reflejar la falta de moralidad en el trato del indígena y para sugerir las consecuencias negativas inevitables que afligirán la sociedad si no se aborda la injusticia

cometida contra los habitantes más vulnerables del país. Aunque Gorriti patrocinó a Matto de Turner y las dos escritoras se reunían en su salón literario en Lima, su papel en el desarrollo de la carrera literaria de la escritora peruana no suele recibir más que una breve mención (Alba, "La narrativa indigenista" 57).

El interés de Gorriti en el tema indígena fue fomentado durante su niñez en Salta donde escuchaba las leyendas de los sirvientes indígenas de la casa de su familia. Como escritora ella fue consciente de los problemas que enfrentaron los indígenas como resultado de la modernización. El tema indígena siguió siendo un tema recurrente en las publicaciones de Gorriti en sus revistas literarias y su salón literario en Lima (Masiello xxvi,). La escritora pasó largos periodos de su vida entre Argentina, Bolivia y Perú y como Alba señala en su disertación doctoral, "El Noroeste de Argentina, que comprende las provincias de Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca y La Rioja, comparte con sus vecinos países andinos topografía, geografía, historia y antropología, y aunque el porcentaje de población indígena en esta región es notablemente inferior a la de los otros países, les unen rasgos sociales ineludibles para cualquier escritor autóctono" (20). Por esta razón, aunque el cuento "Si haces mal no esperes bien" tiene lugar en Perú, su inclusión es necesaria aquí debido a que, como escritora argentina, Gorriti representa un puente literario entre su país natal, Bolivia y Perú y su obra merece reconocimiento por su contribución al desarrollo de la corriente indigenista.

En este cuento Gorriti fomenta compasión hacia los personajes indígenas con un narrador inclinado hacia su perspectiva. Describe a la madre indígena y a su hija de cinco años Cecilia en un tono empático que contrasta con la actitud de desprecio de los personajes blancos. Por ejemplo, el oficial arroja violentamente a la mujer indígena cuando viene en defensa de su hija e ignora su "jemido desgarrador" mientras bromea con uno de los soldados, ¡Vaya un maricón! ¡Dejarse

acogotar por una mujer!" Aprendemos más sobre su actitud hacia Cecilia cuando le describe como "Un lindo obsequio para mi hermosa [hija], esa malvada que se divierte en dar tortura a las almas... Tendrás confites, biscochos, y bofetones a discreción de manos de aquella maldita" (225). La niña indígena es nada más que un tipo de mascota que crecerá siendo una sirvienta en la casa del oficial. Luego, el narrador también se inclina hacia la experiencia interna de Amelia (el nombre dado a Cecilia por su padre adoptivo) quien habiendo crecido en Francia está abrumada por las memorias reprimidas que el paisaje peruano evoca: "De repente, pálida y temblorosa, se dijo—He allí la planta de doradas flores. Una niña las cogía y después lloraba, debatiéndose contra... ¿contra qué? ...Dios mío! ¡Hazme acordar de lo que era ese algo que causaba el llanto de la niña!" (231). Luego, cuando por fin la mujer indígena encuentra al coronel doce años después del secuestro, el narrador describe cómo la trama de ese día la ha cambiado: "joven aún, pero horriblemente aniquilada. Hondas arrugas surcaban su rostro marchito, y sus ojos tenían esa mirada fija, y por decirlo así, aérea de los cadáveres" (232).

El aspecto más importante para calificar a este cuento como una obra indigenista es el empleo de la voz de la víctima para contar el abuso que ha sufrido y el elemento reivindicativo que sigue este testimonio. En un monólogo cargado de emotividad, la mujer indígena revela los años de sufrimiento y miedo que precedieron a la escena del secuestro al principio del cuento. Aprendemos que su hija fue el producto de una violación cometida por un oficial militar y que después, deshonrada y echada de la casa de su padre, la joven madre pasaba los años con su hija, "ocultándola de todos, del sub-prefecto, del hacendado, del cura" (234). En esta breve mención de varias figuras de autoridad Gorriti llama la atención sobre la corrupción moral que permea la sociedad y la injusticia social que enfrenta el indígena. Con esto en mente, el coronel, quien nunca es nombrado en el cuento, sirve para representar otra institución de autoridad, el ejército. De

manera semejante, la madre indígena no es nombrada tampoco. Como víctima anónima, su sufrimiento representa el de su gente. Su testimonio personal se vuelve más general y ella habla como parte de un "nosotros", los pueblos originarios: "Las pobres indias nada pueden poseer en paz, ni aun a sus hijos. Dicen que nuestros padres, poderosos en otro tiempo, reinaron en este suelo que nosotros pagamos tan caro; y que los blancos viniendo de una tierra lejana, les robaron su oro y su poder. No sé si es eso cierto, pero ahora que somos pobres, ahora que nada ya quitarnos, nos roban nuestros hijos para hacerlos esclavos en sus ciudades" (233). Solamente después de este testimonio, Cecilia responde a su nombre de nacimiento y la madre y su hija se reconocen. Al darse cuenta de que la mujer indígena es quien violó y que su hijo se ha casado con su media hermana, el coronel huye desesperadamente y, en estilo romántico, sufre un fin dramático; al día siguiente se encuentra su cadáver devorado por buitres. Este final sugiere un tipo de reivindicación para la víctima, pero en una última escena se revela que Cecilia también ha sufrido una muerte trágica debido a la sorpresa y la vergüenza de su matrimonio incestuoso con su hermanastro. Las muertes del coronel y de la joven indígena sugieren que ambos lados de la sociedad, la parte blanca y la parte indígena, sufren y que la nueva generación, y por extensión el país en conjunto, no puede progresar.

Los cuentos que siguen, "La sonrisa de Puca-Puca" (1926) y "Don Carlos y Chayle" (1934) de Fausto Burgos y "Allá en el Sur" (1939) de Pedro Inchauspe son ejemplos de obras regionalistas que exploran aspectos de la vida diaria en el campo con un enfoque en las desigualdades sociales y económicas entre el hombre blanco y el indígena. Estos tres cuentos siguen un patrón semejante: el conflicto surge cuando el personaje blanco llega a la residencia del personaje indígena sin previo aviso y toma lo que quiere. Vemos, por ejemplo, en "La sonrisa de Puca-Puca" cuando José María, el hijo del amo de la estancia, visita la choza de uno de los peones, el humilde pastor indígena Puca-

Puca y anuncia que se va a llevar a su hija Efigenia para casarse con ella. No pide el permiso de ninguno de los dos; la autoridad y el poder que su familia terrateniente tiene sobre los peones indígenas le permite hacer lo que quiere. Puca-Puca y su hija, tan humildes y vulnerables ante el hijo del amo, no se atreven a rechazarlo, sino que preguntan repetidamente, "Y pa qué, pú.... señor?...". El carácter arrogante de José María se evidencia a través de sus respuestas desdeñosas: "Mejor hablarle a una piedra," (9) y luego, "Si yo quiero, me casaré con tu hija... Dale gracias al diablo por lo que no te la llevo... ¿Qué más querís vos?" (14). También ejerce su poder sobre Efigenia, demandando su obediencia e indicando que la decisión ya está hecha:

--No me digáis señor; José María, a secas...

--Si, niño José María.

--Quítale el niño. Soy hombre. A ver: conteste como debe contestarme y míreme a la cara..." (13-14).

El segundo cuento de Burgos, "Don Carlos y Chayle", introduce una situación semejante: Don Carlos un hombre adinerado llega a un pueblo humilde ocupado por campesinos indígenas con planes de reemplazar a "los indios descalzos" con "hombres de acción, hombres sanos e inteligentes" (14) y establecer una aldea veraniega como un lugar de vacaciones para la gente de la ciudad. Un hombre en particular, Chayle, rehúsa abandonar su hogar. Desde la perspectiva de Don Carlos, la residencia humilde del indígena es mejor dicho "una cueva... porque eso no puede llamarse casa" (25) y su habitante Chayle es incivilizado y un impedimento al progreso. Don Carlos sigue con su plan, seguro de que eventualmente Chayle se irá como los otros.

"Allá en el Sur" de Inchauspe también introduce al personaje blanco como un intruso que abusa el poder innecesariamente. En este caso el visitante inesperado es Don Guillermo, el gerente de la casa de negocio quien un año antes había ayudado al pobre pastor indígena, Miguel Cayulef,

finalizar un trato para alquilar una casa con un lote de media legua para cuidar sus ovejas. Sin embargo, cuando el gerente llega a la casa de Miguel para recaudar el pago, demanda la entrega de doscientas cincuenta ovejas, el doble de lo acordado en el trato que firmaron un año antes. "¿Sabía don Guillermo lo que le pedía? ¡Era arruinarlo, eso, arruinarlo, porque todas sus ovejas estaban con cría y lana adelantada, prometiendo un bien rinde para le esquila!" (16). Sin embargo, ante la amenaza de llamar la policía, Miguel está a merced del gerente: "lo lamento, pero tendré que darle intervención al juez..." (18).

Los tres cuentos presentan estos conflictos con narradores inclinados hacia la perspectiva del personaje indígena. Por ejemplo, en "La sonrisa", Burgos emplea un narrador omnisciente parcial que se enfoca en la experiencia de Puca-Puca: "Dos lágrimas ardientes corren por las mejillas de Puca-Puca. Los mozos no vieron esas lágrimas" (14). Desde esta perspectiva, el narrador nos da una mirada íntima de la angustia del padre que teme por la seguridad de su hija, pero es incapaz de defenderla. Esta posición del narrador también permite acceso a sus pensamientos interiores: "Puca-Puca está callado; pero ideas de luto y espanto la bullen en el magín. Piensa que ha bajado el cóndor enemigo de las llamas; el cóndor que les arranca los ojos y la lengua antes de matarlas..." (13). Con esta descripción Burgos demuestra su conocimiento íntimo de la gente que él representa en sus escritos. Emplea elementos de la cosmovisión indígena en su creación de los pensamientos de Puca-Puca, haciendo al personaje más verosímil. Además, con esta comparación Burgos invierte la dicotomía de la civilización y la barbarie. Desde esta perspectiva el hombre blanco es el salvaje que inflige el sufrimiento innecesario al indígena.

Inchauspe también emplea un narrador omnisciente parcial cuyo acceso a los pensamientos y recuerdos de Miguel Cayulef revelan detalles sobre el día en que finalizaron el trato el año anterior: "Y qué atento era el hombre! Don Miguel aquí... don Miquel allá... ¿no querría probar

un vinito recién recibido de San Antonio? [...] ¿Y una cañita de La Habana? ¡Caña legítima, no como esa que acostumbran a fabricar en los 'boliches' a base de extractos y a la que se le agrega pimienta y otros excitantes para hacerla más fuerte?" Miguel refleja en este encuentro contentamente pero el narrador nos indica que en realidad don Guillermo no extendió estos gestos generosos como muestra de respeto hacia su nuevo cliente sino para emborrachar a Miguel con el propósito de aprovecharse de él: "Ha bastado una firma... bueno, él no sabe firmar, pero las cosas se arreglaron ante el juez de paz, con dos testigos que fueron los mismos dependientes de la casa" (14). Después de esto, Miguel "no se acuerda bien porque la caña y el vino ya lo tenían medio mareado" (14). Es lógico para el lector entonces cuando don Guillermo llega a la residencia de Miguel sin previo aviso, demandando las doscientas cincuenta ovejas "de que hemos conversado" (16).

Burgos emplea un diferente estilo de narrador en "Don Carlos y Chayle" para lograr el mismo propósito. Un narrador homodiegético, un lugareño anónimo, es el que observa la llegada de Don Carlos y los cambios que él hace en el pueblo. La voz de este narrador que se encuentra inmerso en la disputa entre Don Carlos y Chayle y nos da otra perspectiva que rehumaniza al indígena: "Era el hombre humilde defendiendo su casa, su casa de paja y terrón, en cuyo patio crecían un sauce y una queñua; era el padre defendiendo la casa en que habían nacido los hijos; era el tejedor defendiendo la casa en que tenía armado su telar de palos de cardón." (26). Estas observaciones contrastan fuertemente con las descripciones de la riqueza excesiva de Don Carlos. La humilde residencia de Chayle es la única posesión que tiene y constituye su sustento entero. Como Gorriti, Burgos hace su crítica a través de la voz del personaje indígena que se defiende a sí mismo y habla como parte de un "nosotros": "Lo que debe hacer es mandarse a ir pa' su tierra. Ya espantó a los burros, a las llamas y acobardó a los arrieros. ¡Ahora nos quiere quitar hasta la casa

que hemos hecho con las manos! ¿En dónde nos tendremos que refugiar, señor? ..." (27). El cuento termina aquí—el narrador no ofrece más comentario y no hay resolución porque la pregunta de Chayle es la pregunta colectiva de los indígenas expulsados de su tierra.

Mientras "La sonrisa de Puca-Puca" y "Don Carlos y Chayle" son solamente dos relatos de la amplia colección que produjo Burgos, estos cuentos demuestran la preocupación del autor por la situación social y económica del indígena en Argentina además de un cuestionamiento del discurso que justifica su subyugación. El valor de sus textos también se mide por la variedad en las representaciones del indígena; Puca-Puca es muy tímido y sumiso y su resistencia se ve en sus pensamientos, pero no se atreve a decirlo en voz alta, mientras que Chayle es mucho más franco y habla en defensa de sí mismo. Los personajes indígenas de Burgos no son figuras planas sino individuos complejos y más representativos de la realidad. Por ejemplo, siempre presta mucha atención a los atributos de los personajes: la apariencia de José María, con su "bota alta y charolada, pañuelo de seda anudada al cuello, fino poncho de vicuña y sombrero de amplias alas" (9-11) contrasta con la humilde ropa de Efigenia quien "calza ojotas montesas, lleva una falda amplia, corta, tangleada, manta de vicuña y sobrerito ovejuno" (11). El detalle llega incluso hasta los "dientes, albos, fuertes" (14) de José María y los de Puca-Puca, "desgastados y verdosos" (13) de la coca que mastica. Estas descripciones llaman la atención del lector sobre la gran disparidad económica entre el hombre blanco y los indígenas. En un estilo muy semejante, Inchauspe también subraya en la pobreza extrema del protagonista indígena: "Durante varios años se lo ha pasado como un animal salvaje, perdido en los valles cordilleranos con su majadita, sin crédito, sin una cebadura 'e yerba' muchas veces, sin tabaco, vendiendo algún cordero cuando la necesidad apretaba demasiado". Pasa la vida vagabundeando entre las tierras de "los poseedores de campo, que no admiten a un pobre en sus concesiones de leguas, y obligado a desprenderse de algunos

animales cada vez que lo denunciaban a la policía" (12). Inchauspe llama la atención a la gran ironía del hombre indígena en su propia tierra, pero sin tierra propia.

En conjunto, estos tres cuentos representan una denuncia de la injusticia social y económica que el indígena enfrenta. "La sonrisa de Puca-Puca" y "Allá en el Sur" se narran en el presente, un aspecto importante para la visibilización del indígena en la sociedad argentina. Este uso de tiempo verbal indica el sufrimiento actual de las víctimas; Puca-Puca y Miguel Cayulef experimenta la injusticia a manos del hombre blanco en el momento en que el lector lo lee. Por lo tanto, estos cuentos son un reflejo de la realidad presente en Argentina, no una representación de un pasado distante. De manera semejante, aunque "Don Carlos y Chayle" está escrito en el pasado, Burgos llama la atención al problema social en el tiempo en el que escribe con la pregunta final de Chayle: "¿En dónde nos tendremos que refugiar, señor? ..." Esta pregunta mantiene una relevancia inquietante tanto antes como hoy.

El tema del indígena también se encuentra en la obra de Horacio Quiroga, mejor conocido por su maestría del suspenso y del horror. Muchos de sus cuentos emplean fuertes detalles regionalistas, producto de su larga residencia en Misiones, Argentina. Se ve en su obra un interés por los estados mentales del individuo ante situaciones extremas y el conflicto entre el ser humano y la naturaleza. En su amplia producción de cuentos, algunos se enfocan específicamente en la experiencia de los obreros rurales que trabajaban bajo un sistema duro y explotador: "Los mensú", de *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1918), "Un peón", de *El desierto y otros cuentos* (1924) y "Los destiladores de naranjas", de *Los desterrados* (1926). En estos escenarios, los obreros rurales trabajan casi como esclavos bajo la orden de un dueño cruel. Mientras se sabe que entre muchos de estos obreros rurales había indígenas, el cuento escogido

para esta antología, “Una bofetada” (1920), incluye suficientes detalles para destacar la identidad indígena del protagonista.

Vale notar que en este cuento el personaje indígena no tiene nombre—el narrador se refiere como "el mensú," y "el indiecito," (45) enfatizando su poca importancia entre los cientos de otros obreros indígenas. El protagonista está marcado cuando Korner, el dueño del obraje, hace un ejemplo de él frente de todos los obreros. Lo ata contra el palo mayor del barco y "ciego de ira, lo abofeteó de derecha y revés", diciendo: "¡Toma!... ¡compadrito! ¡Así hay que tratar a los compadres como vos! (45)" Quiroga sugiere un final inevitable de venganza cuando el mensú, incapaz de defenderse, solo murmura, "Algún día...". Después de esta confrontación con Korner, el narrador se refiere a él como "el mensú abofeteado" (45) y "nuestro mensú", (46) así que el lector se compadece más de él.

El personaje indígena en este cuento se venga de su abusador. Dos años después de la confrontación inicial, los dos se encuentran otra vez. Korner, al reconocer al mensú, se enfurece y sin ser provocado, trata de dispararle, pero el mensú lo domina y le tira al piso. En este momento el balance del poder está invertido; el mensú toma la escopeta y el rebenque de Korner y lo fuerza a caminar. Aquí, el suspenso empieza a aumentar. Entre cada párrafo, cuando Korner resiste o trata de descansar, el mensú le azota y grita "Caminá" y la marcha continúa. El formato estructural de estos párrafos refleja la larga calle hacia el río donde el mensú mata a su abusador. Se pueden interpretar las acciones del mensú como bárbaras, satisfaciendo un estereotipo del indígena como salvaje, pero Korner, el personaje blanco, aparece temprano en el cuento como una presencia violenta y abusiva. El lector entiende que antes del castigo del mensú, Korner ya había hecho lo mismo a otros trabajadores indígenas para demostrar su poder. Sin importar si las acciones del mensú son verdaderamente justificadas, Quiroga le da la última palabra: "¡Pero ese no va a

sopapear más a nadie, gringo de una añá membuí!" (50). El uso del lenguaje guaraní enfatiza la victoria del personaje indígena sobre su abusador y reafirma la persistencia de la cultura indígena, aunque sea oprimida.

El juego de suspenso al final es típico de la obra de Quiroga así que se supone que el enfoque principal del cuento no es necesariamente la denuncia social. Quiroga juega con el miedo racial de que eventualmente los obreros abusados se levantarán contra el sistema injusto. Sin embargo, las observaciones del escritor uruguayo durante su tiempo en Misiones, Argentina inspiran el escenario y el argumento de "Una bofetada" por lo cual este cuento ofrece una representación literaria del sistema explotador bajo el cual muchos indígenas trabajaron como obreros mensuales. Por eso, este cuento todavía sirve para examinar el tema de la desigualdad social y de los derechos que fueron históricamente negados a los indígenas.

El último y más reciente cuento en esta antología, "Caramelos para los mocovíes" (2007) de Fernando Rosemberg aborda el asunto de la invisibilidad de los pueblos originarios y la resultante desigualdad social y económica en la Argentina de hoy. Este cuento escrito en la forma de un testimonio permite un tono íntimo en el que un narrador homodiegético se introduce en el presente y establece su identidad argentina, "Soy chaqueño. Nací en Charata y me crié en Villa Ángela" y comparte una experiencia de su juventud con el lector. Reflexiona sobre la incredulidad que había experimentado al descubrir la existencia de pueblos indígenas en la Argentina: "Había en nuestro país alrededor de ciento cincuenta mil indígenas; de ellos, entre quince y veinte mil en el Chaco. ¡Entre quince y veinte mil! ¿Sería posible? ¿Dónde estaban? ¿Por qué no había visto nunca ni un solo?" Este primer descubrimiento es representativo del alcance del discurso de invisibilidad—a pesar de haber vivido en el Chaco y haber conocido "muchas regiones de la provincia, incluso zonas casi deshabitadas, en pleno campo o monte", el narrador nunca había visto

ni siquiera había escuchado sobre indígenas en su país. La curiosidad le incita a buscar más información sobre estas "cosas que no me habían enseñado en la escuela primaria ni en el colegio nacional". Hasta este punto se supone que la experiencia del narrador será la experiencia de muchos, cuyas concepciones de la Argentina no incluyen un buen conocimiento del componente indígena. Su curiosidad le incita a buscar una manera de ver un pueblo indígena pero su visita a la comunidad mocoví le revela una realidad incómoda.

El viaje de nuestro narrador desde su ciudad natal hacia la población mocoví está marcado por la falta de caminos pavimentados. La aislación de esta comunidad se destaca por la calle de tierra que "se iba desvaneciendo hasta quedar convertido en dos huellas paralelas apenas visible entre los yuyos", indicando el fin del alcance de la "civilización" argentina. Desde su perspectiva ingenua, el entonces joven narrador percibe varias discrepancias entre la realidad y unas suposiciones equivocadas sobre las comunidades indígenas que se perpetúan en la sociedad argentina. Por ejemplo, su guía le dice: "Muchos creen que los indios son borrachos y holgazanes", pero nuestro narrador observa, "Encontraríamos muy pocos hombres en los ranchos. Todos estaban trabajando en la cosecha, en las chacras vecinas. Trabajar en la cosecha con un calor de cuarenta grados, en pleno verano chaqueño, no es tarea de holgazanes". Luego, al pasar la escuela, su guía le explica, "Los chicos que saben leer y escribir están muy orgullosos... Y también lo están sus padres, que son todos analfabetos. Otro motivo de orgullo para ellos es ser argentinos". El entusiasmo para aprender el español y ser argentino contrasta fuertemente con el olvido del Estado hacia la comunidad, representado por la descripción de una "bandera desteñida [que] colgaba de un palo, (...) como un trapo" sobre el patio de la escuela. La bandera afirma la prioridad del Estado de establecer el predominio de la identidad y los valores argentinos, pero su presencia termina aquí porque el resto del pequeño pueblo se describe por las condiciones de pobreza extrema; la

típica vivienda constituye "un rancho de barro, con techo de paja", sin puerta ni ventana, revelando sus interiores oscuros y vacíos donde viven "mujeres descalzas y niños desnudos". Nuestro narrador también se confunde cuando, en medio de este ambiente, ni si guía el pastor ni el ayudante quien "abandonó el trabajo con que mantenía a su familia para (...) secundarlo en la tarea misionera y filantrópica" demuestran ninguna muestra de preocupación o simpatía durante la visita al pueblo mocoví. Cuando el narrador se alarma por el estado alarmante de una anciana ciega y enferma sentada sola en el suelo, ninguno de los dos baja del sulky para averiguar si ella está bien. El narrador concluye que "debían estar acostumbrados a espectáculos como ese." Mientras no está claro si el pastor y su ayudante son parte del problema, si está obvio que la comunidad no recibe asistencia suficiente.

Desde el principio del viaje las buenas intenciones del narrador están representadas por los caramelos que él trae para regalar a los mocovíes. Sin embargo, el gesto es un fracaso. Su primer intento es malentendido; la mujer mocoví los rechaza porque piensa que él quiere vendérselos y no tiene plata. El segundo intento también fracasa; los niños se asustan cuando trata de incitarlos a correr para agarrar las dulces. Su entusiasmo y optimismo iniciales terminan en vergüenza:

"¿Cómo corregir mi torpeza? Vacilé unos instantes. Sí; yo debía sonreír con dulzura, ponerme en el rostro mi mejor expresión de hombre bueno, acercarme con lentitud, con suavidad, y depositar los caramelos en las manos de esas criaturas aterradas, tiesas, desnudas. Pero no lo hice. No pudo hacerlo. Me lo impidió un sentimiento, o un pensamiento, confuso pero intenso, filoso.

—Volvamos—le dije al pastor" (136).

Habiendo fallecido unos años después de publicar "Caramelos", el cuento parece ser un testimonio personal, una reflexión arrepentida de Rosemberg. El entonces joven narrador no

sabía qué esperar durante su visita, pero no estaba preparado para la realidad dura que descubre. y abandona el viaje. El final abrupto y anticlimático indica la falta de una resolución para este problema social. Rosemberg demuestra que los dos mundos, el del argentino blanco y el del indígena, todavía quedan tan divididos que uno no entiende al otro a pesar de compartir la misma patria. Sin embargo, el acto de testimoniar sobre esta experiencia rompe el silencio sobre este asunto. De la misma manera en que el descubrimiento inicial del narrador sobre la existencia de indígenas en su país le incita a buscar más información, el narrador deja un testimonio que podría ser el ímpetu para el lector a investigar más sobre el estado actual de los pueblos originarios en Argentina. La solución empieza con el desmontaje del discurso de invisibilización que esconde la realidad injusta de los pueblos indígenas.

Conclusiones

La relevancia de los cuentos reunidos en esta antología se hace más evidente en medio de los casos de violencia abierta contra las protestas indígenas. Aunque las demandas de estos grupos pueden parecer repentinos en un país que sólo reconoció la presencia indígena hace veinte años, estos cuentos demuestran que la lucha actual es parte de una larga historia de exclusión y de explotación. Esta colección de voces argentinas desde el final del siglo XIX hasta el presente desafía el discurso que problematizó y luego invisibilizó la presencia indígena y sirve como un testimonio de la persistencia de estas comunidades indígenas en la sociedad argentina.

En primer lugar, estos cuentos demuestran que la representación más común del indígena como el agresor salvaje que desapareció con la llegada de la civilización moderna sólo reproduce una narrativa demasiado simplificada de una historia más compleja. Los cuentos "El malón" de Ugarte y "Historia del guerrero y de la cautiva" de Borges se desvían de esta tendencia e introducen a personajes indígenas que no caben dentro de esta representación tradicional. La voz arrepentida del guerrero Sitlán en "El malón" y la inversión de la jerarquía tradicional entre la civilización y la barbarie en "Historia" sugiere la posibilidad de revisar la narrativa histórica que tiende a dehumanizar por completo al indígena. Sin embargo, estos cuentos no abordan el tema indígena como un asunto social sino como una figura romantizada de un pasado cerrado. Para abordar la injusticia sufrida por las comunidades indígenas y por los individuos de ascendencia indígena, primero hay que hacer visible a estas víctimas. La literatura provee un espacio para la crítica social, pero como Alba señala, la corriente indigenista no recibe mucha atención en la academia argentina y, en general, la crítica literaria solamente enfoca en la producción literaria de países de mayor

porcentaje de población indígena y no hace mención de la participación de escritores argentinos en esta corriente (“La narrativa indigenista 57). Por eso, esta antología incluye “Si haces mal no esperes bien” de Juana Manuela Gorriti para subrayar la importancia de reconocer la contribución de esta escritora argentina al desarrollo de la corriente literaria indigenista. Otras voces argentinas como Fausto Burgos y Pedro Inchauspe participaron en la denuncia de las normas sociales que perpetúan la desigualdad social y económica del indígena en la época en que escribieron. El escritor uruguayo Horacio Quiroga también contribuye a la visibilización de los indígenas y el abuso de sus derechos en el contexto argentino, aunque sea por medio de sus cuentos de suspenso. Estos tres autores establecen un alto nivel de realismo para crear una representación verosímil de la vida en el campo argentino. En conjunto, las observaciones de estos escritores regionalistas están transmitidas a través de sus escritos y el lector de hoy tiene una ventana de un pasado menos conocido donde el indígena ocupa un papel activo en la sociedad argentina, pero está oprimido por normas sociales injustas.

Los argumentos de estos cuentos siguen un patrón semejante: el personaje indígena, pobre y humilde, es la víctima del personaje blanco que abusa del poder innecesariamente. Todos emplean narradores inclinados hacia la perspectiva del personaje indígena y de manera más significativa, utilizan la voz o los pensamientos del personaje indígena para rehumanizarlo y para que el lector empatice con él. Burgos e Inchauspe en particular escriben en el presente, un detalle que tiene aún más importancia en el contexto argentino para la visibilización del indígena en la época en que escriben. La víctima en la mayoría de estos cuentos no recibe justicia, pero estas técnicas literarias sirven para reestablecer las líneas de simpatía hacia el personaje indígena que suele representar una figura del pasado o un “otro” indeseable y hace que el lector comparta su angustia. Los autores de estos cuentos desafían la representación más común bajo la dicotomía de la civilización y la

barbarie; aunque el personaje blanco ocupa una posición social y económica más alta que el indígena, su moralidad inferior perjudica su carácter e imagen. Como Larbi Touaf explica en su libro *Representing Minorities*: “Writing from a minority position already signals certain skepticism towards the grand narratives of modernity and its promise of an enlightened and progressive humanity” (ix). El último cuento en esta antología "Caramelos para los mocovíes" expresa esta perspectiva a través del viaje del joven narrador que expresa la vergüenza que viene después de descubrir la injusticia perpetuada bajo el discurso dominante que ha invisibilizado a las comunidades indígenas por tanto tiempo. Este cuento también llama la atención a la relación problemática entre el Estado y los pueblos indígenas. En varias maneras estas comunidades existen como ciudadanos “colonializados” en el sentido de que tienen que acostumbrarse a las normas de la cultura argentina para tener acceso a sus derechos o para pedir la protección de sus derechos y, aun así, las necesidades de estas comunidades tienden a ser menos priorizadas (Taylor 597). Rosenberg representa esta dinámica a través de la imagen de la bandera argentina colgada sobre la escuela donde se prioriza el aprendizaje del español y de los valores argentinos, pero los problemas sociales, económicos y sanitarios de la comunidad son olvidados por el Estado.

Esta colección de cuentos sigue siendo importante en la Argentina actual en la cual los pueblos indígenas e individuos de ascendencia indígena siguen siendo confrontados con racismo y debates sobre la legitimidad de su identidad étnica que impiden el acceso a sus derechos tal como se establecen en la constitución. El reconocimiento de las voces argentinas que han desafiado el discurso dominante provee un punto de partida para una conversación sobre la historia de los pueblos originarios en el país, la valorización de sus culturas y la responsabilidad del gobierno argentino de proteger sus derechos. Sin embargo, esta antología falta cuentos publicados en la segunda mitad del siglo XX. La mayoría de los cuentos incluidos aquí son disponibles en forma

digital o son fáciles de encontrar a través del sistema compartido entre las bibliotecas universitarias. La búsqueda de este proyecto fue limitada a estos textos. De todos modos, la investigación de Pasuree Leusakul (2003) identifica el surgimiento de “la nueva novela histórica argentina” durante la década de los ochenta y de los noventa en respuesta al abuso del poder y la violación de derechos humanos por el Estado durante la dictadura militar. Ella, junto con varios académicos han indicado que el ámbito político y social durante este tiempo se volvió más abierto a las voces de los marginados y que esta tendencia también proveía un espacio para los reclamos de las comunidades indígenas (Luesakul 42, Jagoe 171, Lenton 72, Alba "La narrativa indigenista" 204). Por eso, este periodo no sólo produjo obras enfocadas en la preservación de la memoria colectiva de los crímenes cometidos por el Estado durante la Guerra Sucia, sino también produjo obras que revisitan la Conquista del Desierto y cuestionan la historia oficial promovida por el Estado para “rescatar figuras olvidadas una centuria antes”—los indígenas (52). Luesakul identifica once novelas argentinas publicados entre 1980 y 2005 caracterizadas por la ficcionalización histórica de este periodo para ofrecer una recreación literaria de los crímenes cometidos por el Estado contra los pueblos originarios específicos durante y después de la campaña militar. Entre estas onces novelas, Luesakul identifica los elementos comunes del “cuestionamiento de la visión europeizante en los textos oficiales y la reivindicación de la esencial heterogeneidad de la nación” y algunas en particular como “La pasión de los nómades” (1994) y “Finisterre” (2005) de María Rosa Lojo presentan una “denuncia por la violación decimonónica de derechos humanos de los indios por parte del Estado” (45). El surgimiento de esta tendencia en la novela argentina” sugiere que estos temas también se deben encontrar en la producción cuentística de este periodo también.

Además de una búsqueda más extensa de los cuentos publicados en la segunda mitad del siglo XX, para complementar los cuentos reunidos en esta antología, un trabajo futuro debería incorporar las voces de las comunidades indígenas mismas—algunas que sean más tradicionales en la forma de la transcripción de narrativas orales, mitos y leyendas para ilustrar la diversidad cultural de las varias tribus en Argentina y otras que sean representativas de la experiencia de estos grupos en el presente en la forma de testimonios personales. Otra oportunidad dentro de esta rama de investigación sería una búsqueda de producción literaria de miembros de los pueblos indígenas o de escritores de ascendencia indígena. La Biblioteca Qomllalaqpi en Buenos Aires, por ejemplo, no sólo trabaja para preservar la herencia cultural de la comunidad Qom sino también aspira a fomentar la creación literaria dentro de la comunidad. Un proyecto colaborativo con organizaciones como esta podría resultar en una antología única de riqueza cultural donde la preservación de voces argentinas junto con voces indígenas sería más representativa de la Argentina como un país multiétnico.

Obras citadas primarias

Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001.

Borges, Jorge Luís. "Historia del guerrero y la cautiva." *Obras Completas*. Barcelona: Emecé Editores, 2001. 557-560.

Burgos, Fausto. "Don Carlos y Chayle." *Cachisumpi: Cuentos de la Puna*. San Rafael: Editorial Butti, 1934. 23-27.

Burgos, Fausto. "La sonrisa de Puca-Puca." *La sonrisa de Puca-Puca: Cuentos de una raza vencida*. Buenos Aires: Editorial Tor, 1926.

Gorriti, Juana Manuela. "Si haces mal no esperes bien." *Obras Completas*. Salta, Argentina: Fundación del Banco del Noroeste, 1992-1999. 224-235.

Hernández, José, et al. *The Gaucho Martín Fierro*. Albany: State University of New York Press, 1967.

Inchauspe, Pedro. "Alla en el sur." *Allá en el sur: Cuentos de la Patagonia y de la Pampa*. Santa Fé, Argentine Republic: Colmegna, 1953.

Leguizamón, Martiniano. "Una revancha." *Cuentos de nuestra tierra*. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952. 123-129.

Mantilla, Manuel Florencio. "El tigrero." *Cuentos de nuestra tierra*. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952. 113-117.

Payró, Roberto. "La escena y los actores." *Pago Chico y Nuevos cuentos de Pago Chico*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1946.

Quiroga, Horacio. "Una bofetada." *Setenta años de narrativa argentina: 1900-1970*. Ed.

Roberto Yahni. Madrid: Alianza Editorial, 1970. 43-51.

Rosemberg, Fernando. "Caramelos para los mocovíes." *Cuentos indigenistas: Antología de la resistencia*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2013.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo: Civilización y barbarie; Vida de Juan Facundo Quiroga*. México, Editorial Porrúa, 1969.

Ugarte, Manuel. "El malón." *Cuentos de la Pampa*. Madrid: Calpe, 1920.

Obras citadas secundarias

Alba, María del Carmen Nicolás. "Las primeras formas del indigenismo en Argentina:

La voz de sus precursores". *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Universidad

Complutense de Madrid, 2015. 95.

Alba, María del Carmen Nicolás. "La narrativa indigenista en Argentina. Una doble denuncia."

Anales de Literatura Hispanoamericana, 44 (2015): 403-422.

Argentina. Instituto Nacional de Estadística y Censos. *Censo nacional de población, hogares y viviendas 2010*. Buenos Aires: INDEC, 2010.

Balderston, Daniel. *Out of Context: Historical Reference and the Representation of Reality*

in Borges. Durham: Duke University Press, 1993.

Ruggiero, Kristin H. "The Legacy of Sarmiento's Civilization and Barbarism in Modern

Argentina." *Sarmiento and His Argentina*. Ed. Joseph T. Criscenti. Boulder: Lynne

Rienner, 1993. 183-93.

- Delrio, Walter Mario, et al. "Discussing Indigenous Genocide in Argentina: Past, Present, and Consequences of Argentinean State Policies Toward Native Peoples." *Genocide Studies and Prevention*. 2 (2010): 138-159.
- Escolar, Diego. "Huarpe Archives in the Argentine Desert: Indigenous Claims and State Construction in Nineteenth-Century Mendoza." *Hispanic American Historical Review* 93.3 (2013): 451-86.
- Gómez, Pedro. "Los movimientos indígenas en América Latina. Resistencias y alteridades en un mundo globalizado." *Gazeta de antropología*. 24.2 (2008).
- Gordillo, Gastón, and Silvia Hirsch. "Indigenous Struggles and Contested Identities in Argentina: Histories of Invisibilization and Reemergence." *Journal of Latin American Anthropology* 8.3 (2003): 4-30.
- Gorriti, Juana Manuela. "Introduction." *Dreams and Realities: Selected Fictions of Juana Manuela Gorriti*, edited by Francine Masiello, Oxford University Press, 2004.
- Hanway, Nancy. *Embodying Argentina: Body, Space and Nation in 19th Century Narrative*. Jefferson, N.C.: McFarland, 2003.
- Hooker, Juliet. *Race and the Politics of Solidarity*. Oxford: Oxford University Press, 2009.
- Jago, Eva-Lynn Alicia. *The End of the World as They Knew It; Writing Experiences of the Argentine South*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2008.
- Jones, Kristine L. "Civilization and Barbarism and Sarmiento's Indian Policy." *Sarmiento and His Argentina*. Ed. Joseph T. Criscenti. Boulder: Lynne Rienner, 1993.
- Larson, Carolyne Ryan. "'The Ashes of our Ancestors': Creating Argentina's Indigenous Heritage in the Museo Etnográfico, 1904-1930." *The Americas*. 4 (2013)..

- Lewkowicz, Mariana. "The Resistance of the Native Peoples to the Spanish Conquest in Textbooks for Elementary Schools in Argentina." *Espacio, tiempo y educación*. 2.1 (2015).
- Lindstrom, Naomi. *The Spanish American Short Story from Echeverría to Quiroga*. Boston: Twayne, 1983.
- Luesakul, Pasaree. "La pasión de los nómades y Finisterre: Derechos humanos en la nueva novela histórica argentina." *Confluencia* 29.1 (2013): 42-54.
- Nagy, Mariano. "Los pueblos originarios y las consecuencias de la Conquista del desierto (1878-1885). Perspectivas desde un estado de la cuestión." *Genocidio indígena y Estado nación*. Buenos Aires, Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2008.
- Ochopinti, Laurie. "Claiming a Place, Land and Identity in Two Communities in Northwestern Argentina." *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 8.3 (2003): 155-174.
- Oliveira, Adolfo de. *Decolonising Indigenous Rights*. New York: Routledge, 2009.
- Quijada, Mónica. "'¿Hijos de los barcos' o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina (Siglo XIX)." *Historia Mexicana* 53.2, México e Hispanoamérica (2003): 469-510.
- Rosemberg, Fernando. "Introducción: Indianismo y indigenismo: Dos conceptos literarios." *Cuentos indigenistas: Antología de la resistencia*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2013.

Schmidt-Welle, Friedhelm. "Regionalismo abstracto y representación simbólica de la nación en la literatura latinoamericana de la región." *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* 33.130 (2012): 115-127.

Solberg, Carl. "Immigration and Urban Social Problems in Argentina and Chile, 1890-1914." *The Hispanic American Historical Review* 49.2 (1969): 215-32.

Swanson, Philip, editor. "Civilization and Barbarism." *The Companion to Latin American Studies*, Routledge, 2014.

Taylor, Lucy. "Decolonizing Citizenship: Reflections on the Coloniality of Power in Argentina." *Citizenship Studies* 17.5 (2013): 596.

Vom Hau, Matthias, and Guillermo Wilde. "'We Have Always Lived here': Indigenous Movements, Citizenship and Poverty in Argentina." *Journal of Development Studies* 46.7 (2010): 1283-303.

Warren, Sarah D. "Naming Regulations and Indigenous Rights in Argentina." *Sociological Forum* 30.3 (2015): 764-86.

Manuel Ugarte

(1875 – 1951)

Manuel Ugarte nació en San José de Flores, un curato que fue luego incorporado en la ciudad de Buenos Aires. Como escritor Ugarte fue activo políticamente escribió a favor de ideas nacionalistas, anticolonialistas y socialistas con un enfoque en la unificación política del continente latinoamericano. El cuento incluido en esta antología fue publicado temprano en su carrera literaria en *Cuentos de la Pampa* (1903). En los últimos años de su vida trabajó como embajador en México, Nicaragua y Cuba.

Referencia:

Ramos, Jorge A. “El redescubrimiento de Ugarte”. *Introducción a la América criolla*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Mar Dulce, 1985.

EL MALÓN

Antes de que el ejército regular consiguiera imponer a los indios el acatamiento a las leyes de la república, nada era más común que el *malón* (1) en las vastas llanuras del Chaco y hasta en las regiones que, por hallarse más cerca de los centros civilizados, parecían deber estar a cubierto de tales desmanes.

El carácter hirsuto y batallador de las tribus nómadas, que ambulaban con sus mujeres y sus niños de una tierra a otra, batidos por los colonos y obligados a ceder palmo a palmo los territorios que les pertenecían, se arremolinaba a veces y se tornaba sangrientamente agresivo. Como el huracán de la Pampa, que arrasa las viviendas a su paso, se desencadenaba el *malón*, aprovechando un descuido de la guarnición militar. Primero era una nube de polvo que aparecía en el horizonte y se acercaba; después, un torbellino de acero del que surgía un gran rumor, y, por fin, una brumosa confusión de centauros desbocados que

(1) Arremetida de los indios contra las pequeñas poblaciones indefensas.

esgrimían flechas y lanzas y entraban a las poblaciones en un vértigo de lucha, entre alaridos espantosos.

Los colonos se parapetaban en las calles, se acantonaban en las casas y disparaban sus carabinas contra los agresores... Pero éstos traían un empuje tan brusco, una impetuosidad tan irresistible en el ataque, que lo arrollaban todo... Se posesionaban del pueblo, hasta que venían refuerzos militares de la población más cercana, y, advertidos de su proximidad, se desvanecían en el llano. Pero durante los instantes que conservaban en su poder el villorrio, le imprimían la huella de su dominación como un jinete brutal hunde las espuelas en los flancos del potro recalcitrante.

En la atmósfera de pavor que difundía su llegada, los antiguos reyes de la región se entregaban a la borrachera de su triunfo. Como las aguas de un mar que desborda, se infiltraban por todas las rendijas, lo cubrían todo y ahogaban bajo su número al pequeño grupo de europeos asombrados y medrosos... En rachas incontrarrestables de las cuales brotaba un clamor de venganza contenida, forzaban las cerraduras, invadían las casas, saqueaban los templos, violaban, mataban y destruían, como si aquella fuerza borracha trajera un hálito de disolución y de exterminio.

Eran hecatombes espantosas que hacían pasar un estremecimiento de horror sobre el país. La racha dejaba tras sí arroyos de sangre, montones de cadáveres, ruinas, miseria y aldeas en llamas.

que eran como piras que levantaba el vengador de la raza en derrota.

Los caciques daban a sus huestes plena libertad de acción. Y terminado el saqueo, en la niebla del crepúsculo, cuando todo tenía en la aldea devastada las huellas de la perturbación que la había conmovido; cuando las jaurías salvajes habían entrado por todas las puertas y habían paseado sus armas ensangrentadas sobre el acatamiento horrorizado de las gentes; cuando el hijo de América, en una crispada resurrección de los orígenes, había vengado una vez más la amarga humillación de su pueblo, el grupo dantesco de centauros desgrefñados, de donde surgían las cabezas de algunos colonos clavadas en la punta de las lanzas, se alejaba tierra adentro, llevándose en su torbellino los rebaños, el dinero y las mujeres hermosas, hasta perderse de nuevo en la obscuridad de la noche.

Largacurá era el caudillo que más aterrorizaba a los habitantes de la fértil pero salvaje región que se extiende al sur de la provincia de Buenos Aires, lindando con la Patagonia. Nunca habían podido dar con él las numerosas expediciones militares que habían salido en su busca. Su tribu acampaba unas veces en las grietas de los cerros, otras en los grandes matorrales inexplorados, y siempre conseguía escapar a la persecución del ejército. Cuando las fuerzas que le atacaban eran débiles, solía aceptar el combate; pero casi siempre desaparecían en la llanura, como si la tierra

amiga, como si la tierra madre se abriese bajo sus plantas para salvarle del invasor. Y las coléricas expediciones cargadas de represalias que el colono aterrado lanzaba tras las huellas de la sangrienta hueste se veían burladas por la fría habilidad y el conocimiento del terreno de que daban prueba los indios.

Cuando, con las artes de siempre, *Largacurá* utilizó un instante propicio y desencadenó sus hordas sobre la pequeña aldea donde trataba de rehacer la fortuna perdida en Montecarlo el conde de Renaudy, éste puso en juego su iniciativa, su resolución y sus estudios de Saint-Cyr para salir del paso. Así que se oyó ese rumor de abejas que precede al ataque de los indios, de Renaudy reunió precipitadamente a sus vecinos más próximos, armó a algunos, alentó a los que vacilaban, organizó a todos y se atrincheró en la pequeña habitación.

De Renaudy estaba allí desde hacía seis meses, consagrado a la cultura de sus vastas plantaciones en compañía de su mujer, una abnegada compañera que, habiendo sufrido mucho con las trapisondas de su marido, se felicitaba casi de aquel destierro obligado, y con su hija René, una traviesa rubia de diez y ocho años, nacida en París, que suplía con su elegancia lo que le faltaba de hermosura.

De Renaudy había aceptado la situación provisionalmente, esperando ganar en pocos años el dinero indispensable para volver a reanudar su

tren de vida. Aquel hombre, habituado al lujo y a las fiestas, no se resignaba a la monotonía laboriosa y a la triste solemnidad de las Pampas. Echaba de menos el bulevar, el club, las emociones de la existencia parisiense.

Su mujer, en cambio, se había adaptado casi en seguida al aislamiento y a la tristeza de las nuevas costumbres.

Pero, contra todas las previsiones, la que menos contrariada se mostraba, la que había aceptado la situación con más franco buen humor era René, a quien había fascinado el exotismo y las sorpresas que emanaban de la región y del medio. La juventud de René, ahogada primero en un colegio religioso donde todas eran prohibiciones, trasplantada después a la atmósfera meticulosa de una sociedad arcaica, saltaba y se des-perezaba al sol en aquella tierra libre donde podía imponer carreras locas a su caballo, vestir a su antojo y gritar hasta enronquecer en los campos vacíos donde nadie podía oírla. Además, su poca edad no le dejaba sentir todavía ese apresuramiento por gozar y aprovechar las horas, que sólo viene después, cuando comenzamos a contar los años. René estaba en pleno triunfo de la savia y no pensaba en saraos ni en trajes. Los ejercicios físicos a que se entregaba habían acabado por virilizar en cierto modo su naturaleza, y era una muchacha sana, llena de vida, de ojos azules y tez blanca, con un rayo de sol en los cabellos y un chispazo de aurora entre los labios.

Así que comprendió la situación y vio los preparativos de lucha, reclamó un puesto junto a su padre, armó su carabina, dió consejos útiles, sembró la confianza y se dispuso, como los demás, a defenderse.

Los ocho peones que Renaudy ocupaba en la hacienda no tenían más arma que sus cuchillos. Además, no se mostraban muy afanosos por secundar la resistencia de los extranjeros a quienes apenas conocían. El nombre de *Largacurá* tenía para ellos cierto prestigio inconfesado. Y a la atávica simpatía por la vida de aventura del célebre cacique, se unía en ellos una sorda hostilidad contra los intrusos. Renaudy sabía que, en el desorden de la pelea, sus hombres desaparecerían para no volver más. En aquella tierra clásica de la aventura, los peones eran también aventureros como *Largacurá* y como él mismo. De suerte que no se hizo ilusiones sobre el apoyo que le podrían prestar. Sólo confiaba en los cuatro colonos que se habían unido a él. Por lo demás, los acontecimientos fueron tan rápidos, que apenas tuvo tiempo para vislumbrar todas estas cosas. Los indios habían entrado ya en la población...

Por las lamentaciones, por los gritos y por el estruendo, Renaudy y los suyos seguían la marcha del peligro... Uno de los colonos se había izado sobre un armario, y por una lumbrera observaba los movimientos del invasor. Pero una flecha perdida vino a clavarse junto a él y desertó del observatorio... Entonces quedaron entrega-

dos a conjeturas, en espera ansiosa..., creyendo ver empezar a cada instante la carnicería. Porque así como otras tribus eran generosas y se contentaban con míseros latrocinios, la de *Largacurá*, que era inflexible y guerrera, llevaba las cosas a sangre y fuego, creyendo vengar así, según decían, a un hijo del cacique que había sido fusilado por los soldados de la república.

Nada más espantoso que esos minutos mortales en que todos esperaron con las manos crispadas la arremetida de la turba. La habitación en que se habían encerrado era un comedor cuyas ventanas miraban al camino carretero, al borde del cual se alineaban las escasas viviendas de los atrevidos pobladores. De Renaudy quiso ver lo que pasaba en la calle y asomó la cabeza por la rendija... Era lo que él había previsto... La escasa guarnición de la aldea, vencida y arrollada por la avalancha salvaje, había quedado reducida a un puñado de soldados heridos que se arrastraban a lo largo de las casas. Los indios eran dueños de la población. Si no llegaban refuerzos del fortín cercano la catástrofe sería definitiva.

Entonces decidieron atrancar las puertas y las ventanas con los muebles. Pero antes de que tuvieran tiempo de poner el pensamiento en acción, un empuje incontrarrestable hizo saltar la puerta en astillas, y, en medio del clamor y la polvareda, apareció un racimo de caras terrosas y piqueteadas...

Fué un vértigo. Los colonos descargaron si-

multáneamente sus armas y tres indios se derumbaron entre el humo. Pero los demás siguieron avanzando y se trabó una lucha cuerpo a cuerpo en la que cada cual trató de defenderse a su manera. René, con las ropas desgarradas y el seno desnudo, había cogido su carabina por el cañón y se debatía como una fiera, asestando golpes terribles... Dos colonos rodaron, apretándose el pecho por donde les salía la sangre a borbotones. La mujer de Renaudy, herida en la cabeza, agonizaba en un ángulo de la habitación. Muchos indios habían caído también. Pero parecía que por cada uno que quedaba fuera de combate surgían diez más. La abertura hecha en la puerta era como la salida de un hormiguero. De Renaudy, herido en el brazo derecho, se defendía con el izquierdo, empuñando valerosamente un sable que abría grandes brechas en el enjambre cobrizo de los indios encarnizados. Sin embargo, llegó un instante en que no pudo más, y, sin abandonar la defensa, trató de intentar una fuga por la ventana que daba al campo. Paseó los ojos en torno, buscando a los demás para indicarles ese medio de salvación... Entonces fué cuando comprendió la magnitud del desastre... En el desorden espantoso de la habitación vió los cadáveres de los colonos que yacían sobre las baldosas; vió a su esposa bañada en sangre, agonizando en un rincón, y, peor que todo aún, no vió a su hija.

—¡René!—gritó, dominando con su voz estentórea el clamoreo de los indios, que, al verle vaci-

lar, le acosaban de más cerca y trataban de ultimarle.

Pero ninguna voz respondió a la suya.

Entonces adivinó lo que había pasado... Se la habían llevado cautiva... Y como si en el desmoronamiento de sus esperanzas y de su vida cobrara su organismo rebelde el vigor de un cíclope, arremetió ciegamente contra todos, sin atender a la defensa, tratando de abrisse un camino.

—¡René!—volvió a gritar con la desesperación de un náufrago.

Pero esta vez no tuvo René no le contestaba.

Arrollado y envuelto en un torbellino formidable, cayó acribillado de lanzazos y de golpes de maza...

Entonces los indios se desparramaron por las habitaciones lanzando alaridos extraños y abriendo estrepitosamente todas las puertas. Vacieron los cajones de los muebles, rompieron los espejos, hicieron grandes atados con las cosas de algún valor, y salieron otra vez al camino, donde se reunieron con los demás en grupos impetuosos y alborotados.

Pocos minutos después, bajo la azulada claridad de la luna, sólo se vió en el llano una gran masa de sombra que galopaba vertiginosamente hacia el límite, y sobre la devastación de lo que fué la aldea civilizadora, las grandes lenguas rojas del incendio, que cundían y se multiplicaban, hacien-

do más inexorable y más definitiva aún la obra de la muerte.

El rapto de René se consumó según el sistema de siempre. Después de atarle las manos, los indios la colocaron sobre el caballo de un hijo del cacique. Este la pasó un brazo alrededor de la cintura, cogió las riendas, y, reunidos todos, encabezó la huída hacia los lejanos refugios ignorados donde los antiguos reyes de la Pampa escondían su indómita fiereza.

Durante la carrera examinó a la mujer que llevaba en sus brazos. René, vencida por el horror de lo que acababa de ver, se había desvanecido, y su cuerpo flexible reposaba sobre el indio, que la estrechaba blandamente. *Sitlan*, que tal era el nombre del hijo del cacique, no había visto jamás tanta delicadeza en un cuerpo de mujer.

Le desató las ligaduras... Examinó la cabeza blanca y rubia, le vió sangre en la frente y se la enjugó con su pañuelo empapado en perfumes indígenas... La herida era insignificante; pero la envolvió y la ató con un lienzo. Y como aquellos labios pálidos y marchitos le inspiraban una tentación violenta, el guerrero vigoroso y audaz, salpicado de sangre y de lodo, se inclinó sobre ellos y los besó dulcemente, como si temiera despertar a un niño dormido.

Sitlan era un atleta bronceado, lleno de gallardía y de nobleza. Su mirada luminosa y franca,

sus rasgos regulares y su bigote naciente, le daban no sé qué aspecto superior, que infundía a un tiempo respeto y simpatía. Cuando robó el beso, sus ojos adquirieron una extraña expresión de dulzura.

Y fuese el roce de los labios, fuese el perfume violento del pañuelo, René comenzó a despertar y a abrir los ojos... Primero los paseó en el vacío, como si no se diese cuenta de las cosas o continuara sumida en la placidez de un sueño. Después los fijó en el hombre que la tenía en sus brazos... Sus facciones se contrañeron horriblemente... Por sus ojos pasó una ola de locura... Y levantando sus manos, crispadas de terror, como si quisiera desgarrar el viento, lanzó un alarido espantoso, un llamamiento a la Naturaleza, que retumbó en la noche... Después emprendió una lucha desesperada para desasirse y escapar... Sus uñas se clavaron en la piel del indio, sus dientes pugnaron por morder... Pero *Sitlan* la contuvo sin esfuerzo... Cuando René vió que era inútil tratar de huir, una bocanada de muerte le entró al corazón, la angustia le subió a la garganta y estalló en sollozos rápidos y sordos, víctima de una crisis de nervios... Pero mientras ella seguía llorando en brazos de *Sitlan*, el caballo devoraba las distancias, seguido por el gran grupo mezclado de jinetes silenciosos cargados de botín, que hacían brillar sus armas bajo la luna...

La Pampa extendía sus llanos inmensos bajo el cielo, acribillado de estrellas... No se oía más

rumor que el que producían los cascos de los caballos sobre la tierra reseca. Y la noche y la soledad, dueñas del horizonte, dueñas del mundo y del espacio, envolvían a la caravana como en una atmósfera de misterio...

Pocos instantes después, los caballos, cubiertos de sudor y puestos al paso después de la larga carrera, abrían sus anchas narices ante el benéfico frescor de la noche. Los guerreros, a cubierto ya de toda persecución, encendían sus cigarrillos y conversaban en grupos, con una melancólica lentitud que estaba en armonía con el paisaje. René sintió, como los demás, la solemnidad de la hora y del sitio. Interrumpió su llanto para mirar la vasta extensión que se alargaba sin fin, como una muerte. Los indios le infundían menos pavor que aquella soledad... Después trató de darse cuenta de lo que había ocurrido... Sólo recordaba escenas truncadas de los primeros instantes del entrevero... La razón le volvió poco a poco... Entonces irguió la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está mi padre?

Sitlan hizo un gesto sombrío, que parecía simbolizar la amargura de la fatalidad, y apresuró el paso de su caballo.

Pero René repitió su pregunta con una ansiedad creciente y el indio se vió obligado a mentir.

—Viene detrás de nosotros; lo verás en seguida—contestó en buen español.

—¿Y mi madre?

—También...

—¿Estaremos prisioneros mucho tiempo?—preguntó, algo repuesta, después de lo que acababa de oír.

Entonces *Sitlan* sintió la necesidad de decir lo que le había preocupado durante el camino...

—Ellos, sí...—contestó con tristeza—, pero tú no...

René le observó con atención, porque había creído sorprender en aquel hombre una mirada nueva.

Sitlan completó su pensamiento.

—... Si quieres ser mía.

La indignación de René no pudo desencadenarse, porque habían llegado a las cuevas que servían de guarida a la tribu y todos bajaban de los caballos y se entrechocaban en la sombra, asediados por las mujeres y los niños, que les saltaban al cuello y les hablaban en una lengua desconocida. Al resplandor de las antorchas, aquella multitud del color de la tierra, que se apiñaba en subterráneos, parecía un enjambre de fantásticos insectos que horadaban el planeta en la media luz de una pesadilla.

René volvió a sentir que se le saltaban las lágrimas.

—¿Y mi padre?—preguntó de nuevo, sospechando que la querían engañar.

Pero *Sitlan* le dió tales seguridades, le hizo tantas promesas, que acabó por serenarse...

Por orden del hijo del cacique le tendieron un lecho de piel de tigre, le ofrecieron de beber... y,

después, René misma no supo lo que pasó; pero el viaje, las emociones de la jornada y el agotamiento de sus nervios, acabaron por embotarla, y se quedó dormida.

Cuando despertó al amanecer, *Sitlan* estaba frente a ella, sentado respetuosamente a cierta distancia, como si aguardara y temiera al mismo tiempo el instante en que abriría los ojos. René recordó la proposición de la noche anterior, y se irguió resueltamente.

—Quiero ver a mis padres—dijo con energía, mirando en los ojos a *Sitlan*.

Este comprendió que era necesario echar mano de otros recursos, y le contó una historia, según la cual, de Renaudy y su mujer habían sido llevados por error al campamento de otra tribu; pero "como no estaban lejos, no tardarían en venir". René exigió que la llevaran adonde estaban. El hijo del cacique invocó nuevos pretextos. Y se enredaron en una discusión, que ella hacía agresiva, comprendiendo el dominio que empezaba a ejercer sobre aquel hombre. El contestaba con bondadosa humildad, porque sentía por la extranjera ternuras desconocidas. Por fin, acosado en sus últimas posiciones, sintiéndose perdido ante la fuerza avasalladora de los dos ojos azules, acabó por prometer que la llevaría así que cayera la noche.

René aprovechó la ventaja para seguir atacando.

—¿Qué mal te habíamos hecho nosotros—le dijo—para que te lanzaras sobre la población y la devastaras toda?...

El hijo del cacique sonrió, como si escondiera un secreto amargo. Luego hizo un gesto altivo y se resolvió a contestar.

—Mis abuelos fueron asesinados y despojados por los tuyos—pronunció lentamente, lanzando las sílabas como flechas...

En la manera como el indio dejó caer estas palabras, René vió más resignación que odio. Parecía que aquel hombre soportaba una ley que se sentía incapaz de sacudir... Entonces René no quiso continuar hostilizándole y trató de saber el nombre del sitio en que se encontraban. Pero *Sitlan*, tan dócil momentos antes, se negó enérgicamente a pronunciar una sílaba. René lloró. El indio hizo cuanto pudo por consolarla. Y de la lucha de sentimientos nació la confesión inevitable.

—Entre tu raza y la mía—dijo el hijo del cacique, como si hablara más que para René, para su propia conciencia—hay grandes rencores acumulados. Ellos nos persiguen y nos expulsan de nuestro territorio; nosotros desbaratamos sus ciudades en formación... No somos ni más ni menos injustos, ni más ni menos sanguinarios. Pero ahora que me siento atraído hacia ti, ahora que veo que brotan en mi corazón no sé qué cosas nuevas, quisiera borrar ese pasado y recomenzar la vida... Yo soy el hombre rudo y primitivo que guarda en los campos inexplorados, junto a la Naturaleza virgen, el último secreto de lo que fué... Tú eres de otra esencia... Pero te adoro y te deseo, quizá por eso mismo, porque me traes aromas de otra re-

gión... Si quieres, serás la reina de nuestra tribu nómada.

Y el atleta tenía, al hablar así, una sonrisa medrosa de niño tímido.

René le miró realmente por la primera vez. Hasta entonces le había considerado como una abstracción. Los ojos, brillantes; la tez, pálida; el porte, al mismo tiempo tímido y marcial, de aquel guerrero que suplicaba, la interesó un instante. Pero su angustia renació de pronto, sin saber por qué... Una agitación vivísima se apoderó de su espíritu. ¿Dónde estaban sus padres? Quería verlos en seguida. ¿Por qué la tenían lejos de ellos?

Entonces comprendió el partido que podía sacar de la pasión de *Sitlan*.

—Si quieres que te conteste—repuso—, llévame adonde están mis padres... Mientras me sigas separando de ellos serás mi enemigo.

En la fisonomía de *Sitlan* se dibujó una palidez de ajusticiado. Todo su rostro expresó una emoción indecible. René temió un acceso de cólera.

—Devuélveme a mis padres; después conversaremos—añadió, creyendo dar así una esperanza y calmar lo que ella suponía el despecho del hijo del cacique.

Pero éste había caído en un abatimiento singular. Sus ojos se clavaron en la tierra, como si buscaran las huellas de alguien. Después se alejó sin decir una palabra, sombrío y pausado...

René creyó que había llevado su rigor demasiado lejos, y le hizo llamar. Aquella niña de diez y ocho años tenía una serenidad, una audacia y una persistencia en las ideas que sólo podía explicarse por la vida libre que había llevado durante los últimos tiempos y por los atavismos imborrables de una raza de luchadores. Pasada su crisis de desesperación, sólo pensó en reunirse con los suyos y persiguió esa idea, "aprovechando todo lo que podía serle favorable.

No le convenía indisponerse con *Sitlan*. Su salvación dependía de él. Por eso decidió hablarle de nuevo para borrar la impresión de sus palabras.

Cuando el indio reapareció, René le tendió la mano.

—Mira—le dijo, como si después de reflexionar se decidiera a una confesión atrevida—, haré lo que tú quieras, pero déjame besar antes a mis padres...

Sitlan apretó la mano entre las suyas, y por toda respuesta llamó a un indio y le ordenó que trajera tres caballos.

—¿Partiremos en seguida?—preguntó René, ahogada por la sorpresa.

—En seguida—repitió *Sitlan*.

Pocos minutos después, René y *Sitlan*, escoltados por un indio fiel, comenzaban a galopar de nuevo por las Pampas.

Bajo el sol radioso, en la esplendidez del día, los caballos relinchaban y sacudían las cabezas,

como si sintiesen la felicidad de vivir. Pero los jinetes no parecían notar aquella lluvia de oro.

Sitlan pensó primero en su fuga de la noche anterior, en medio de la obscuridad, con René en brazos, como si llevase un paraíso, y después en aquellos cadáveres sacrificados torpemente, que se vengaban ahora separándole de la mujer a quien quería.

René siguió todo un hilo de inducciones para imaginarse lo que había pasado en la granja. Cuando *Sitlan* la tomó en brazos y se la llevó, todos quedaban con vida. Su padre se defendía con tesón. Los soldados del fortín debían haber llegado a tiempo. Por eso habían huído los indios. Era la explicación más lógica...

Como *Sitlan* no despegaba los labios, hizo una pregunta:

—¿A qué hora llegaremos?—dijo, casi alegre, ante la perspectiva de la libertad.

—Dentro de tres horas.

—¿Y adónde vamos?

—A ver a tus padres...

—Sí—repuso René sonriendo—; pero ¿dónde están?

—Bajo el techo de la casa—concluyó el indio con una voz cavernosa y triste.

René sacó en consecuencia que *Sitlan* estaba enfadado...

Hasta entonces habían corrido por un campo inculto y salvaje por donde parecía que jamás habían pasado caballos... Cuando encontraron la

primer huella de herraduras, *Sitlan* indicó con un gesto que debían detenerse.

—Aquí debemos separarnos—dijo con voz tenue, mirando hacia el horizonte—. ¿Ves esas marcas que ha dejado en la tierra, humedecida por las últimas lluvias, el paso de un jinete? Sigue por ellas y llegarás...

René titubeó un instante, creyendo que tanta ventura era un sueño. Pero el hijo del cacique insistió:

—El camino es seguro; no puedes perderte...

Y luego, como si cediera a la tentación de hablar de un imposible:

—Si quieres volver a verme, ven hasta este sitio y deja una flor. Será una señal. Yo saldré a buscarte adonde estés. Y volveremos a huir de noche, bajo las estrellas, por la Pampa, cortando el viento...

René sintió frío en las espaldas, y se alejó al galope, sin atinar a despedirse. Cuando estuvo lejos volvió la cabeza... El indio la seguía con los ojos, como si la acechara aún. Entonces la acometió un vértigo de miedo, y apresuró a su caballo...

La tarde comenzaba a caer y en el cielo surgían los primeros puntos luminosos... La tierra tomaba un color gris bajo el crepúsculo, dueño ya del horizonte... Una racha de aves oscuras flameó como una gran bandera sobre el paisaje... Sus graznidos se prolongaron hasta muy lejos, en la soledad...

René siguió galopando hasta que le envolvió la noche...

De pronto creyó ver unas luces.

Pero no eran las luces fijas de las ventanas de las casas, sino unas luces inseguras que pasaban de un lado a otro, como si en vez de lámparas fueran teas. Al principio lo atribuyó a un espejismo... Después se convenció de que no era así. Llegó hasta percibir la silueta de los hombres que pasaban... Iba a castigar a su caballo para enterarse más pronto de lo que había, cuando una voz militar la detuvo, y un soldado, con la bayoneta calada, se adelantó a reconocerla... Cuando vió que era una cautiva que volvía a la población, la acompañó hasta la tienda del oficial que mandaba el destacamento.

El oficial era Julián Ramírez, un amigo de la familia de Renaudy, con quien René había bailado alguna vez en las escasas reuniones familiares que celebraban los colonos.

Julián Ramírez arrojó su cigarrillo y miró a René, como si dudase de lo que estaba viendo. Su rostro tomó después una expresión dolorosa... Pero René no se apercibió de nada y le aturdió con sus preguntas: ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaban sus padres?...

Ramírez llamó a un soldado y le dió una orden inútil para ganar tiempo hasta encontrar qué responder...

—Están heridos—dijo, evitando la mirada de René.

Pero ésta se desató en sollozos.

—Vamos, vamos en seguida—clamó, cogiendo al oficial por el brazo.

Este se resistió. Entoñes ella adivinó la verdad en un relámpago...

—¿Han muerto?—gritó con una voz rara de demente.

Y echó a correr, en la noche, entre los escombros...

Muy pocas casas habían quedado en pie. Las más habían sido destruídas completamente por el incendio. En cuanto a los colonos, los que no habían perecido estaban en el fortín, transformado en hospital y en asilo.

René adivinó todo en un minuto, y corrió, cayendo y levantándose entre las ruinas, hacia el sitio en que había existido la casa de Renaudy. Ramírez la siguió, temiendo una nueva desgracia...

La noche era hermosísima, y el cielo, lleno de estrellas, parecía mirar impasible la desolación de los hombres. Sobre los escombros, en grupos, trabajaban los soldados, extrayendo cadáveres...

René se detuvo de pronto y miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos y muy fijos, como si hubiera perdido la razón... De pronto vió algo que la hizo estremecer... Sobre una pila de ladrillos rotos y de maderas a medio quemar estaban extendidos dos cadáveres... No fué un grito, sino un sonido extraño lo que se escapó de su boca... Se arrojó sobre los despojos sangrientos de aquellos a quienes tanto había querido... Des-

pués se sentó sobre las piedras, como una esperanza que viene a llorar sobre una tumba... Y en una insurrección de todas sus fibras levantó los brazos al cielo y lanzó una carcajada que hizo temblar a las estrellas...

Ramírez la cogió por el brazo y trató de alejar de allí a la pobre loca...

Jorge Luís Borges

(1899 – 1986)

Innovador en la técnica narrativa y revolucionario de los géneros literarios, Borges es el escritor más reconocido al nivel internacional en esta antología. Nació y recibió su educación primaria y secundaria en Buenos Aires y después pasó un periodo en diferentes países europeos donde descubrió autores como Schopenhauer, Chesterton y Kafka. Su extenso trabajo toca temas filosóficos como el tiempo y el espacio, la realidad y el sueño y las limitaciones del lenguaje. Algunas de sus obras más conocidas incluyen sus libros de cuentos, *Ficciones* (1944) y *El Aleph* (1949). A pesar de su obra extraordinaria, nunca recibió el Premio Nobel. Se especula que no recibió el honor debido a sus posturas políticas.

Referencia:

Chang-Rodríguez, Raquel & Malva E. Filer. "Jorge Luís Borges." *Voces de Hispanoamérica: antología literaria*. Boston: Heinle, 2004. 354-55.

The scanned materials included here are in the public domain and have been provided here for educational purposes only. The stories that do not appear here have been omitted due to copyright law.

Juana Manuela Gorriti

(1818 – 1892)

Nacida en Horcones, de la provincia de la Salta, Argentina, Juana Manuela Gorriti llegaría a ser una de las escritoras argentinas más importantes del siglo XIX. Durante su adolescencia, debido a la enemistad política de su familia con el caudillo Facundo Quiroga, ella y su familia huyeron a Bolivia. Aquí conoció a su esposo Manuel Isidoro Belzú, quien luego llegó a ser presidente del país. Gorriti también pasó mucho tiempo en Perú, donde ella estableció una escuela para niñas y dirigió un salón literario en Lima. Publicó varios artículos, cuentos y libros entre los tres países y escribió en defensa de la educación de la mujer. Algunas de sus obras más importantes incluyen *Sueños y realidades* (1875) *La tierra natal* (1892) y *Veladas literarias de Lima* (1892).

Referencia:

Gorriti, Juana Manuela. "Introduction." Trans. Sergio Gabriel. Waisman. Ed. Francine Masiello. *Dreams and Realities: Selected Fiction of Juana Manuela Gorriti*. New York: Oxford University Press, 2003.

SI HACES MAL NO ESPERES BIEN

I

EL RAPTO

Era la última hora de un día primaveral. El sol trasponía majestuosamente la montaña, nacarando con su postrer rayo las nieves de la opuesta cordillera, y dibujando en largas sombras la silueta fugaz de las cabras que samoneaban aquí y allí entre las sinuosidades de los peñascos las hojas de los arbustos y la espinosa corteza de los cardos.

Toda era calma y silencio en aquellas agrestes soledades. Las torcaces solas, ocultas en los agujeros de las peñas, mezclaban su triste arrullo al rumor de la cascada, que como un lejano trueno se elevaba del profundo valle donde el Rimac precipita sus aguas.

De pronto, una voz dulce y penetrante exhaló un alegre grito.

--Mamay, exclamó en la lengua de los incas, ¿ves las lindas flores color de oro que brillan allá abajo entre las piedras? Voy á cojerlas para tí.

Y una bella niña de cinco años, fresca, rosada y envuelta en un gracioso anacco descendió saltando alegremente uno de aquellos ásperos senderos. Al mismo tiempo de trás un peñasco salió una jóven india, gritando con angustioso acento: ¡No, Cecilia, no, hija mia! Esas piedras están en el camino...¡Oye las carreras de los soldados! Si vienen...¡Ahí están! Allá viene uno...Mi hija!Hija mia...¡Oh!

En efecto, un regimiento descendió costeaando la cascada.

Al llegar al valle, de una de las últimas compañías se había separado un oficial, y llamando á un ordenanza habíale dicho algunas palabras señalando á la niña, que á lo lejos cogía flores entre las piedras del camino.

El soldado se dirigió hácia ella á galope, y llegando á su lado, inclinóse sobre el estribo, y la arrebató en sus brazos. Mas al momento de enderezarse sobre la silla para colocar á la niña en el arzon, sintió dos manos de acero, que aferrándose á su garganta lo derribaron en tierra.

La india había corrido en auxilio de su hija; y teniendo la cabeza del soldado bajo su rodilla buscaba con ojos feroces una piedra para acabar de matarlo.

Arrancó, en fin un grueso quijarro; mas en el momento que lo alzaba sobre el soldado, sintióse asida por los cabellos.

El oficial que había ordenado el rapto arrastrándola sin piedad la arrojó al fondo

de un barranco.

Un gemido desgarrador, un gemido de madre salió del precipicio á tiempo que el oficial decia riendo:

--¡Vaya un maricon! Dejarse acogotar por una mujer! Felizmente llegué yo á tiempo...Mas...que chistosa casualidad!....Si, aquí, en este mismo sitio, ó muy cerca debió ser donde aquella muchacha...Calla, chica, calla. Oh! que bonita es! Grandes ojos negros, cabellos sedosos, una boquita de coral. Un lindo obsequio para mi hermosa Pepa, esa malvada que se divierte en dar tortura á las almas...Calla, chica, que vas á ser muy feliz. Tendrás confites, biscochos, y....bofetones á discrecion de manos de aquella maldita.

Mariano, tómala. Galopa hasta alcanzar á los arrieros, y dí al mio que lleve esta cholita con el mayor cuidado, y que al llegar á Lima no vaya tontamente á entregarla en casa. Que la deje al guarda de la garita de Maravillas hasta que tu llegues. ¿Entiendes?

Y se alejó volviendo á su puesto en la marcha, mientras el soldado tomaba á galope la delantera al rejimiento, llevando consigo á la niña que lloraba con un llanto desesperado. Mas sus lamentos se perdieron á lo lejos, confundándose luego con el gemido del viento y el ruido de las aguas, y el valle quedó en profundo silencio.

II

LOS BANDIDOS

La doble sombra de la noche y de la niebla comenzaba á estenderse sobre el Rimac, y el silencio del invierno reinaba todavía en los espesos jarales que lo cubren. Pero á lo lejos, hacia el camino que descende de Chaciacayo, oíase cada vez mas distinto el cencerro de una recua.

De repente, de la oscura masa de un matorral salió un prolongado silbido.

Poco despues, tres hombres bien montados y completamente armados, saliendo de la vecina cañada, ocultaron sus caballos tras los muros desmoronados de una huaca y se agazaparon bajo unas matas al borde del camino.

No de allí á mucho, diez mulas cargadas de baules y maletas aparecieron escoltadas por cuatro arrieros en un recodo del camino.

Los viajeros avanzaban tranquilamente arriando con calma sus cabalgaduras, y mezclando las notas de un yaraví al ruido tardo de sus pasos.

De súbito, la enjaezada mula que servia de guia asida por una mano vigorosa, detuvo á la recua entera; y los arrieros viendo relucir en la sombra los anchos cañones de tres mosquetes, no necesitaron ver á los tres enormes negros que los empuñaban para escurrirse entre la maleza y desaparecer como sombras.

Los salteadores empezaron entonces la inspeccion de su presa.

--Catorce mulas, decia uno.

--Diez y ocho baules, gritaba otro.
--Tres sombrereras militares, un tercero.
--Una cholita, el cuarto.
--A tierra la cholita con las sombrereras y al monte el resto.
Dicho y hecho.

Los ladrones montados en sus magníficos caballos arrearon la recua hacia la cañada por donde habían venido, y un momento después la pobre chica, abandonada, lloraba sola al borde del camino.

III

EL PROTECTOR

Pasadas algunas horas, y cuando los llantos de la niña eran solo sollozos convulsivos, un ginete que, embozado en su capa de viaje y llevando una gran maleta á la grupa de su caballo, descendía á galope el mismo camino que habían traído los arrieros, detúvose de pronto, y, echando pié á tierra levantó en sus brazos á la niña.

--¿Quién te abandonó así, hija mía? preguntóla cariñosamente.

Pero el viajero hablaba una lengua que la niña no entendía, y á todas sus preguntas respondía llorando--¡Mamá!

--¡Pobre criatura! dijo él profusamente conmovido--no en vano invocarás ese nombre de significacion universal! Serás mi hija, y consolarás mi soledad. No sé tu nombre; pero te daré el de aquella que duerme bajo las sombras **du Pere Lachaise!**

El viajero estrechó la niña en su seno, y con ella la memoria de esa hija muerta que recordaba.

Montó á caballo, abrigó á la chica bajo su embozo, y añadió como buen frances, **le petit mot pour rire.**

--Completé á fé mia mi bagaje de naturalista. Traigo en mi maleta el reino vegetal y el mineral. He aquí el animal. A Francia, pues!

Abrazó otra vez á la niña, rió enjugándose una lágrima y siguió á galope lo largo del solitario camino....

IV

DOCE AÑOS DESPUES

--Papá, decía una noche al salir del teatro, una linda jóven á un coronel profusamente decorado--¿Tendré tiempo para escribir á mi hermano?

--Y de sobra, hasta mañana á las doce que zarpa el vapor.

--Escribiré esta noche para vaciar mi resentimiento y dormir tranquilamente, dijo ella, haciendo una mueca.

El coronel sonrió con sorna, y besando la linda frente de la niña dióla la mano hasta la puerta de su alcoba y se retiró.

Entrando en su cuarto, la graciosa niña sonrió á su espejo, arrojó sobre un mueble su abanico de plumas, desprendió la guirnalda de rosas que adornaba su cabeza, colgóla como un ex-voto á los pies de la virgen que velaba su lecho, sacudió su cabellera, y abriendo por fin un secretario escribió:

"¡Que inmenso vacío, querido Guillermo, que inmenso vacío en mi existencia desde que tú has partido! Que horrible es esa enfermedad del alma que se llama "echar de menos"! Los médicos se contentan con llamarla por su nombre científico--**Nostalgia!**--dicen ellos muy frescos. Y si es una jóven quien sufre, entónces añaden sonriendo-- "Que lleven esta niña á Chorrillos, que se bañe, que tome el aire, que se pasee y se distraiga de todas maneras y ello pasará.

"¡Ya! como creen que las limeñas solo amamos el baile, el lujo, la disipacion!....

"¡Oh! Guillermo, ¿que castigo merece quien así nos calumnia? Yo sé uno. Daría á su corazón el dolor que tu ausencia ha dejado en el mio. Así sentiría como sabe amar una limeña.

"Y tu, hermano mio? Oh! tú, es diferente! Primero, y por mas que digan, el que parte tiene mil motivos de distraccion que lo absorben y adormecen su pena. Los incidentes de á bordo, el arribo á puertos desconocidos, los rostros nuevos que se suceden sin cesar. Y luego, yo me figuro que los hermanos jamás echan de menos á sus hermanas.

"¿Que es, en efecto, lo mas frecuentemente para nosotros un hermano? Un tirano que quiere monopolizar todos nuestros sentimientos, que nos trata con el mas crudo despotismo, que nos pospone á todo, que nos halla siempre feas, y tontas, y....

"Perdon! oh! Guillermo querido! Confundirte á tí, con esos hermanos impíos! Que atroz injusticia!

"Tú me amaste siempre con la ternura protectora de un padre y la galanteria esquisita de un amante. Pero sabes que soy celosa de mis palabras, cuando después de dos meses desde que habitas Paris has olvidado á tu hermana, y la promesa de darla, cada quincena, cuenta estrecha de tu persona!

"¡Oh! á la idea de tamaño desacato, por mas que taches á la frase de vulgarismo, digo con rabia: ¡que lisura! ¡guá!

"Si un motivo sério, un amor, por ejemplo, te preocupara....Pero una fastidiosa comision del gobierno, bailes, paseos, espectáculos, frivolidades....Guillermo, para eso no hay perdon."

La quisquillosa hermana recibió poco después esta respuesta:

"Y bien, mi bella enojada, era un motivo sério, era un amor lo que me hacia, no olvidarte ni un solo momento, sino guardar silencio antes de darte una noticia que te colmará de gozo; noticia que nuestro padre sabia ya, y te callaba á ruego mio. Tienes ya una hermana, buena como tú, cual tú, bella como un anjel, y que te es parecida de una manera sorprendente, estraña. Escucha.

"Paseaba yo una tarde bajo las fúnebres arboledas del Padre Lachaise. El dia

iba á acabar. Los rojizos rayos del sol poniente atravesaban como hebras de fuego á la espesa fronda.

"Desierto y silencioso estaba el lúgubre recinto, y las últimas ráfagas del viento de la tarde gemían como almas en pena entre las hojas de los ciprés.

"Después que hube vagado largo tiempo en la ciudad de los muertos, y visitado las tumbas de Abelardo, Ney, Lavedoyère, Foy, hablárame sentado bajo el laurel que sombrea el sepulcro de Carlos Nodier. Leyendo su epitafio, recordaba el loco entusiasmo con que allá, bajo los jazmines de tu jardín, leíste su fantástica "Hada de las Migajas: y el crédulo empeño que te hacía correr los cerros de Amancaes en busca de la "mándragora bella."

"De recuerdo en recuerdo, tu imájen apareció al fin, tan viva en mi pensamiento, que involuntariamente volví los ojos buscándote en torno mio.

"Cual sería mi asombro encontrándote, á tí, á tí misma, ahí, á algunos pasos de distancia, vestida de luto y reclinada en la pilastra de una tumba.

"Sin pensar en lo que hacía, corrí á palpar la realidad de aquella vision. Pero al acercarme conocí que era solo una grande semejanza, y que yo había incurrido en una grosera indiscrecion.

"Mas la jóven enlutada ni siquiera se apercibió de mi presencia. Con la mejilla apoyada en el mármol del epitafio, tenía los ojos cerrados, y sus lábios se movían lentamente. Oraba.

"En ese momento resonaron á lo lejos roncós ladridos.

"Acordéme entónces que era la hora en que el conserje suelta los formidables mastines que guardan aquel sitio durante la noche, y estremecido de espanto á la idea del peligro que amenazaba á aquella hermosa jóven, arrebátela en mis brazos y atravesé á carrera la calle de ciprés que conducía á la puerta.

"A la brusca subitaneidad de mi accion, la jóven abriendo los ojos dió un grito de terror y se desmayó.

"En la puerta del cementerio la esperaba un coche de alquiler. Colocuéla dentro, y me senté á su lado para sostenerla.

"Mientras la prodigaba mis cuidados, contemplaba con amor la prodijiosa semejanza de aquel bello rostro con el tuyo, querida Matilde. Era tu imájen, tú misma, sin la florida lozania que es uno de tus encantos. Ella, al contrario, delicada y cenicienta, tenía en sus morenas mejillas esa palidez aterciopelada que se adora en Francia, y que en Lima alarma tanto la ternura de las madres.

"Pero esa misma palidez añadía mas brillo á sus grandes ojos negros que se abrieron por fin y me recordaron mas á mi hermana, ora en su dulce sonrisa, ora en su apacible seriedad.

"Amelia es hija de un sábio viajero que consagró á la ciencia su fortuna y su vida, y murió legándola solo su nombre ilustre y su austera virtud.

"Huérfana y pobre, pero con un alma rica de poesia y sentimiento, Amelia repartió su vida entre las melodías sublimes de su piano y el fúnebre silencio del cementerio. Alma de temple fuerte, todas las cosas de la vida son serias para ella; y en

su mirada, en su voz y en su actitud, hay una espresion de melancolía dulcísima, de menditabunda gravedad, del todo ajena á las turbulentas hijas de la Francia, y que ella contrajo, sin duda, al aspecto solemne del desierto, bajo el velo de las árabes, allá en las lejanas regiones que recorrió con su padre.

"Tal es tu hermana. ¿No es cierto, mi linda aturdida, que te alegrarás mucho de abrazarla luego?"

V

REMINISCENCIAS

Poco después, un día de verano, la mimada hermana de Guillermo, coquetamente vestida, como quien desea deslumbrar, abordaba en una góndola el vapor de Panamá.

No bien atracada aun la embarcacion al costado del vapor, la graciosa limeña subía con pié seguro la resbaladiza escalera, húmeda con la niebla de la mañana, y se arrojaba en los brazos de su hermano, apartándose luego del fraternal abrazo para estrechar en su pecho, con arrebatos de pasion, á una bella jóven, morena y pálida, pero que le era parecida con pasmosa semejanza.

La extranjera se entregaba á sus caricias con tierno abandono; mas ¿porqué á veces parecia distraída? ¿porqué sus ojos desviándose de la florida ribera, iban á buscar á lo lejos las azules siluetas de la cordillera?

--¡Guillermo! dijo al fin, cuando desembarcaban, yo he visto estas montañas-- ¿Donde? No lo sé.

--Sin duda fueron los Alpes, se adelantó á decir Matilde.

--Nó: no son tan puro sus perfiles.

--Pues entónces serian los Pirineos, replicó la petulante niña, empeñada en lucir su geografia de colegio.

--Mucho menos. Sin embargo, mis pies han caminado por senderos agrestes como esos que serpentean en aquellas fragosas vertientes.

--Las has soñado, Amelia mia, la dijo Guillermo, las has soñado en tu ardiente anhelo por América.

--¡Soñar con cerros! exclamó la aturdida muchacha con una mueca graciosa que hizo sonreír á Amelia, soñar con cerros, estando ahí nuestro hermoso Rimac, sus frescas alamedas, sus perfumados jardines....

El mio es delicioso. Cubierto está de rosales, jazmines, chirimoyos, suches, aromos, y á su sombra encontrarás abiertas todas las flores de Europa, que yo misma he sembrado para tí....

Dame la mano, Amelia, voy á hacerte los honores de nuestro suelo, y no quiero que te disloques un pié en las carcomidas gradas de nuestro embarcadero.

La bella forastera apenas la escuchaba. Abstraída por una estraña preocupacion, ni siquiera se apercibió del rápido movimiento que la conducía, y los

áridos campos y las frondosas arboledas pasaron ante sus ojos como los vapores fantásticos de un sueño.

En la estación de Lima los esperaba el Coronel; y Guillermo puso su esposa entre los brazos de su padre.

El coronel amaba apasionadamente á sus hijos y Amelia fué acogida con extrema ternura. Mas ¿por qué se estremeció al sentir aquel bigote cano tocar su frente? ¡Misterio!

Muy luego, riendo de su miedo pueril, respondía con un hermoso beso filial á las caricias del coronel, y apoyaba confiada la cabeza en su pecho cargado de cruces.....

Y los días corrieron para Amelia bellos como los celajes de la aurora. Espíritu de percepción exquisita, nadie como ella saboreó las delicias de esta mágica vida de Lima, en que todo halaga al alma y los sentidos; en que todo desde el cielo hasta el suelo, es aroma, luz y armonía.

Muchas veces corriendo con su hermana bajo la fronda de los jardines, se detenía de repente para beber en dobles aspiraciones el aura suave de nuestra atmósfera; aura deliciosa y letal qué anima y agosta las más hermosas flores.

Llegó un día en que Amelia, pálida y enflaquecida, pedía en vano á la brisa el aire que le faltaba á su pecho, y en que los rayos ardientes del sol de enero no pudieron ya calentar su aniquilado cuerpo.

Entonces, los graves doctores, reunidos en torno al lecho de Amelia, acordaron y esta vez profundamente consternados:

Que lleven esta niña á la Sierra; que haga una vida de completo reposo, que tome leche de cabras, que se distraiga, y Dios dispondrá lo que sea de su agrado!

Y á la mañana siguiente, Amelia, acompañada de su esposo y de su suegro marchaba á Jauja.

Seguíanlos, Matilde y una numerosa comitiva de amigos que se agrupaban en torno suyo, con esa solicitud de la despedida que nos causa un placer tan doloroso.

Todos guardaban silencio, el silencio con que se acompaña á los que van á buscar la salud por el fatídico camino de Maravillas, que tantos suben y que tan pocos vuelven á bajar.

Al llegar á las colinas que empiezan á hacer incómoda la ruta, el coronel detuvo el caballo de su hija, y dijo saludando á sus amigos:

--¡Caballeros, el día declina y estamos ya lejos. Hasta la vista! Y luego añadió señalando á Matilde, y como para alegrar la triste solemnidad de la despedida:

--He ahí esa dama que os confío. Requerid vuestras espadas para defenderla de los ladrones que infectan estas breñas.

Al oír aquellas palabras, Amelia se estremeció. En su mente surgió de súbito un extraño miraje, esa serie misteriosa de imágenes que, cual reflejos de la eternidad, aparecen de repente al espíritu, y brillan y se apagan con la luz y la rapidez del relámpago.

Matilde, al separarse de sus brazos, dijo llorando á los que la acompañaban:

Amelia no volverá más! Amelia vá á morir. Hay en su mirada una expresión extraña que nunca ví en ella.

En efecto, desde ese momento comenzó para Amelia una cadena interminable de alucinaciones.

Por momentos, allá en el horizonte de sus recuerdos, veía alzarse un mundo fantástico, imposible; y al fijarse en él su mirada, desaparecía para mostrarse de nuevo.

Otras veces eran extrañas intuiciones que le hacían decirse: Detrás de aquella colina hay un gran caserío entre dos establos. Y subía la colina con el corazón palpitante, y al llegar á su cima, quedábase yerta de asombro, encontrando el caserío y los establos, tales como los había soñado su imaginación. Y entonces esforzábale en persuadirse que todo lo que pasaba en ella desde que salió de Lima, era solo una prolongada pesadilla; porque tenía miedo, miedo de que fuera el delirio mortal de la locura.

Hubo un momento en que, pálida y con el pecho oprimido de extraña congoja, pensó:

Allí á la vuelta de un recodo, se abre una quebrada profunda. Formanla dos elevadas montañas que alzándose perpendiculares, roban la vista del cielo. En su fondo mujen las aguas espumosas de una cascada. Y ahí, al torcer el recodo, apareció la sombría quebrada en cuyo fondo rueda el Rimac sus aguas, blancas aun con la espuma de la caída.

Y Amelia, presa de un terror indecible, paseaba en torno ansiosas miradas, buscando entre los trozos de roca diseminados en los bordes del camino, algún objeto que desmintiera su fantasía.

De repente, pálida y temblorosa, se dijo--Hé allí la planta de doradas flores. Una niña las cojía y después lloraba, debatiéndose contra....¿contra qué?...Dios mío! hazme acordar de lo que era ese algo que causaba el llanto de la niña! Y sin saberlo, Amelia sollozaba amargamente. Su esposo y su padre la rodearon solícitos.

En ese momento, una figura extraña, una mujer envuelta en una manta negra, pálida como espectro, se alzó detrás de un peñasco gritando con lúgubre acento:

--¿Quién llora aquí? Nadie ha llorado desde aquel día.....Y mirando de repente al coronel, exclamó arrojándose á él, y asiéndose á la brida de su caballo:-- ¡Por fin te encuentro! Ladron de honras, ladron de niños, en vano te ocultas; en vano, para disfrazarte, has puesto nieve en tus cabellos; te reconozco! Salteador galoneado, ¿que hicisteis de mi hija?

--Es la ovejera loca de Huairos, gritaron los arrieros á tiempo que el coronel, dando espuelas á su caballo, se libertaba de aquel brusco ataque.

Pero la extraña aparición los siguió á lo lejos; y al trasponer las alturas, Amelia la veía siempre á la misma distancia, caminando en pos suyo con paso lento pero continuo.

Más cuando llegaban al tambo, en vano la buscaron sus ojos: había desaparecido.

Aquella noche, Amelia desvelada, como todos los enfermos del pecho, había

dejado su cama, y se pasaba meditabunda á la luz del fuego, en la triste sala del tambo. Guillermo y el coronel la acompañaban, y la preguntaban inquietos el motivo de su preocupacion.

La pobre jóven no podia decirlo; sin embargo estaba poseida de espanto. Sentia moverse y como despertar en ella un nuevo ser, un ser medio borrado que se identificaba con su espíritu y palpitaba en su corazon.

Y entonces, palpábase con angustia, preguntándose si era quizá una alma en pena, que se acordaba de su pasada existencia.

La rojiza llama del hogar arrojaba sobre las desnudas paredes resplandores fantásticos que añadian nuevos grados á su exaltacion.

De repente una mano cautelosa abrió lentamente la puerta, y un bulto negro se deslizó en el cuarto.

Era la aparicion de la quebrada.

La loca paseó en torno su vaga mirada, cual si buscase á alguien; y luego avanzó hasta el hogar, silenciosa, rígida y solemne como una estatua; cogió un tizon ardiendo, y sirviéndose de él como de una antorcha, se puso á buscar por todos los rincones de la sala.

Entonces, Amelia y sus compañeros vieron una mujer jóven aun, pero horriblemente aniquilada. Hondas arrugas surcaban su rostro marchito, y sus ojos tenian esa mirada fija, y por decirlo así, aérea de los cadáveres.

A su vista, Amelia olvidó su preocupacion, y conmovida hasta lo íntimo de su alma, se acercó á la demente, y la dijo con dulzura:--¿Qué buscas ahí, pobrecita? Ven á reposar te ruego, que es ya tarde y hace mucho frio.

--Busco al hombre galoneado, respondió ella sin mirar á Amelia, y siguió impasible su camino.

Pero Amelia cogió sus manos con cariñoso afán, atrájola en pos de sí, y la hizo sentar al lado del fuego.

VI

HISTORIA DE LOS CAMINOS

La infortunada se dejó conducir con triste docilidad. Cruzó las manos sobre sus rodillas, y contempló largo tiempo, pensativa y silenciosa la móvil llama del hogar.

Poco á poco, sus apagados ojos comenzaron á animarse y resplandecer como iluminados por una luz interior; y en sus labios vagó una sonrisa juvenil que hizo brillar en la sombra sus dientes blancos como perlas.

--¡Estevan! gritó derepente, quien dijo que Estevan murió! Mentira! Hélo allí, jóven, alto y lijero. Baja con las ovejas de Casa-blanca. Es él, el mismo; esos son sus ojos, esos son sus negros cabellos. Me llama!

No! aléjate, Esteban. El cura no quiere que pastemos juntos nuestros rebaños, porque somos todavía muy jóvenes para casarnos. Como si en cualquiera edad no se

podiera amar, alabar á Dios y ser feliz. ¡Feliz! Ah! yo no puedo serlo; si el cura nos ha separado. Tú llevas el ganado á las alturas, y yo me quedo sola en el valle, sola con las cabras que aunque saltan alegres, no pueden darme una gota de su gozo. Todo esto lo sabes ni muy bien; pero ah! tú no has sabido jamas que....¡Se aleja! no quiere oírme! Ven Esteban, ven. Yo te lo diré ahora, ahora que el tiempo y el dolor han curtido mi rostro, y que la vergüenza no puede ya subir á mi mejilla.

Hé allí la peña donde yo lloraba esperando la tarde, la tarde que nos reunia á la luz de fuego, bajo los sauces de nuestro patio. De esa hondonada salió la voz del militar que me llamaba. Yo tuve miedo, y huí; pero él montaba un caballo veloz y me persiguió, me alcanzó, echó pié á tierra, luchó conmigo, y me ultrajó....

Y desde ese día, ya no quise verte, y huía de tí.... y te dije: Esteban, no puedo ya ser tu mujer. Y entonces te amaba mas que nunca. Pero debiais creerme inconstante y liviana; y al despedirte de mi me arrojaste llorando una maldicion.

Despues....un día mi padre púsose á mirarme fijamente y me dijo:

--Tú eres una mujer infame; has deshonrado mis canas, y manchado la casa de tu padre. ¡Vete!

Y alzando la mano sobre mi cabeza, me maldijo.

Y yo anduve errante largo tiempo, huyendo como una fiera, de valle en valle, de montaña en montaña, desnuda, hambrienta, miserable. Pero al lado de mi dolor se elevaba una santa alegría. Dios se habia apiadado de mí, y en el camino de mi infortunio habia hecho nacer una flor....¡Mi hija!

Y pronunció estas palabras con un acento de ternura íntima, imposible de reproducir, y que solo se oye en las chozas de los indios.

Amelia lloraba, Guillermo se hallaba profundamente conmovido, y el coronel, pálido y sombrío, estaba absorto en una profunda meditacion.

--¡Mi hija! continuó la india, mi hija! No me cansaba de repetir este nombre; y olvidé el tuyo, Esteban. No te enojas contra mí: así son todas las madres.

Entonces lejos de ocultarme, fui á pedir trabajo y pan á las haciendas inmediatas.

Los pastores de Huairos tuvieron lástima de mí, me acogieron entre ellos, y me dieron una cabaña.

Y yo guardaba el ganado, llevando á mi hija acurrucada á mi espalda, como un pajarillo en su nido. Contemplábala desde la mañana á la noche y cada día era mas feliz.

Pero á medida que mi hija crecía, mi gozo se cambiaba en inquietud. Volvíme huraña y recelosa, y temblaba de miedo cuando algun forastero acariciaba á mi hija porque ¡ay! Esteban, las pobres indias nada pueden poseer en paz, ni aun á sus hijos.

Dicen que nuestros padres, poderosos en otro tiempo, reinaron en este suelo que nosotros pagamos tan caro; y que los blancos viniendo de una tierra lejana, les robaron su oro y su poder. No sé si es eso cierto, pero ahora que somos pobres, ahora que nada pueden ya quitarnos, nos roban nuestros hijos para hacerlos esclavos en sus ciudades.

Por eso yo guardaba á mi hijita con un miedo que se aumentaba cada día,

porque cada día se volvía más linda. Nunca la dejé en casa; y aunque la pobrecita se fatigaba, llevéla siempre conmigo al campo, guiando el ganado por los parajes más lejanos de las sendas que frecuentan los soldados y los viajeros.

Así, ocultándola de todos, del sub-prefecto, del hacendado, del cura, llegó mi hija a los cinco años.

Un día...y la india, llevando las dos manos a los ojos, se inclinó hasta el suelo, dando un gemido.

Amelia sentada sobre las rodillas, escuchaba inmóvil, muda, anhelante. De vez en cuando posaba la mano sobre su frente como para avivar un recuerdo. La india prosiguió:

--Un día faltó el pasto en las alturas, y fué preciso bajar al valle.

Muerta de miedo, y llevando a mi hija en los brazos, caminaba con el ganado, escondiéndome entre los peñascos y en las hondonadas de los cerros.

Pasaron las horas, y el camino estaba desierto. El sol iba a ponerse; y yo subía ya con el ganado a la hacienda. De repente mi hija vió una mata de arirumas al lado del camino; y soltando mi mano, bajó corriendo sin hacer caso de mis gritos.

Amelia se había levantado. Con las manos juntas, el cuerpo inclinado, y los ojos fijos en el rostro de la india, escuchaba su voz como si fuera un eco lejano.

A ese tiempo, continuó la india, sonaron cornetas en el valle y un regimiento comenzó a desfilar por la orilla del río.

Cuando saltando peñas, corría yo tras mi hija, vi un soldado, que llegando a carrera, la arrebató sobre su caballo.

Yo le quité mi hija; pero en ese momento, un hombre se arrojó sobre mí, y arrastrándome por los cabellos, me despeñó en un barranco.

Al caer ví a ese hombre. Era el oficial que seis años antes me ultrajó en esos mismos sitios, y que ahora me robaba mi hija, mi pobre hijita que me llamaba... ó...

La india se interrumpió de súbito. Su mirada había encontrado el rostro de Amelia. Fijó en ella los ojos con expresión de angustiosa duda, y gritó de repente --¡Cecilia!!!

--Mamá--murmuró Amelia, cayendo desmayada en los brazos de la india.

Guillermo se precipitó hacia ella, y la tomó en sus brazos. Pero Amelia, volviendo en sí, lo rechazó con terror.

--¡Desventurado!--esclamó--huye lejos de mí. ¿No comprendes? ¡Soy tu hermana!

El coronel estrechando sus sienes entre las crispadas manos, huyó de allí, dando roncós gritos.

Al siguiente día, los cabreros de la montaña encontraron su cadáver, devorado por los buitres, en el fondo de un despeñadero.

CONCLUSION

Poco tiempo después, un día en el convento de Ocopa tenían lugar a la misma hora dos solemnes ceremonias.

En el templo tomaba el hábito un religioso.

En el cementerio abrían una tumba.

El prelado, al fin de la ceremonia, dijo al novicio, dándole su bendición--

--La paz del señor descienda a vuestra alma, hermano Guillermo.

Sobre la tumba colocaron una lápida con este nombre--Cecilia.

El novicio, los ojos bajos, los pies descalzos y apoyado en el báculo del peregrino, besó la mano al prelado y partió a lejanas misiones.

El sepulcro quedó solitario. Las golondrinas se posaban tranquilas sobre su cornisa de mármol, y tendían al sol sus trémulas alas. Pero cuando la noche descendía al valle, y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, los religiosos del convento veían una sombra que deslizándose bajo los álamos a lo largo de la alameda, entraba en el cementerio y velaba prosternada e inmóvil la tumba de Cecilia.

Fausto Burgos

(1888 – 1953)

Nació en Medinas, Provincia de Tucumán, pero pasó la vida viajando por todo el país y por el continente sudamericano. Trabajó como periodista y escritor, con una amplia producción de poesía, artículos, cuentos y libros. Ganó el Primer Premio de Literatura por la región Norte por su libro *El Surumpio* y el Premio Municipal de Mendoza por *Kanchis Soruko*. Sus libros de cuentos *La cabeza del huiracocha: Cuentos keswas* y *Cachisumpi: Cuentos de la Puna* revelan el abuso del indígena en el contexto peruano y argentino respectivamente.

Referencia:

Larraya, Antonio Pagés. "Fausto Burgos." *Cuentos de nuestra tierra*. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952. 273.

LA SONRISA DE PUCA-PUCA

EL viejo Puca-Puca ha cogido su honda de pastor montañés y ha arrojado una piedra. A un centenar de metros, el hato de llamas se arremolina. Ahora, los ramales de la honda, como dos víboras overas, penden de la mano sarmentosa del pastor.

Puca-Puca coquea despreocupadamente, humildemente, cual un manso buey que rumiara a la sombra del árbol amigo.

Se aproxima un caballero, jinete en una jaca torcida. El viento de la puna sopla huracanado. Indiferente, inmóvil, silencioso, la mirada aguanosa, permanece Puca-Puca, de pie en el patio de su choza de piedra. No es don Rodolfo, el amo de Puca-Puca, el que llega.

—Buen día, Puca-Puca — dice alegremente el caballero.

Denso vapor se levanta de la grupa redonda de la jaca.

—Buen día, señor — contesta el viejo Puca-Puca.

—¡Qué Puca-Puca éste!... ¿Que ya no te acordais de mí?...

El viejo fija en el recién llegado sus ojos penetrantes. Al reconocerlo, responde mansamente:

—Sí, señor.

—Yo soy José María.

—Sí, señor.

Puca-Puca no ha dejado de coquear. El bulto de acuyico resalta en la mejilla exangüe.

—Te acordais cuando me hacías montar sobre las llamas?

—Sí, señor.

—¡Y qué memoria tenís!... Hace más de quince años!...

¡Quince años y más!... Ya me vís, estoy hecho un hombre...

—Sí, señor.

El caballero es un mozo que frisa en los veintidós años, de corta estatura, carilleno, la tez color de palo seco, los ojos hermosos, interrogadores, el pelo negro, el labio inferior grosezuelo y lacio, la musculatura recia. José María, viste a lo señorito gauchesco: gasta bota alta y charolada, pañuelo de seda

anudado al cuello, fino poncho de vicuña y sombrero de amplias alas.

—¡Con que te acordais de mí! — exclama fisgando el recinto de la choza esquiva.

—Sí, señor.

—¡Qué Puca-Puca!... ¿Y las canas, Puca-Puca? ¿Apunta alguna ya?

—No, señor.

—Lo que es a vos... ¡Qué coya duro!

—Así será pú señor...

—¿Hace mucho que vino por aquí mi padre?

—Muy *cuántua*...

—¡Ajám!... ¿Y son muchos los arrendatarios de la hacienda?

—Sí, señor.

—¿Como cuántos?

—Cuatro, señor.

—Muchos... eh!... ¿Quienes?

—El Quipildor, el Guari, el Tomás Mayu, el Melchor Cachiyuyo.

—Qué te parece Puca-Puca... ¿Por dónde habré andado yo durante los años de ausencia?

—No sé, señor.

—¡Qué coya duro! Mejor hablarle a una piedra...

—Sí, señor.

José María, se apea medio amoscado. Ha venido con ganas de echar una parrafada con el viejo pas-

tor que cuida del hato de llamas en la soledad inmensa del altiplano.

Desde una ramada, dos ojos de mirar somnoliento, acechan al peregrino. El mozo manea su caballo y con paso marcial se dirige hacia donde llamean los tizones de tola. El viejo Puca-Puca, va detrás, tocada la cabeza con su sombrero ovejuno.

—¡Hola!... ¡Que estais grande y linda! — exclama sonriente al mirar a una zagala. — ¡Efigenia!

La muchacha que ha estado en cuclillas renovando la tea del fogón, se pone de pie y saluda con acento humilde:

—Buen día, señor.

—¡Efigenia! ¡Qué grande y qué linda te encuentro! No tan crecida como linda... ¿Te acordais de mí?

—Sí, señor — contesta y en sus labios finos y bermejos apunta una sonrisa tentadora.

—¡Efigenia! ¿Querís creer que no te he podido olvidar? Dame la mano.

Extraño frío recorre el cuerpo de la zagala. Ingenuamente extiende la mano, una mano morena y cálida. El caballero se la oprime amorosamente.

El viejo Puca-Puca no despega los labios.

—¡Efigenia! ¡Mi novia de muchacho! ¿Te acor-

dais de mí, Efigenia?

—Sí, señor.

La moza palidece.

—Yo te escribí varias cartas desde Buenos Aires... Le pedí a mi hermano que te las entregara... ¿Recibiste alguna?

—No, señor.

El viejo Puca-Puca interviene receloso y humilde:

—¿Y pa qué, pú... señor?...

—Vos no metais tu cuchara de palo... Si yo quiero me casaré con tu hija. ¿Qué más querís vos?

—Sí, señor.

Efigenia sonríe azorada al ser requerida por el hijo del amo.

—Lo que no me gusta nada es verte vestida así, como una coya del cerro...

Efigenia calza ojotas monteses, lleva una falda amplia, corta, tableada, manta de vicuña y sombrero ovejuno. En las orejas luce macizos pendientes de oro.

—Parecís una coya bola con ese traje...

La joven se ruboriza y dice:

—Sí, señor.

A mí no me gusta verte vestida de esa laya. ¡Qué coya tacaño tu tata! Este coya comería caldo de pie-

dra por no degollar una llama...

Tras breve silencio, el mozo agrega con guasa:

—Efigenia... ¿me querís tener de plantón? Dame un banco o algo en que sentarme.

La moza le ofrece una silla baja de respaldar, con el asiento de cuero.

Puca-Puca, inmóvil, la mirada clavada en el piso terrero, coquea afanosamente.

—¿Querís traer mis alforjas, Puca-Puca?

—Sí, señor.

Sale el viejo pastor chasqueando las ojotas.

—¡Efigenia! — exclama enamorado, la coge por los brazos, la atrae hacia sí, la oprime y con labios sensuales, sedientos, sella sus labios finos y bermejos. Ella, esquiva como vicuña montés, ha querido desasirse, taparse la boca. Después... confusa, arrepentida, ha exclamado, con voz cautelosa:

—¿Y pa qué, pú... señor?...

—¡Efigenia!

Nuevamente ansía besarla. Abrázala. La coge por el talle. Ella tiembla. ¡Oh la vicuña montés! ¡Los labios! ¡Los labios! Ahora cubre sus labios, sus labios finos, tersos, húmedos, con la mano contraída y enérgica. El la besa en los ojos y la suelta al escuchar el chasquido de las ojotas del pastor.

Puca-Puca adivina lo que ha ocurrido; mira a los dos jóvenes y su mirada es aguanosa y tranquila.

Y sonríe con sonrisa enigmática, mostrando la hileras de dientes desgastados y verdosos.

...
—¿Querís ver lo que he traído para vos?...

—Sí, señor.

—Para este viejo no he traído nada... Para vos, sí... Sacá lo que hay en las alforjas.

Efigenia desata tímidamente un paquete envuelto con papel de periódico.

Puca-Puca está callado; pero ideas de luto y espanto le bullen en el magín. Piensa que ha bajado el cóndor enemigo de las llamas; el cóndor que les arranca los ojos y la lengua antes de matarlas...

—Este traje es para vos... Lo elegí a mi gusto... Me dijeron que habías crecido poco... No sé si te irá bien... Te lo probarás...

Efigenia observa cariñosamente la blusa y la falda. Y sus dedos de hiladora acarician la seda. Nunca había visto un traje igual.

—¿Te gusta, Efigenia?

—Sí, señor.

—No me digais señor; José María, a secas...

El pobre Puca-Puca herido en el corazón, torna a preguntar con voz débil, mirándolos con ojos vergonzosos y turbios:

—¿Y pá qué, pú... señor?...

—Ya te dije que no metieras tu cuchara de palo...

Si yo quiero, me casaré con tu hija... Dale gracias al diablo por lo que no te la llevo... ¿Qué más querís vos?

—Sí, señor.

—Y zapatos y medias. Zapatos de charol y medias de hilo. No te quiero ver con esas ushutas de coya. Estos coyas, talón rajao, no se quitan las ushutas ni para dormir...

Puca-Puca glosa algo en voz baja.

—¿Decís que miento?

—No, señor.

José María sonríe resueltamente y deja ver sus dientes, albos, fuertes.

—Efigenia... ¿te gusta lo que te he traído?

—Sí, niño José María.

—Quítale el niño. Soy hombre. A ver: conteste como debe contestarme y míreme a la cara...

Efigenia alza sus ojos de mirar somnoliento.

—Sí, José María...

Dos lágrimas ardientes corren por las mejillas de Puca-Puca. Los mozos no vieron esas lágrimas.

—Así me gusta, *churita*... Ahora sacá lo que hay en ese paquete. Todo esto para este Puca-Puca ta-caño y desconfiado. ¿Entendís?

—Sí, José María.

—Dos kilos de coca y dos botellas de caña...

—¿Qué más querís Puca-Puca?

—Sí, señor.

Efigenia desenvuelve la coca y con sus dedos menudos, palpa las hojas secas que despiden grato olor.

Si un amigo le hubiera regalado veinte céntimos de coca, veinte céntimos de *pastillas verdes* ¡cómo se habría holgado Puca-Puca!

—Tenís para coquear durante dos meses Puca-Puca...

—Sí, señor.

José María coge un puñadito de hojas y comienza a coquear.

—A ver, Efigenia... dame la botella. Quiero que echemos un trago con el viejo Puca-Puca.

José María bebe con avidez.

—...Puca-Puca... te llegó el turno; para qué desatís la lengua.

El viejo empuña la botella y bebe con largura.

—Tenís algo que convidarme?

—No, señor.

—¿Y eso de la olla?

—Es mote — dice Efigenia con humildad y lo mira blandamente.

—Mote de coyas...

Se oye el borbotar de un puchero.

José María quiere que le aderecen de comer.

—Puca-Puca... ¿tenís un cabrito?

—No, señor.

—Mentís... Vete a desensillar mi caballo.

El viejo sale de prisa, la cabeza gacha. Ideas de luto y de espanto le bullen en el magín. Ha bajado el cóndor!... Tiembla y palidece la vicuña montés. Y están empañados sus ojos ensoñadores.

José María tiene en la mano un frasquito de perfume.

—¿Te gusta, coyita?... Lo traje para vos.

—Sí, José María.

Ella sólo ha percibido el grato aroma del humo blancuzco de los tizones de tola.

Ahora el mozo vierte unas gotas sobre el suave chal de vicuña.

.....
—Bésame en la boca...
.....

Ella experimenta un estremecimiento convulsivo cuando el caballero la besa en los labios y en los ojos.

II

¡Adiós dilatadas praderías donde holgábanse las llamas! ¡Adiós choza de piedra construída en la soledad del altiplano! ¡Adiós helado viento de las cumbres! ¡Adiós yantar mezquino! ¡Adiós grato aroma de la tola!

A la zaga del hato de llamas, a pie va el pastor. Calza ojotas, enorme sombrero ovejuno, pantalones de recio cordellate; lleva las alforjas al hombro. Sobre el poncho color de guanaco, viste un poncho azul.

Las llamas caminan pausadamente, la mirada vaga y triste perdida en el infinito. Son llamas negras, retintas, cuyos muelles vellones, acarició mil veces en las tardes opalinas, en las mañanas alegres, en las siestas largas, la mano ruda del pastor.

De rato en rato, al pasar, cortan la pálida mata de iro.

Puca-Puca coquea y coquea, como si revolviendo el cálido acuyico encontrara el remedio de su mal....

¡Se ha encumbrado el cóndor!

¡Efigenia!...

¿En qué acabaron aquellos paliques entablados mientras en el llar ardía una buena lumbrada?

¡Se ha encumbrado el cóndor!

¡Adiós choza de piedra! ¡Adiós grato aroma del humo blancuzco de la tola! ¡Efigenia! Días antes el caballero la había fotografiado. Ella se atavió con fastuosas galas. Ya no era la humilde pastora que iba detrás de las llamas hilando a huso, la que calzaba menudas ojotas, la del sombrero

ovejuno, la del chal de vicuña y de los macizos pendientes.

Y una tarde emparejados, se alejaron...

Puca-Puca rumia silenciosamente su acuyico, su cálido acuyico que adormece la lengua, entretiene el hambre y amengua los latidos del corazón.

Hace una mañana fresca. El ambiente es diáfano. Pastor y ganado van por un camino de herradura. Cerca, el paredón de los cerros rojizos de donde sale el viento huracanado y frío.

Atravesarán el altiplano. ¿Adónde irán ganado y pastor?

¡Adiós choza de piedra! ¡Adiós dilatadas mesetas!

A intervalos, cuando las dóciles llamas, las llamas negras, retintas, de ojos grandes y tristes, se paran y cortan las pálidas matas de *iro*, Puca-Puca contempla el retrato de Efigenia y horrible angustia le hace presa.

III

Habían andado durante tres días y sus noches. En los alrededores silenciosos de Villazón, se detuvieron. Era tiempo de feria. Las humildes bestias, dóciles y tristes, cambiarían de dueño. Llegaron

anohecido. El, acarició por última vez los vello-nés muelles, largos, retintos. Y aún tuvo ánimo para poner en las orejas ágiles, unos hilillos rojos a guisa de pendientes... Después... ellas, vencidas del sueño, doblaron las patas y rumiando se durmieron. Puca-Puca se puso en cuclillas y escondió la cara entre las haldas de sus pochos.

Al amanecer, otro pastor de llamas vino a despertarlo. Lo llamó y le destapó la cara. Tenía un retrato en la mano sarmentosa y fría... Estaba muerto. Una sonrisa inquietante, enigmática, se insinuaba en sus labios...

DON CARLOS Y CHAYLE



ayó de la noche a la mañana el millonario; quienes le vieron por primera vez, no pensaron que era hombre "chaludo", porque vestía como un ingeniero, como un doctor. ¿Sabían acaso que don Carlos tenía en Buenos Aires tres estancias con mucho ganado fino? ¿Calculaban que era capaz de gastarse doscientos mil pesos de una sentada? ¿Sabían que sus capataces eran hombres

blancos, rubios, que tenían automóvil propio?

Cayó en la villita puneña de la noche a la mañana y fué a instalarse en su chalet, un chalet parecido a esos que hay en Témperley, en Lomas, en Banfield. Su precioso chalet se llamaba Villa Elvira.— Villa Elvira, ¿porqué?

—Cómo será . . .

Había traído consigo a su mujer y a un hijo de diez años. Seis varones tenía estudiando en Buenos Aires.

—Villa Elvira. ¿por qué? — pregunté a Quispe, quien había servido de peón de mano.

—Cómo será, señor.

En una ocasión lo sentí hablar. Todavía no nos conocíamos. Don Carlos decía entonces: "Hechos, hechos y no palabras. Indiquenme un punto de apoyo y con mi alanca, doy vuelta al mundo. . . Traeré a la Puna hombres de acción, hombres sanos e inteligentes. ¿Que no hay aquí en qué ganar plata? No es cierto. Eso diría un ciego. Haremos de esta aldea, una aldea veraniega; tiene un clima admirable. En Buenos Aires la gente suda que da miedo; aquí, aquí se siente frío. A las dos de la tarde se puede andar por medio de la calle y hasta sin sombrero. ¡Hechos y no palabras! ¿Necesitaban un molino?; ya tienen dos molinos a motor; ¿necesitaban carros de mulas?; ya tienen cuatro camiones flamantes. ¿Qué más? Indiquenme un punto de apoyo, que levantaré el mundo.

El otro día fui a visitarlo.

—He comprado las minas de Puma-Huasi y las de San de Azúcar, ¿sabe?

—No sabía, don Carlos.

—¿Sabe?; Ahora voy a cambiar los medios de transporte; no quiero ver ni burros, ni llamas, ni indios desahucados. Traeremos en camiones el mineral.

—Muy bien.

—¿Y qué me dice?

—Está muy bien, don Carlos; todo eso puede ser he-

cho por usted, que es un hombre entusiasta que le sobra la plata.

—Jamás pensé en derrocharla.

Se caló los lentes y me miró ahincadamente.

—Amigo, usted me puede hacer un servicio.

—Si es que puedo, cómo no . . .

—Deseo comprar toda la manzana en que tengo los molinos. Chaile no me quiere vender su casa, su "cueva", amigo; porque eso no puede llamarse casa . . . ; las paredes, de barro, el techo, de cañas atadas con tientos y de paja de íro; los pisos, de tierra; las puertas, de cardón. Quiero construir, en ese sitio, un chalet.

—¿Y?

—Como usted es amigo de Chaile, espero que le sacará el sí . . .

—Veremos.

Chaile, que estaba sentado en el umbral, se entró cuando nos vió llegar.

—¡Qué gente, amigo! Para que el progreso se abra paso, es menester eliminarlos . . .

—¿Nos recibirá?

—Sí.

Yo no golpeé las manos.

—Pase, pase, don Carlos.

Nos hizo esperar media hora.

—Vea, Chaile, mi amigo don Carlos le ofrece dos mil pesos por su casa. Usted sabe, compadre, que le hace una buena oferta.

—Así es, amigo — aseguró don Carlos.

—¿Y a mí qué me supone, señor?

—Se la puede vender por dos mil pesos.

—No ha de ser su brote...

Se impacientó don Carlos; Chaile le puso mala cara; era el hombre humilde defendiendo su casa, su casa de paja y terrón, en cuyo patio crecían un sauce y una queflun; era el padre defendiendo la casa en que habían nacido los hijos; era el tejedor defendiendo la casa en que tenía armado su telar de palos de cardón. Sobre el fleco de iro de la techumbre, a la madrugada, se posaba el guai-cho, que silbando arreaba las llamas de un pastor muerto...

—Véndasela, compadre; mire que le conviene.

Chaile tiró el acuyico.

—Es la última vez que vengo a ofrecerle dos mil pesos por la casa.

—Yo no lo llamé, señor.

—Además, su casa es del tiempo en que volaban las viboras.

—¿Y pa' qué la quiere comprar, señor?

—Para echarla abajo.

—¡Qué churo que había sido! No se ha de ver en ese espejo.

—¡Y qué techos tienel... Cañizos y tientos...

—Dejemelá así...

—Afloje, compadre.

—Como está tironeando un abajeño, no aflojo... ¡No ha de ser su brote!..

—¿Abajeño?

—Sí, pues... Usted es abajeño, señor.

—¿Y qué quiere decirme con eso?

—Que es abajeño, señor; yo soy coya... yo soy

indio... Lo que debe hacer es mandarse a ir pa' su rra. Ya espantó a los burros, a las llamas y acabó a los arrieros. ¡Ahora nos quiere quitar hasta la casa que hemos hecho con las manos! ¿En dónde nos tendremos que refugiar, señor?...



Pedro Inchauspe

(1896 – 1957)

Pedro Inchauspe fue un periodista y escritor de Córdoba cuya obra enfoca en la vida del campo argentino y especializa en la cultura gauchesca. Publicó varias obras no ficticias sobre este tema como *Voces y costumbres del campo argentino* (1942) y *La tradición y el gaucho* (1956) pero también escribió cuentos para niños sobre estos temas. Pasó tiempo con grupos indígenas en Chubut donde trabajó como maestro enseñándoles a leer. La crítica sobre el abuso de esta gente aparece en su colección de cuentos *Allá en el sur* (1939).

Referencia:

Berdiales, Germán. *Pedro Inchauspe compañero, amigo, hermano*. Editorial Kapelusz, 1960, Buenos Aires.

The scanned materials included here are in the public domain and have been provided here for educational purposes only. The stories that do not appear here have been omitted due to copyright law.

Horacio Quiroga

(1878 – 1937)

Hoy en día Quiroga está reconocido como el maestro del cuento latinoamericano. Aunque nació en Salto, Uruguay, Horacio Quiroga se puede considerar un escritor argentino o rioplatense porque la mayor parte de su carrera literaria transcurrió en Argentina, específicamente en Buenos Aires y Misiones. Su vida fue marcada por tragedias incluyendo la muerte de su padre, el suicidio de su padrastro y un accidente en que Quiroga mató a su mejor amigo. Por eso mucha su obra se caracteriza por el fatalismo y la violencia. Otra influencia muy importante en el estilo de Quiroga fue el escritor norteamericano Edgar Allen Poe. Algunas de sus obras más conocidas son sus libros de cuentos incluyendo *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *Anaconda* (1921) y *Mas allá* (1935).

Referencia:

Larraya, Antonio Pagés. "Horacio Quiroga." *Cuentos De nuestra tierra; Estudio Preliminar*. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952. 163.

por caer, chorreando su hirviente sebo, justo en la cabeza y el lomo del infernal escuerzo, que, herido y ciego por la ardiente ebullición de la grasa, rompió a saltar en derrota hasta el fogón dormido. Allí concluyó todo: las brasas se desnudaron cuantiosas e ígneas, cayó la bestia confundándose en pasajera nube de ceniza, chirrió la grasa, sonó la panza, hinchada de furia con estampido de cohete, y un largo silbido maligno subrayó la muerte de la innoble encarnación diabólica.

En lejano rumor llegó del pueblo una ascensión de campanas. ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Cristo nació para la redención del mundo!

En el medio del fogón, de un bulto negruzco surgía carbonizada una pata, de donde, plácida, se desprendía una llama inverosímilmente azul.

Extraña transfiguración nos poseía, y entonces, confiado en la exhortación de mis ruegos, formulé deseos ante aquel Niño de cera, capaz de hacer milagros:

«Acuérdate de la calamidad que agosta a la tierra. Sólo el hombre salva, porque el don de lucha aguzó su inteligencia de bestia superior y así supo, por tus obras, cavar pozos para siempre tener agua; plantar sus alimentos y regarlos, cebar los irracionales domésticos, para vivir de sus carnes..., pero lo demás carece de tal fortuna; para el campo, los árboles, las aves, las flores, todo lo imposible de mantener artificialmente, la seca simboliza muerte. Sea, pues, para ellos tu piedad.»

Continuaba allá en lontananza la ascensión de las campanas; la pequeña imagen del Niño milagroso, caldeada por la proximidad de las velas y el aliento de los animales en adoración (propios para mitigar el frío invernal de las Navidades del Hemisferio Norte) comenzó a derretirse.

Nadie, empero, se atrevió a intervenir y la cera, cayendo en estalactitas por la orilla de la mísera mesa de pino, hacía en el suelo como grandes y extrañas flores muy blancas.

Proc.: *Rosaura y otros cuentos*, Losada, Buenos Aires. © Herederos de Ricardo Güiraldes.

Acosta, mayordomo del *Meteoro*, que remontaba el Alto Paraná cada quince días, sabía bien una cosa, y es ésta: que nada hay más rápido, ni aun la corriente del mismo río, que la explosión que desata una damajuana de caña lanzada sobre un obraje. Su aventura con Korner, pues, pudo finalizar en un terreno hartamente conocido de él.

Por regla absoluta —con una sola excepción—, que es ley en el Alto Paraná, en los obrajes no se permite caña. Ni los almacenes la venden, ni se tolera una sola botella, sea cual fuere su origen. En los obrajes hay resentimientos y amarguras que no conviene traer a la memoria de los mensús*. Cien gramos de alcohol por cabeza, concluirían en dos horas con el obraje más militarizado.

A Acosta no le convenía una explosión de esta magnitud, y por esto su ingenio se ejercitaba en pequeños contrabandos, copas despachadas a los mensús en el mismo vapor, a la salida de cada puerto. El capitán lo sabía, y con él el pasaje entero, formado casi exclusivamente por

* Trabajador *mensual* de obraje forestal. Por asimilación con el guaraní se ha abreviado y acentuado en la última sílaba.

dueños y mayordomos de obraje. Pero como el astuto correntino no pasaba de prudentes dosis, todo iba a pedir de boca.

Ahora bien, quiso la desgracia un día que a instancias de la bullanguera tropa de peones, Acosta sintiera relajarse un poco la rigidez de su prudencia. El resultado fue un regocijo entre los mensús tan profundo que se desencadenó una vertiginosa danza de baúles y guitarras que volaban por el aire.

El escándalo era serio. Bajaron el capitán y casi todos los pasajeros, siendo menester un nueva danza, pero esta vez de rebenque, sobre las cabezas más locas. El proceder es habitual, y el capitán tenía el golpe rápido y duro. La tempestad cesó en seguida. Esto no obstante, se hizo atar de pie contra el palo mayor a un mensú más levantisco que los demás, y todo volvió a su norma.

Pero ahora tocaba el turno a Acosta. Korner, el dueño del obraje cuyo era el puerto en que estaba detenido el vapor, la emprendía con él:

—¡Usted, y sólo usted, tiene la culpa de estas cosas! ¡Por diez miserables centavos echa a perder a los peones y ocasiona estos bochinches!

El mayordomo, a fuer de mestizo, contemporizaba.

—¡Pero cálese, y tenga vergüenza! —proseguía Korner—. Por diez miserables centavos... Pero le aseguro que en cuanto llegue a Posadas, denuncio estas picardías a Mitain.

Mitain era el armador del *Meteoro*, lo que tenía sin cuidado a Acosta, quien concluyó por perder la paciencia.

—Al fin y al cabo —respondió— usted nada tiene que ver en esto... Si no le gusta, quéjese a quien quiera... En mi despacho yo hago lo que quiero.

—¡Es lo que vamos a ver! —gritó Korner, disponiéndose a subir. Pero en la escalerilla vio por encima de la baranda de bronce al mensú atado al palo mayor. Había o no ironía en la mirada del prisionero; Korner se convenció de que la había, al reconocer en aquel indiecito de ojos fríos y bigotitos en punta a un peón con quien había tenido algo que ver tres meses atrás.

Se encaminó al palo mayor, más rojo aún de rabia. El otro lo vio llegar, sin perder un instante su sonrisita.

—¡Conque sos vos! —le dijo Korner—. ¡Te he de hallar siempre en mi camino! Te había prohibido poner los pies en el obraje, y ahora venís de allí... ¡Compadrito!

El mensú, como si no oyera, continuó mirándolo con su minúscula sonrisa. Korner, entonces, ciego de ira, lo abofeteó de derecha y revés.

—¡Toma..., compadrito! ¡Así hay que tratar a los compadres como vos!

El mensú se puso lívido, y miró fijamente a Korner, quien oyó algunas palabras:

—Algún día...

Korner sintió un nuevo impulso de hacerle tragar la amenaza, pero logró contenerse y subió, lanzando invectivas contra el mayordomo que traía el infierno a los obrajes.

Mas esta vez la ofensiva correspondía a Acosta. ¿Qué hacer para molestar en lo hondo a Korner, su cara colorada, su lengua larga y su maldito obraje?

No tardó en hallar el medio. Desde el siguiente viaje de subida, tuvo buen cuidado de surtir a escondidas a los peones que bajaban en Puerto Profundidad (el puerto de Korner) de una o dos damajuanas de caña. Los mensús, más aullantes que de costumbre, pasaban el contrabando en sus baúles, y esa misma noche estallaba el incendio en el obraje.

Durante dos meses, cada vapor que bajaba el río después de haberlo remontado el *Meteoro*, alzaba indefectiblemente en Puerto Profundidad cuatro o cinco heridos. Korner, desesperado, no lograba localizar al contrabandista de caña, al incendiario. Pero al cabo de ese tiempo, Acosta había considerado discreto no alimentar más el fuego, y los machetes dejaron de trabajar. Buen negocio en suma para el correntino, que había concebido venganza y ganancia, todo sobre la propia cabeza pelada de Korner.

Pasaron dos años. El mensú abofeteado había trabajado en varios obrajes, sin serle permitido poner una sola vez

los pies en Puerto Profundidad. Ya se ve: el antiguo disgusto con Korner y el episodio del palo mayor habían convertido al indiecito en persona poco grata a la administración. El mensú, entretanto, invadido por la molición aborigen, quedaba largas temporadas en Posadas, vagando, viviendo de sus bigotitos en punta, que encendían el corazón de las mensualeras. Su corte de pelo en melena corta, sobre todo, muy poco común en el extremo norte, encantaba a las muchachas con la seducción de su aceite y sus violentas lociones.

Un buen día se decidía a aceptar la primer contrata al paso, y remontaba el Paraná. Chancelaba presto su anticipo, pues tenía un magnífico brazo; descendía a este puerto, a aquél, los sondaba todos, tratando de llegar adonde quería. Pero era en vano: en todos los obrajes se le aceptaba con placer, menos en Profundidad; allí estaba de más. Cogíalo entonces nueva crisis de desgano y cansancio, y tornaba a pasar meses enteros en Posadas, el cuerpo enervado y el bigotito saturado de esencias.

Corrieron aún tres años. En ese tiempo el mensú subió una sola vez al Alto Paraná, habiendo concluido por considerar sus medios de vida actuales mucho menos fatigosos que los del monte. Y aunque el antiguo y duro cansancio de los brazos era ahora reemplazado por la constante fatiga de las piernas, hallaba aquello de su gusto.

No conocía —o no frecuentaba, por lo menos— de Posadas más que la Bajada y el puerto. No salía de ese barrio de los mensús; pasaba del rancho de una mensualera a otro; luego iba al boliche, después al puerto, a festejar en corro de aullidos el embarque diario de los mensús, para concluir de noche en los bailes a cinco centavos la pieza.

—¡Ché amigo! —le gritaban los peones—. ¡No te gusta más tu hacha! ¡Te gusta la bailanta, ché amigo!

El indiecito sonreía, satisfecho de sus bigotes y su melena lustrosa.

Un día, sin embargo, levantó vivamente la cabeza y la volvió, toda oídos, a los conchabadores que ofrecían espléndidos anticipos a una tropa de mensús recién desem-

barcados. Se trataba del arriendo de Puerto Cabriuva, casi en los saltos del Guayra, por la empresa que regenteaba Korner. Había allí mucha madera en barranca, y se precisaba gente. Buen jornal, y un poco de caña, ya se sabe.

Tres días después, los mismos mensús que acababan de bajar extenuados por nueve meses de obraje, tornaban a subir, después de haber derrochado fantástica y brutalmente en cuarenta y ocho horas doscientos pesos de anticipo.

No fue poca la sorpresa de los peones al ver al buen mozo entre ellos.

—¡Opama la fiesta, ché amigo! —le gritaban—. ¡Otra vez la hacha, añamb! ...

Llegaron a Puerto Cabriuva, y desde esa misma tarde la cuadrilla del mensú fue destinada a las jangadas.

Pasó por consiguiente dos meses trabajando bajo un sol de fuego, tumbando vigas desde lo alto de la barranca al río, a punta de palanca, en esfuerzos congestivos que tendían como alambres los tendones del cuello a los siete mensús enfilados.

Luego, el trabajo en el río, a nado, con veinte brazas de agua bajo los pies, juntando los troncos, remolcándolos, inmovilizados en los cabezales de las vigas enteras, con los hombros y los brazos únicamente fuera del agua. Al cabo de cuatro, seis horas, el hombre trepa a la jangada, se le iza, mejor dicho, pues está helado. No es así extraño que la administración tenga siempre reservada un poco de caña para estos casos, los únicos en que se infringe la ley. El hombre toma una copa y vuelve otra vez al agua.

El mensú tuvo su parte en este rudo quehacer, y bajó con la inmensa almadía hasta Puerto Profundidad. Nuestro hombre había contado con esto para que se le permitiera bajar en el puerto. En efecto, en la Comisaría del obraje o no se le reconoció, o se hizo la vista gorda, en razón de la urgencia del trabajo. Lo cierto es que recibida la jangada, se le encomendó al mensú, juntamente con tres peones, la conducción de una recua de mulas a

la Carrería, varias leguas adentro. No pedía otra cosa el mensú, que salió a la mañana siguiente, arreando su tropilla por la picada maestra.

Hacia ese día mucho calor. Entre la doble muralla de bosque, el camino rojo deslumbraba de sol. El silencio de la selva a esa hora parecía aumentar la mareante vibración del aire sobre la arena volcánica. Ni un soplo de aire, ni un pío de pájaro. Bajo el sol aplomo que emudecía a las chicharras, la tropilla aureolada de tábanos avanzaba monótonamente por la picada, cabizbaja de mordorra y luz.

A la una, los peones hicieron alto para tomar mate. Un momento después divisaban a su patrón que avanzaba hacia ellos por la picada. Venía solo, a caballo, con su gran casco de pita. Korner se detuvo, hizo dos o tres preguntas al peón más inmediato, y recién entonces reconoció al indiecito, doblado sobre la pava de agua.

El rostro sudoroso de Korner enrojeció un punto más, y se irguió en los estribos.

— ¡Eh, vos! ¿Qué haces aquí? —le gritó furioso.

El indiecito se incorporó sin prisa.

— Parece que no sabe saludar a la gente —contestó avanzando lento hacia su patrón.

Korner sacó el revólver e hizo fuego. El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca: un revés de machete había lanzado al aire el revólver, con el índice adherido al gatillo. Un instante después Korner estaba por tierra, con el indiecito encima.

Los peones habían quedado inmóviles, ostensiblemente ganados por la audacia de su compañero.

— ¡Sigán ustedes! —les gritó éste con voz ahogada, sin volver la cabeza. Los otros prosiguieron su deber, que era para ellos arrear las mulas, según lo ordenado, y la tropilla se perdió en la picada.

El mensú, entonces, siempre conteniendo a Korner contra el suelo, tiró lejos el cuchillo de éste, y de un salto se puso de pie. Tenía en la mano el rebenque de su patrón, de cuero de anta.

— Levántate —le dijo.

Korner se levantó, empapado en sangre e insultos, e intentó una embestida. Pero el látigo cayó tan violentamente sobre su cara que lo lanzó a tierra.

— Levántate —repitió el mensú.

Korner tornó a levantarse.

— Ahora caminá.

Y como Korner, enloquecido de indignación, iniciara otro ataque, el rebenque, con un seco y terrible golpe, cayó sobre su espalda.

— Caminá.

Korner caminó. Su humillación, casi apoplética, su mano desangrándose, la fatiga, lo habían vencido, y caminaba. A ratos, sin embargo, la intensidad de su afrenta detenía con un huracán de amenazas. Pero el mensú no parecía oír. El látigo caía de nuevo, terrible, sobre su nuca.

— Caminá.

Iban solos por la picada, rumbo al río, en silenciosa pareja, el mensú un poco detrás. El sol quemaba la cabeza, las botas, los pies. Igual silencio que en la mañana, diluido en el mismo vago zumbido de la selva aletargada. Sólo de vez en cuando sonaba el restallido del rebenque sobre la espalda de Korner.

— Caminá.

Durante cinco horas, kilómetro tras kilómetro, Korner sorbió hasta las heces la humillación y el dolor de su situación. Herido, ahogado, con fugitivos golpes de apoplejía, en balde intentó varias veces detenerse. El mensú no decía una palabra, pero el látigo caía de nuevo, y Korner caminaba.

Al entrar el sol, y para evitar la Comisaría, la pareja abandonó la picada maestra por un pique que conducía también al Paraná. Korner, perdido con ese cambio de rumbo la última posibilidad de auxilio, se tendió en el suelo, dispuesto a no dar un paso más. Pero el rebenque, con golpes de brazo habituado al hacha, comenzó a caer,

— Caminá.

Al quinto latigazo Korner se incorporó, y en el cuarto de hora final los rebencazos cayeron cada veinte pasos

con incansable fuerza sobre la espalda y la nuca de Korner, que se tambaleaba como sonámbulo.

Llegaron por fin al río, cuya costa remontaron hasta la jangada. Korner tuvo que subir a ella, tuvo que caminar como le fue posible hasta el extremo opuesto, y allí, en el límite de sus fuerzas, se desplomó de boca, la cabeza entre los brazos.

El mensú se acercó.

—Ahora —habló por fin—, esto es para que saludés a la gente... Y esto para que sopapés a la gente...

Y el rebenque, con terrible y monótona violencia, cayó sin tregua sobre la cabeza y la nuca de Korner, arrancándole mechones sanguinolentos de pelo.

Korner no se movía más. El mensú cortó entonces las amarras de la jangada, y subiendo en la canoa, ató un cabo a la popa de la almadía y paleó vigorosamente.

Por leve que fuera la tracción sobre la inmensa mole de vigas, el esfuerzo inicial bastó. La jangada viró insensiblemente, entró en la corriente, y el hombre cortó entonces el cabo.

El sol había entrado hacía rato. El ambiente, calcinado dos horas antes, tenía ahora una frescura y quietud fúnebres. Bajo el cielo aún verde, la jangada derivaba girando, entraba en la sombra transparente de la costa paraguaya, para resurgir de nuevo a la distancia, como una línea negra ya.

El mensú derivaba también oblicuamente hacia el Brasil, donde debía permanecer hasta el fin de sus días.

—Voy a perder la bandera —murmuraba mientras se ataba un hilo en la muñeca fatigada. Y con una fría mirada a la jangada que iba al desastre inevitable, concluyó entre los dientes:

—Pero ¡ése no va a sopapear más a nadie, gringo de un añá membuí! *

* H. de p. en guaraní.

Proc.: *El salvaje*, Editorial Losada, Buenos Aires. © Azucena García Marcó de Quiroga.

Fernando Rosemberg

(1925 – 2010)

Nacido en la provincia del Chaco, Argentina en 1925, Fernando Rosemberg trabajó como escritor, profesor, periodista e investigador. Mucho de su trabajo se enfoca en la vida del interior de las provincias, la obra de Horacio Quiroga y el problema de la invisibilización de los pueblos originarios de Argentina. Durante su vida publicó varios estudios literarios y libros de cuentos de los cuales ganó el Premio Regional de la Comisión Nacional de Cultural para *Los carpidores* (1959) y el Premio Municipal para *Los empleados* (1983).

Referencia:

Rosemberg, Fernando. *Cuentos Indigenistas: Antología de la resistencia*. Ed. Osvaldo Bayer. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2013.

The scanned materials included here are in the public domain and have been provided here for educational purposes only. The stories that do not appear here have been omitted due to copyright law.